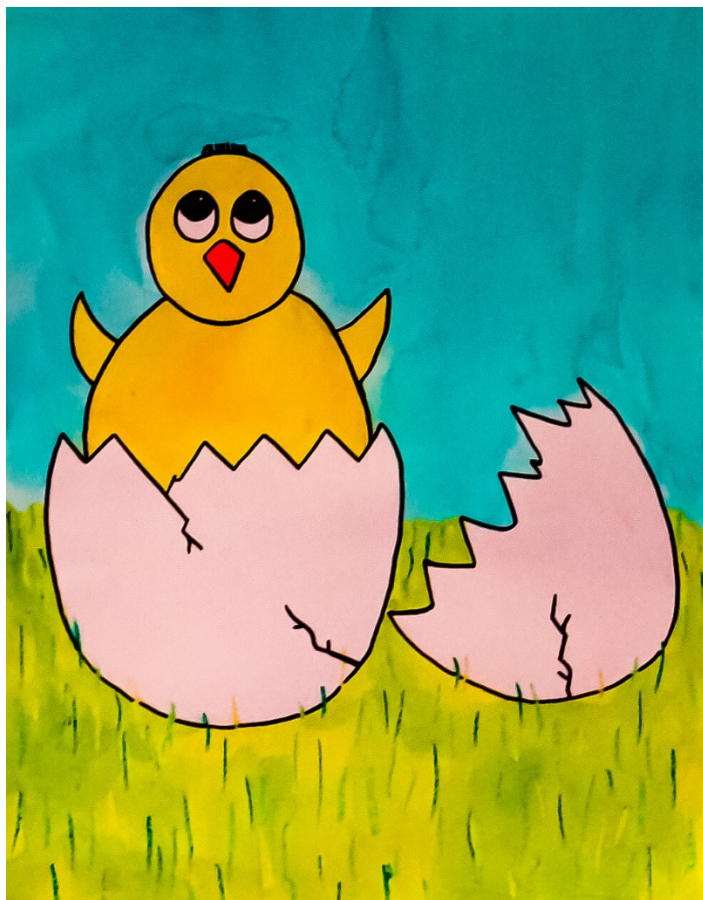


*MEMORIAS DE UN POLLITO  
Y CÓMO FUE A TERMINAR EL POLLITO*  
IDA BACCINI



**INTRODUCCIÓN, EDICIÓN CRÍTICA  
Y TRADUCCIÓN DE  
SARA VELÁZQUEZ-GARCÍA**



## ÍNDICE

<b>I. LA NARRATIVA PEDAGÓGICA DE IDA BACCINI</b>	9
1. Introducción	11
2. La educación a través del cuento	13
3. El auge de la literatura infantil en Italia y la construcción de la identidad nacional	17
4. Escribir para educar: las <i>maestras</i> de la nueva Italia	21
5. Ida Baccini: vida y obra	27
6. Las memorias de un pollito: novela de formación	35
7. Obra completa de Ida Baccini	43
8. Referencias bibliográficas	49
<b>II. MEMORIAS DE UN POLLITO Y CÓMO FUE A TERMINAR EL POLLITO</b>	53
Primera parte: <i>Memorias de un pollito</i>	55
I. Presentación	57
II. El pollo de Lena	59
III. Los consejos de mamá	64
IV. Desobediencia	68
V. Castigo	74
VI. ¡Pobre pollo!	81
VII. Pelea de gallos	83

VIII. Cambio de dueños	92
IX. Vida nueva	99
X. Noticias de algunos familiares	106
XI. ¡Me roban!	115
XII. ¡Me venden!	121
Conclusión	127
<i>Segunda parte: Cómo fue a terminar el pollito</i>	131
I. Una visita	133
II. Mi primera novia	141
III. ¿Qué es el aburrimiento?	146
IV. La historia de Gigino	149
V. El enemigo	161
VI. Lo que sucede a menudo	165
VII. El romance de la rosa	168
VIII. Mi esposa	174
IX. Los pollitos huérfanos	176
X. El destino de mis hijos	178
XI. La señorita Enrichetta	183
XII. La masacre	187
XIII. El corazón de un perro	189
XIV. La muerte de Cocò	193

# I

## LA NARRATIVA PEDAGÓGICA DE IDA BACCINI



## 1. INTRODUCCIÓN

El nombre de Ida Baccini, autora de la obra que traducimos en este trabajo así como de otras muchas, está íntimamente ligado a la educación de varias generaciones de jóvenes que empezaban a vivir prácticamente al mismo tiempo que lo hacía su país. La carrera literaria de nuestra escritora se desarrolla durante los años del *Risorgimento* italiano: movimiento en consonancia con ese momento romántico y nacionalista que viven muchas potencias europeas en el siglo XIX y que en Italia tiene lugar con cierto retraso respecto a otros estados.

Se trata del proceso de unificación de un país que no había vuelto a estar unido desde la caída del imperio romano; que durante mucho tiempo se había formado con criterios más similares a la concepción feudal del territorio que a la de un estado liberal unido; un país que había estado separado en diferentes estados que, si bien compartían un pasado histórico y cultural, debido a la influencia de los diferentes pueblos que durante siglos habían invadido el territorio, se veían marcados por una heterogeneidad cultural, lingüística e incluso antropológica y carecían de un concepto de identidad común que los uniera. De esta situación surgirá la siguiente reflexión de uno de los políticos artífices de la unificación, Massimo D'Azeglio (1891: 5): “[...] per dirla in una parola sola, il primo bisogno d'Italia è che si formino Italiani dotati d'alti e forti caratteri [...] pur troppo s'è fatta l'Italia ma non si fanno gl'Italiani”<sup>1</sup>.

La creación de un nuevo estado italiano generó, por lo tanto, la necesidad de fomentar una identidad común; este hecho provoca que se produzca en esos años un auténtico auge de la

---

<sup>1</sup> “Para decirlo en pocas palabras, la primera necesidad de Italia es que se formen italianos dotados de caracteres fuertes y elevados [...] por desgracia, Italia está hecha pero no los italianos”.

literatura infantil<sup>2</sup> con un gran número de obras publicadas que se enmarcan en este género, muchas de las cuales fueron escritas por mujeres a pesar de que los cánones se empeñaron en dejar fuera de los estudios a las autoras dando siempre preferencia a los autores masculinos. De hecho, las obras más conocidas de esta época fueron producidas por escritores, tal y como veremos más adelante.

De cualquier manera, en esta coyuntura Italia necesitaba educar a su infancia, futuros ciudadanos adultos, en los valores de la patria; para ello se recuperan muchos de los cuentos populares transmitidos oralmente durante generaciones en los diferentes territorios, pero ahora se deslocalizan desde el punto de vista lingüístico y territorial para que puedan valer para todos y cada uno de los nuevos ciudadanos italianos. Esos cuentos anónimos que pasaron de padres a hijos, a nietos y así sucesivamente son retomados ahora por autores – con nombre y apellidos – que transponen la tradición folclórica popular para identificarla con la identidad de la patria; a estos cuentos se suman en algunos casos otros nuevos creados expresamente para este fin.

En este contexto y con las características que veremos en este estudio surge la obra más célebre de Ida Baccini escrita en dos partes, con una diferencia de más de veinte años entre la primera y la segunda. La obra que aquí traducimos es un volumen que aúna ambas partes bajo el título *Memorie di un pulcino seguite da come andò a finire il pulcino*<sup>3</sup>. La primera parte fue publicada en 1875 y la segunda, dado el éxito que había tenido la precuela, la autora decide acometerla en 1898.

---

<sup>2</sup> Como veremos más adelante, la literatura infantil ha contribuido a preservar las tradiciones y la cultura de los diferentes pueblos y ha sido un elemento eficaz para reforzar y construir las identidades personales y colectivas.

<sup>3</sup> *Memorias de un pollito seguidas de cómo fue a terminar el pollito.*



## 2. LA EDUCACIÓN A TRAVÉS DEL CUENTO

Desde las civilizaciones más antiguas que nos han precedido hemos podido observar que los cuentos han sido utilizados como fuente de enseñanza. Independientemente del valor religioso o mitológico que sin duda tienen, es importante destacar aquí un componente que aúna lo narrativo y lo didáctico. La necesidad del ser humano por explicar aquello que escapaba a la razón y la urgencia por transmitirlo al pueblo hicieron del relato un instrumento fundamental en el desarrollo de las sociedades desde los orígenes de la humanidad. Sabemos de su popularidad en Roma y antes en Grecia; y antes en Egipto, donde los estudios más extendidos sitúan la aparición del cuento como tal. Pero podríamos ser más audaces y remontarnos bastante atrás, incluso hay quien ve en las pinturas rupestres, junto a su valor religioso y mitológico, una intención claramente narrativa. Podríamos decir que el cuento nos acompaña desde siempre.

Los argumentos comúnmente aceptados como génesis del cuento son varios: la curiosidad innata del ser humano ante todo lo que nos rodea por un lado, sumada, por otra parte, a la acuciante necesidad de explicar aquello que sucede a nuestro alrededor – pero que escapa a nuestro entendimiento racional – y la urgencia de transmitir a los demás dicha explicación suponen las funciones más destacadas de esta forma narrativa que, como hemos visto, hunde sus raíces en la antigüedad grecolatina, si no antes. No obstante, a medida que la sociedad ha ido evolucionando, el cuento ha ido incorporando también otras potencialidades. De este modo y especialmente a partir de los siglos XVIII y XIX, con el auge de los nacionalismos en Europa, los cuentos han sido vistos como una poderosa herramienta para transmitir ideas y valores y reforzar sentimientos de pertenencia a una determinada comunidad: lo que podríamos sintetizar como una forma de generar o subrayar la identidad. La literatura infantil se puede considerar, por lo tanto, como la disciplina fundamental que

permite construir una identidad nacional, ayudando al receptor infantil a descubrir sus orígenes por medio de la tradición oral, mucho más cercana a la cultura popular que la escritura, que durante siglos estuvo reservada exclusivamente a las clases más privilegiadas y a temas considerados de un mayor rigor científico.

Podemos afirmar que el cuento nace, entre otras cosas, para que el ser humano encuentre explicación a todo lo que escapa a su razón, surge de la cultura popular y deja en manos de héroes, magos y demonios, marcados por el sello de lo sobrenatural, explicaciones que ayudan a disipar el miedo que provoca lo desconocido. Garzón Céspedes (1982: 148) afirma que la mentalidad popular era el caldo de cultivo perfecto para la creencia de todo tipo de mitos: “Allí donde no cabe una explicación, cabe el mito”. Sin embargo, ante el avance de la ciencia y el progreso cultural de la sociedad se van encontrando explicaciones y sentido a muchos fenómenos y esto hace que los cuentos pasen a desempeñar una tarea más cercana al entretenimiento. Más tarde, cuando se hace evidente que los personajes de estas historias y sus vivencias pueden servir de modelo, de ejemplo de vida, los cuentos suman a sus funciones la voluntad de transmitir enseñanzas, descubriendo y explotando así su valor didáctico. Esta función didáctica se hace especialmente relevante cuando es necesario reafirmar o crear una identidad.

De este modo, los cuentos se siguen cultivando aunque ya no sean tan necesarios para explicar lo inexplicable, sin embargo, ofrecen la posibilidad de aprender de la experiencia y de preservar las tradiciones y la cultura de los pueblos a través de la difusión del saber adquirido a lo largo de la historia. Nacen así las moralejas: máximas sencillas que en pocas palabras y con un lenguaje claro y cercano buscan transmitir la importancia de la experiencia. El cuento asume su función didáctica y transmite valores universales como la justicia, el perdón, la prudencia, el coraje o la concordia, todas cualidades dignas de elogio y que cualquier pueblo ansía para su propia identidad y la de sus habitantes. Los niños se enfrentan a través de esta forma narrativa a la eterna lucha entre el bien y el mal con conceptos que les son asequibles y familiares, aprenden la lucha moral cotidiana, se espera que se identifiquen con un personaje heroico y que este siembre en su personalidad lo que Bettelheim (1992) define como

las “huellas de la moralidad”. Los cuentos están plagados de historias ancestrales<sup>4</sup> que poco a poco impregnarán el subconsciente infantil con la idea de que estos valores se actualicen en su conducta; una conducta que estará necesariamente marcada por un código de tipo ético y personal que se configura a través de las experiencias en las relaciones con la familia, con los amigos o con los compañeros en la escuela.

De este modo, esta función didáctica asemeja al cuento con las funciones de la novela de formación (*bildungsroman*) que sirve de guía al niño en su madurez como individuo y en el desarrollo de su sentimiento de pertenencia a una comunidad. El niño identifica los valores de los cuentos desde su individualidad y, como afirma el psicólogo Bettelheim, le ayuda a entender las dificultades y a enfrentarse a estas en su camino hacia el mundo adulto<sup>5</sup>, aprenderá así a involucrarse en la resolución de sus propios problemas, como los personajes de sus cuentos favoritos. Por ello es necesario que existan también los personajes malvados, de modo que frente a los valores heroicos el niño pueda identificar los comportamientos sancionables, este necesita saber que no todo es positivo para, llegado el momento, ser capaz de advertir el peligro. Los protagonistas de los cuentos son personajes luchadores, decididos y perseverantes ante las adversidades para que el niño aprenda estos modelos de conducta. Los malos también cuentan con unos rasgos marcadamente

---

<sup>4</sup> Los valores introducidos en los cuentos son atemporales, poco importa el tiempo y el espacio; todo sucedió *hace mucho tiempo en un lugar muy lejano* y sin embargo se puede trasladar aquí y ahora. El cuento adquiere también un valor transnacional en tanto en cuanto cada cultura adopta los patrones establecidos en él y los adapta al contexto tanto territorial como de la época, de este modo se van perfilando con diferentes versiones acordes a cada momento cultural. De hecho, no todas las versiones han superado el paso del tiempo y algunas han sufrido cambios por diferentes razones.

<sup>5</sup> Numerosos estudios sobre los cuentos afirman que estos tienen varios niveles de lectura y que no son patrimonio exclusivo del público infantil, de hecho, en la mayoría de los casos los destinatarios primigenios en su origen no eran los niños como puede desprenderse cuando uno conoce algunas de las primeras versiones de estos cuentos, pero las continuas reescrituras hacen que estos sirvan de guía a los niños en el paso a su vida adulta y en su proceso de madurez.

negativos, sin matices, para facilitar al lector que sea capaz de distinguir sin problemas entre el bien y el mal.

El niño aprenderá así a ser un buen individuo, pero, además, aprenderá el código social que le permitirá vivir en comunidad. Mediante el uso de un lenguaje asequible y a través de vivencias que percibe como próximas aprende cómo se vive en sociedad y cuáles son los comportamientos aceptables y aceptados por esta. El niño se identificará como miembro de una comunidad con la que comparte trazos identitarios. Al identificarse con sus héroes o heroínas asumirá todos esos valores como propios y podrá verterlos después en su vida en sociedad y ayudar así a generar una identidad común, nacional, territorial... de la que un estado pueda sentirse orgulloso. Aspecto, como señalábamos en la introducción, especialmente relevante en el caso del nacimiento del estado italiano como nación unida. No fueron pocos los escritores y escritoras que, sabedores de las ventajas de los cuentos y de su valor como instrumento pedagógico, hicieron uso de estos para formar a los nuevos ciudadanos desde la niñez.

### 3. EL AUGE DE LA LITERATURA INFANTIL EN ITALIA Y LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD NACIONAL

Por lo tanto, como veíamos, en el caso italiano, teniendo en cuenta las peculiaridades que rodearon al nacimiento de Italia como estado unido, es especialmente relevante el valor didáctico / pedagógico del cuento como elemento significativo en la construcción de la identidad de una nación.

Cuando en 1861 Massimo D'Azeglio, en aquella sesión inaugural del primer parlamento después de la unificación, afirmó aquello que pasaría a la historia simplificado en la frase “fatta l'Italia bisogna fare gli italiani”<sup>6</sup>, el país entendió que la necesidad de fomentar una identidad colectiva era una exigencia real y auténtica. La necesidad de creación y desarrollo de esa identidad común propició un importante auge de la literatura infantil durante el periodo del *Risorgimento*. En ese contexto Italia necesitaba educar a los niños, futuros ciudadanos adultos, en los valores de la patria; por lo que, considerando las características y funciones atribuidas a este tipo de literatura, era lógico pensar en ella como un instrumento al servicio del estado para cumplir con este fin en momentos tan determinantes.

En estos años se retoman muchos de los cuentos populares – de origen incierto y autores anónimos – que habían sido transmitidos oralmente de generación en generación en diferentes regiones y se deslocalizan desde el punto de vista lingüístico y territorial para que puedan valer para todos y cada uno de los nuevos ciudadanos italianos. No obstante, a la recuperación de estas historias tradicionales se sumarán las creaciones de nuevos autores de la época cuyo objetivo era exactamente ese: la formación de ciudadanos orgullosos de su patria y de los que su patria pudiera sentirse igualmente orgullosa.

---

<sup>6</sup> “Hemos hecho Italia, ahora tenemos que hacer a los italianos”.

En esta coyuntura surge, por ejemplo, una de las novelas paradigmáticas de este período histórico que cumple a la perfección con todos los requisitos de una novela de formación y reúne todas las características: *Las aventuras de Pinocho* de Carlo Lorenzo Filippo Giovanni Lorenzini, más conocido como Carlo Collodi. La novela narra las aventuras de una marioneta de madera fabricada por un carpintero, Geppetto, que ante el deseo de tener un hijo construye este títere con forma de niño – que acabará tomando vida – al que le da el nombre de Pinocho. El niño (marioneta), inocente en un inicio, debe aprender a vivir fuera de los límites protectores del hogar paterno, se enfrenta a los peligros de la vida y aprende que las malas acciones traen consecuencias negativas y son castigadas. La trama muestra un progreso al final del cuento y un proceso de madurez reflejado metafóricamente en la humanización de la marioneta de madera inicial que concluye cuando Pinocho es capaz de anteponer el bienestar de los demás al propio. Nuestro protagonista se libera de los hilos propios de una marioneta cuando demuestra haber alcanzado la madurez necesaria para tomar sus propias decisiones y actuar con sensatez.

Del mismo autor cabría destacar también la colección de *Giannettino* protagonizada por un joven granuja y considerada fundamental para la formación de varias generaciones de italianos:

[...] aveva come scopo quello di far superare ai giovani lettori lo spirito localistico per diffondere la coscienza di appartenere ad una nazione unitaria pur nelle sue differenziazioni, per suscitare l'amore per la patria che, come ci ricorda Horacio Capel, nel momento della costruzione dello spirito nazionale si riteneva possibile solo attraverso la sua conoscenza (Squarcina y Malatesta, 2012)<sup>7</sup>.

Aunque la literatura infantil ha sido considerada en muchos

---

<sup>7</sup> “[...] tenía como objetivo que los jóvenes lectores superaran el espíritu local para difundir la conciencia de pertenencia a una nación unida aun con sus diferencias, para despertar el amor por la patria que, como nos recuerda Horacio Capel, en el momento de construcción del espíritu nacional se consideraba posible únicamente a través de su conocimiento”.

casos y por un buen número de estudiosos un campo de estudio marginal, en el caso de Italia, precisamente por la peculiaridad de su proceso de unificación, no ha sido así. El país transalpino cuenta con otros importantes escritores que han obtenido fama y reconocimiento mundial gracias a sus cuentos o narraciones destinadas a un público infantil; además del propio Collodi destacaron también en este momento y en esta tarea Edmondo de Amicis, cuya obra *Cuore* hará hincapié en los valores familiares, cívicos, de nobleza y patriotismo o la archiconocida novela de aventuras del prolífico Emilio Salgari.

Como podemos ver, las tres figuras principales que hemos referido aquí son masculinas, porque a pesar de que hubo un gran número de mujeres que se dedicaron a la misma tarea dando lugar a producciones de calidad literaria igual o superior a estas, los cánones impuestos durante años las han relegado a un segundo plano, en el mejor de los casos, o al absoluto olvido en la mayoría de las ocasiones.

Parece ser que, mientras que los hombres podían dedicarse a cultivar las letras y la cultura, las mujeres tenían reservados otros quehaceres que les habían sido preasignados de acuerdo con su condición de género femenino: tareas entre las que no estaba previsto el ejercicio de la escritura porque la talla intelectual de una mujer no se consideraba a la altura de poder desempeñar tan noble oficio de un modo digno. Con todo, fue precisamente a través de la literatura infantil como algunas mujeres consiguieron dedicarse a ello dando lugar a un amplísimo repertorio destinado a los más pequeños que tenía un objetivo claro en el momento: educar ciudadanos italianos conscientes y orgullosos de su identidad nacional y responsables con los valores patrióticos.

El hecho de que las mujeres vieran la oportunidad de desarrollar su carrera literaria ligada a este género no es algo casual, tiene que ver precisamente con su condición y con la concepción de que esa actividad estaba relacionada con algo propio de mujeres: dedicarse a los más pequeños y contarles cuentos, una tarea formativa ligada a la figura materna.

Barbara de Serio (2015: 1) afirma que la historia de las mujeres que escriben para niños está marcada por una doble marginación: por un lado, la subestimación del público infantil en tanto en cuanto no es aún adulto y por lo tanto carece de

“un’identità sociale”, por el otro, el aislamiento sociocultural al que históricamente han estado sometidas las mujeres “escluse dall’ambito pubblico e costrette al silenzio e all’oblio delle proprie identità”<sup>8</sup>. Esa falta de identidad social hacía que no se prestara demasiada atención a la literatura destinada a niños, la cual, sin embargo, se ha demostrado que fue – es – fundamental para la formación y consolidación de dicha identidad.

---

<sup>8</sup> “excluidas del ámbito público y constreñidas al silencio y al olvido de sus propias identidades”.



#### **4. ESCRIBIR PARA EDUCAR: LAS MAESTRAS DE LA NUEVA ITALIA**

Por lo tanto, en la línea de lo que introducíamos en los anteriores epígrafes, en el contexto del nacimiento de esa nueva Italia unificada urgía educar a los ciudadanos en los valores de la patria y fomentar el sentimiento de pertenencia a su país. En este ambiente, muchas mujeres que ansiaban ser escritoras vieron la posibilidad de ejercer una profesión a través de la literatura para niños. Morandini (1997: 9) afirma que la generación de esas últimas décadas del siglo XIX

experimentó, en el momento más intenso de fervor creativo, la crisis de los años Ochenta y Noventa y la rigidez de la orientación positivista que esa crisis conllevó, con el prevalecer hacia las mujeres de estereotipos represivos y limitantes. Todo esto conllevaba unas huidas hacia el pasado, una propensión por el “sentimental” y muchas escritoras se dedicaban con más frecuencia a la literatura para la infancia.

Algunas de estas mujeres como Matilde Serao, la Contessa Lara o la Marchesa Colombi pasarían después a la historia por su faceta de poetisas, periodistas o narradoras, pero hubo un nutrido grupo de escritoras que se dedicaron a cultivar literatura para niños de modo prácticamente exclusivo, entre otras: Ida Baccini, Anna Vertua Gentile, Emma Perodi o Virginia Treves Tedeschi (nombre que se ocultaba bajo Cordelia, pseudónimo con el que publicó sus obras).

Ellas, entre otras, fueron las primeras mujeres en Italia en fomentar una literatura finalista orientada a la formación de jóvenes ciudadanos en unos valores éticos y sociales bien determinados. Aunque es cierto que su obra se dirigía principalmente a jóvenes lectoras a las que intentaban orientar hacia su papel de esposas y madres, también hicieron una importante labor para trabajar la cohesión social y la unificación

cultural nacional. Muchas de estas obras se vieron dotadas de un carácter pedagógico que, como afirma Domenico D'Agostino (2010: 273),

se reflejaba en el sentimentalismo y el convencionalismo, pero también en la narración fantástica integrada a los esquemas del didactismo y el moralismo. También es cierto que su producción literaria perpetúa una línea ideológica excesivamente conservadora, que refleja una imagen de mujer pasiva, dependiente, sumisa y privada de identidad, a pesar de que su papel de mujeres activas en el ámbito de la educación no les permitía quedarse indiferentes delante de la modernización de la sociedad, de las exigencias y de las nuevas orientaciones culturales de las jóvenes lectoras.

Muchas escritoras, por lo tanto, contribuyeron activamente a la formación de aquellos niños *hijos* del recién estrenado estado y a la formación de la identidad nacional. La toscana Ida Baccini, por ejemplo, antes incluso que Collodi, Salgari<sup>9</sup> o de Amicis, destacó en esta empresa con la publicación de un libro para niños que, tomando como modelo el esquema de las fábulas clásicas, estará protagonizado por un animal: esta obra fue precisamente *Memorie di un pulcino*. Baccini, como veremos más adelante, dedicó toda su vida a la formación de niños como escritora, como pedagoga y como creadora de material para las escuelas infantiles y secundarias. En definitiva, ejerció la profesión de maestra no solo dentro de las aulas, sino también desde su oficio de escritora, al igual que hicieron otras escritoras de la época como Felicita Pozzoli, Ester Bezzola Boni u Onorata Grossi Mercanti. Todas ellas escritoras y pedagogas y creadoras de abundante material de texto para la formación de niños y adolescentes italianos.

Felicita Pozzoli, nacida en 1838 en Milán, ciudad en la que falleció en 1916, desempeñó una importante labor como teórica en

---

<sup>9</sup> Como muestra de la admiración y respeto que sentían entre ellos, la propia autora menciona a estos autores en la segunda parte de la novela, *Cómo fue a terminar el pollito*. Cuando esta fue escrita, en 1898, algunos años después de la primera parte, ya se habían dado a conocer al público las obras de estos escritores (Cf. nota 61 de este trabajo). Del mismo modo, Collodi, en un pasaje de su novela, en un momento en el que Pinocho es atacado por algunos compañeros de clase que le lanzaban manuales, hace alusión al *Pulcino* de Ida Baccini como libro de lectura para los escolares.

materia de educación femenina. Destacaba la importancia del papel de la madre en la educación de los hijos como buenos ciudadanos y, por ello, consideraba fundamental la formación de las jóvenes en materia de educación. En 1883 publicó *I Chiacchierini*, una serie de diálogos para niños y adolescentes que envió en forma de ensayo a Alessandro Manzoni y fueron publicados en la revista *Il tesoro delle famiglie*. En los años setenta dirigió algunas publicaciones educativas destinadas a lectores menores de edad como *Il giornale delle fanciulle* o *L'infanzia*.

Onorata Grossi Mercanti (Livorno, 1853-1922) fue maestra de infantil y primaria y publicó varias antologías sobre el nacimiento del nuevo estado italiano contado a los niños como, por ejemplo, *Come si è fatta l'Italia. Storia del Risorgimento italiano narrata ai fanciulli – Brevi racconti per la terza classe elementare* (1886) o *Brevi racconti di storia patria dalla venuta di Carlo VIII in Italia ai nostri tempi* (1895) entre otros. También escribió algunos artículos para *Il Giornalino della Domenica*.

Por lo que respecta a Ester Bezzola Boni (Milán, 1850-1889), “si prodigò per il rinnovamento dei libri di lettura per le scuole elementari e per la diffusione di una letteratura amena ed educativa per fanciulli e ragazzi autenticamente ispirata alle più avanzate dottrine pedagogiche” (Ascenzi & Sani, 2018: 265)<sup>10</sup>. Nacida en el seno de una familia burguesa ejerció como maestra en algunas escuelas públicas de Milán, luchó por la equiparación de los sueldos de las maestras y los maestros y por el derecho a la educación de los ciudadanos. Paralelamente a su labor de maestra desarrolló una extensa carrera literaria con numerosas obras destinadas a un público infantil como *I fanciulli: cento raccontini educativi*, *Lecture educative per le giovinette*, *I bambini: letture dopo il sillabario* y otras obras que conocieron varias reediciones.

Pero si muchas de estas escritoras fundamentalmente se ocuparon de publicar materiales que se podían utilizar en las escuelas, no fue menos significativo el número de mujeres que, además de publicar novelas y relatos para la infancia, se dedicaron a escribir en los numerosos periódicos para niños y jóvenes que

---

<sup>10</sup> “se dedicó a la renovación de los libros de lectura para la escuela obligatoria y a la difusión de una literatura amena y educativa para niños y jóvenes verdaderamente inspirada en las doctrinas pedagógicas más avanzadas”.

surgieron en Italia en los años siguientes a la unificación, como ya hemos visto en el caso de Pozzoli o Grossi Mercanti. En este sentido destacó, entre otras, Virginia Tedeschi Treves (Verona, 1849 – Milán, 1916), conocida con el sobrenombre de Cordelia. La autora inició y culminó su carrera con obras orientadas a un público adulto y centradas en la cuestión femenina con un evidente progreso en sus ideas a este respecto. Su primera obra, *Il regno della donna* (1879), abogaba por una mujer dedicada a las tareas de su hogar como forma de realización personal. Es muy probable que esta concepción fuera fruto de la educación recibida en una familia rica más que de sus propias reflexiones, como demostrará años más tarde, en la que sería su despedida de la literatura, con el ensayo *Le donne che lavorano* (1916) en el que defiende el trabajo de la mujer por placer y satisfacción personal y no exclusivamente por necesidades económicas.

Volviendo al tema que nos ocupa, la labor de Cordelia como escritora para niños comienza con la recopilación de relatos y novelas cortas salidas de su puño y letra. Por lo que respecta a su labor de novelista destacará la publicación de su obra *Piccoli eroi* que será reeditada hasta en sesenta y dos ocasiones. La novela está destinada a niños de entre nueve y catorce años y en ella ensalza el espíritu patriótico. Su matrimonio con Giuseppe Treves le permitió entrar a trabajar en la editorial familiar donde fundó y dirigió varias revistas destinadas a un público femenino. Pero especialmente significativa fue la creación del *Giornale dei Fanciulli*, que nace con una clara vocación educativa:

Alcune tematiche, in particolare la scuola e la famiglia, sono strettamente legate al tipo di pubblico a cui la rivista si rivolge, altri – come la percezione della storia risorgimentale, dell’esperienza coloniale italiana in Eritrea e della povertà – trovano la propria motivazione nella visione dei bambini come i cittadini del domani, da educare secondo i valori della borghesia (Maisano, 2009: 12)<sup>11</sup>.

---

<sup>11</sup> “Algunas temáticas, en particular la escuela y la familia, están estrechamente ligadas al tipo de público al que está destinada la revista, otros – como la percepción de la historia del *Risorgimento*, de la experiencia colonial italiana en Eritrea y de la pobreza – encuentran motivación en la visión de los niños como los ciudadanos de futuro, a los que hay que educar según los valores de la burguesía”.

Del mismo modo, Emma Perodi (Cerreto Guidi, 1850 – Palermo, 1918), que ya desempeñaba una importante carrera como periodista cultural en las principales cabeceras del país, en la última década del siglo XIX cultivó profusamente la literatura infantil y colaboró de modo asiduo con periódicos y revistas juveniles. En 1883, cuando ya llevaba seis años escribiendo para la *Gazzetta d'Italia*, comenzó a colaborar en el *Giornale per i Bambini*, fundado por Ferdinando Martini y dirigido en ese momento por Collodi<sup>12</sup>, al que ella mismo sustituyó un tiempo en las labores de dirección. No obstante, la principal aportación de esta autora para el tema que nos ocupa será probablemente la publicación de *Novelle della nonna. Fiabe fantastiche*, antología en cinco volúmenes y publicada en 1893 en la que recupera relatos de la tradición popular de índole fantástica aunando este género narrativo con esa otra literatura que se llevaba a cabo en ese momento de corte más pedagógico.

También publicó varias antologías de leyendas la napolitana Maria Savi Lopez (Nápoles, 1846-1940) que se había dedicado a estudiar el folclore y la cultura popular y plasmó su saber en diferentes publicaciones para la infancia al mismo tiempo que colaboraba con distintos periódicos y revistas para jóvenes como *Il Giovedì, letture popolari illustrate educative, curiose, allegre* o *Il Giornalino della Domenica*. La obra de Maria Savi Lopez es muy extensa, al igual que lo fue su vida, y en ella encontramos novelas, ensayos y poesía así como conferencias.

Anna Vertua Gentile (Dongo, 1850 – Lodi, 1926), descrita como la hija ideal de un matrimonio formado por Louise May Alcott y Edmondo de Amicis (Santucci, 1950: 156), siguió esa misma tendencia didáctica destinando su obra a un público infantil y femenino; su producción estuvo caracterizada “per la costante preoccupazione educativa e per la continua e convinta esaltazione dei valori borghesi e dell’ordine sociale esistente” (Ascenzi & Sani, 2018: 271)<sup>13</sup>. En parte gracias al marido, que de alguna manera la animó siempre a escribir, Vertua Gentile se

---

<sup>12</sup> El *Giornale per i bambini* fue precisamente donde este autor publicó por entregas las aventuras del célebre Pinocho.

<sup>13</sup> “por la constante preocupación educativa y por una exaltación continua y convencida de los valores burgueses y del orden social existente”.

convirtió en una fecunda escritora con más de ciento cincuenta títulos entre novelas, relatos y manuales de comportamiento, en toda su obra se percibe afinidad con el feminismo aunque siempre moderado. Colaboró en revistas como *Giornale delle maestre* y *La Donna* y entre 1905 y 1906 dirigió *Fanciullezza italiana*, una publicación periódica en la que se daban consejos de comportamiento.

Estas mujeres son algunas de las principales escritoras de la época que con su labor contribuyeron a la formación de toda una generación de italianos a través de la literatura infantil. Como hemos visto, este género es de suma importancia en la formación de las identidades nacionales a partir de los patrones establecidos por los cuentos clásicos cuya función didáctica y moralizadora es innegable.

En el caso de Italia, que llegaba a su unificación en 1861 con la complejidad de una diversidad de identidades variadas que tenían que confluir en una para formar la nacional, este papel del cuento fue especialmente relevante. Igualmente significativa en este sentido fue la huella que dejaron muchas escritoras que se empeñaron en el proceso y trabajaron activamente para contribuir a la formación de estos nuevos italianos, futuros ciudadanos adultos. Sin embargo, estas escritoras fueron, en el mejor de los casos, olvidadas en los anaqueles de las bibliotecas o librerías, y esto si tuvieron la fortuna de llegar a ver sus obras publicadas. Fueron obviadas en los estudios literarios, que infravaloraban su calidad artística por una cuestión fortuita como es el hecho de nacer mujer. Y, sin embargo, millones de niños forjaron su sentimiento de pertenencia al país gracias a la producción tanto ficticia como de manuales de texto elaborados por este nutrido grupo de mujeres.

## 5. IDA BACCINI: VIDA Y OBRA

La figura de Ida Baccini y su labor como educadora, narradora y creadora de material educativo es fundamental en la Italia del *Risorgimento*, de alguna manera fue precursora de autores también importantes y que han pasado a la historia como escritores muy reconocidos, es el caso de Carlo Collodi o Edmundo de Amicis. Baccini contribuyó a la formación pedagógica de millares de jóvenes y niños, de modo especial del género femenino, con una vasta producción infantil tanto de ficción como de divulgación. Además, dejó constancia de su visión sobre la pedagogía y sus experiencias vitales a través de una autobiografía en la que se centra especialmente en estos aspectos y en su relación con el mundo editorial.

Nació el 16 de mayo de 1850 en la capital toscana en el seno de una familia que, a pesar de contar con modestos recursos y conducir una vida carente de lujos, le permitió estudiar y le dio cierta libertad para formarse y acceder a la lectura y a la cultura. La fecha de nacimiento será determinante ya que, como veíamos, la unidad de Italia dio lugar a un auge del mercado editorial destinado a educar en todos los sentidos: intelectual, civil y moral. En este contexto, Ida Baccini entabló relaciones con editores que le abrieron las puertas de un mercado que demandaba de igual manera desde obras y manuales educativos hasta libros para el entretenimiento, a lo que ella supo adaptarse con gran facilidad llegando a dominar al mismo tiempo diferentes registros. Pasará a la historia de la literatura y será especialmente valorada y reconocida por su producción destinada al público infantil, lo cual no dejaba de despertarle ciertas reticencias; ella misma confesaba en una autobiografía publicada en 1904:

Io non ero nata per scrivere esclusivamente per ragazzi; anzi, sarei molto bene riuscita nella commedia, nell'arte e nel romanzo se avessi a preferenza coltivato questi generi. Lo prova il fatto che nessuno dei miei libri scolastici è adatto al pubblico a cui si

revolge e che io dovrei in molti miei volumi di lettura sacrificare tutti i miei slanci di artista, alle convenienze della psicologia infantile che naturalmente non vuol sapere d'arte e che avrebbe bisogno più di ogni altra cosa, – di un buon maestro di scuola. Io sono stata “la vittima” delle *Memorie di un pulcino*. E quantunque abbia tentato, con riuscita non dubbia moltissimi generi letterari, come il romanzo, la novella, la leggenda, la poesia, la storia, la commedia, il monologo e soprattutto la filosofia pedagogica (per i grandi) sono sempre rimasta la *soave*, la *gentile*, la *delicata* scrittrice per i ragazzi – mentre se debbo ben dir la verità han composto la maggior parte del mio pubblico le persone grandi (2004: 256)<sup>14</sup>.

La crítica o los estudios literarios pueden considerarla víctima o no, lo que es innegable es que dedicó toda su vida a la formación de niños como escritora, como pedagoga y como creadora de material para la escuela infantil y secundaria.

Después de unos años en Génova y Livorno a donde se trasladaron por el trabajo de su padre, en 1865 deciden volver a Florencia debido al fracaso de los negocios paternos y se instalan en casa de su hermana mayor que ya estaba casada. Tres años más tarde, con dieciocho años, Baccini se embarca en un matrimonio con el escultor Vincenzo Cerri, diecisiete años mayor que ella, que resultaría ser un fracaso debido a que la escritora no consiguió – ni quiso – someterse a la autoridad masculina ni confinarse en el ámbito doméstico. Por lo que al cabo de unos años firmaron de común acuerdo la separación y la escritora renunció a todo tipo de pensión de manutención. Al contrario, decidió valerse por sí

---

<sup>14</sup> “Yo no nací para escribir exclusivamente para jóvenes; de hecho, lo habría hecho muy bien si me hubiera dedicado a cultivar otros géneros como la comedia, el arte o la novela. Lo demuestra el hecho de que ninguno de mis libros para la escuela está adaptado al público al que se dirige y que yo tendría que sacrificar todos mis impulsos de artista en mis obras de lectura, de acuerdo con la psicología infantil que, naturalmente, no quiere saber nada de arte y que lo que necesitaría, más que otra cosa, es un buen maestro.

Yo he sido «víctima» de las *Memorias de un pollito*. Y aunque haya probado con muchísimos géneros literarios, con éxito indudable, como la novela, el relato, la leyenda, la poesía, la historia, la comedia, el monólogo y sobre todo la filosofía pedagógica (para mayores) sigo siendo la *dulce*, la *amable*, la *delicada* escritora para niños – aunque, si tengo que decir la verdad, la mayor parte de mi público son personas adultas”.



misma y se propuso encontrar un trabajo; por consejo de un amigo de su padre, filólogo e historiador, determina estudiar para obtener una plaza como maestra de primaria *elementare*. Para ello le bastó una breve preparación con el educador y académico de la Crusca, el toscano Pietro Dazzi, fundador de las escuelas profesionales populares en Florencia en las que enseñó de modo gratuito durante treinta años. Fue precisamente Dazzi quien la animó a dar vida al famoso pollito

Sin embargo, esta experiencia, aun siendo vocacional, no le reporta demasiadas alegrías ya que sus ideas chocan con los métodos y programas didácticos propios de la época. Como ella misma cuenta en sus memorias, en su primera experiencia en una escuela municipal de Florencia se encuentra con una “vecchia maestra”<sup>15</sup> que le da instrucciones para mantener la disciplina con una vara en la mano para llamar la atención del alumnado y para marcar el ritmo cuando este deba repetir, de modo mecánico y reiterativo, la lección una y otra vez hasta el examen final. De nada le servirán entonces sus conocimientos sobre pedagogía y enseñanza, ni en aquella primera escuela ni en las otras que recorrería en los años sucesivos: “mutai altre scuole, ma i sistemi, su per giù erano quelli: le classi, un accasermamento di poveri ragazzi pigiati sui banchi come le sardine in una botte: gl’insegnanti tanti poveri pastori scontenti, armati da un bastone per tener nelle file il gregge” (Baccini, 2004: 125)<sup>16</sup>.

De este modo, coincidiendo con un embarazo escandaloso por encontrarse ella soltera y no serle conocida ninguna pareja *formal* del que nacería su único hijo, Manfredo<sup>17</sup>, en 1878 decide

---

<sup>15</sup> La propia maestra se autodefine de este modo a sí misma queriendo dejar claro que la edad y la experiencia le otorgan un criterio de autoridad indiscutible: “Non dia retta ai libri – mi consigliò – ma ai miei suggerimenti. Sono una vecchia maestra e del metodo me ne intendo” (Baccini, 2004: 123). [No haga caso a los libros – me aconsejó – sino a mis consejos. Soy una vieja maestra y entiendo de métodos].

<sup>16</sup> “Me cambié a otras escuelas, pero el sistema más o menos era siempre el mismo: las clases, un acantonamiento de pobres muchachos apretujados en los pupitres como sardinas en lata: los profesores un grupo de pobres pastores descontentos, armados con un bastón para mantener el orden en el rebaño”.

<sup>17</sup> Para más información acerca de la paternidad y el reconocimiento legal del hijo léase el artículo de Maria Enrica Carbognini y Lia Madorsky (2013: 189-202) en el que se da todo tipo de detalles al respecto.

abandonar la carrera de maestra. Hacía algunos años que las relaciones de amistad con algunos editores la habían llevado a explorar y probar otros caminos profesionales desarrollando con éxito su carrera como periodista y como escritora de ficción infantil y editora de manuales como: *Lezioni e raccontini per i bambini*<sup>18</sup>, *Lezioni e raccontini per le bambine*<sup>19</sup>, *La fanciulla massaia: libro di lettura per le scuole elementari femminili superiori*<sup>20</sup>, *Seconde (terze, quarte, quinte) letture per le scuole elementari femminili* y también *per le classi maschili*<sup>21</sup>, *Le future mogli*<sup>22</sup>, *Tra suocera e nuora*<sup>23</sup>... por citar algunas de las numerosas obras. Esta última novela, una de las últimas que escribió pocos años antes de morir, es el testimonio de la evolución de las ideas de la Baccini sobre la mujer y su actuación en el mundo.

Su amistad con Edmondo de Amicis le abre las puertas a colaborar con la editorial Treves, del marido de la anteriormente mencionada Cordelia, y se convierte en una colaboradora habitual del *Fanfulla della domenica*, principal semanario cultural en los años posteriores a la unificación de Italia. En esta publicación escribían las principales plumas de la época: Giosué Carducci, Luigi Capuana, Matilde Serao o Emma Perodi. De este modo entra a formar parte de los intelectuales de la época y entabla amistad con estas personalidades y otras muchas como el escritor Collodi.

Su labor de periodista la acompañará hasta el fin de sus días y la compaginará con la escritura literaria y pedagógica. La autora es defensora de un feminismo moderado dentro del papel que se le ha asignado a la mujer. Es decir, intenta mantener un equilibrio entre tradición y modernidad afirmando que una mujer no debe someterse al ámbito doméstico sin dejar espacio para su cultivo intelectual, pero, asimismo, debe asumir el papel de la mujer como ama de casa, madre, esposa. No obstante, esta visión irá mutando con el tiempo; ella misma declara en sus memorias que,

---

<sup>18</sup> *Lecciones y cuentos para niños.*

<sup>19</sup> *Lecciones y cuentos para niñas.*

<sup>20</sup> *La joven ama de casa: libro de lectura para las escuelas femeninas superiores.*

<sup>21</sup> *Segundas (terceras, cuartas, quintas) lecturas para para las escuelas femeninas* y también *para las escuelas masculinas.*

<sup>22</sup> *Las futuras esposas.*

<sup>23</sup> *Entre suegra y nuera.*

aunque en un principio sostenía que el deber de una mujer era el de “adempiere agli ufficci di moglie e di madre”<sup>24</sup> (261), con los años “per convinzione sincera la luce si è fatta nel mio pensiero; ho assolutamente rinnegato i miei principi conservatori e sono diventata quello che si dice una *feminista* militante”<sup>25</sup> (í.d.) por propia convicción, defendiendo la libertad de la mujer y la igualdad de derechos y deberes con respecto a los hombres. De este modo, confiesa haber corregido y modificado sus anticuadas ideas iniciales tras haber observado hechos indiscutibles que le han demostrado lo fuerte, buena e inteligente que puede ser una mujer libre de prejuicios. Y así lo comienza a manifestar durante su época de directora de la revista *Cordelia*.

En su faceta de periodista marcará también una huella imborrable en la historia dejando numerosos testimonios de su labor. Colaboró activamente con cabeceras generalistas – *La vedetta* y *La Nazione* de Florencia o *Rivista europea* y *La Gazzetta d’Italia* – y de modo muy especial con otras de corte educativo. Cabe destacar su importante trabajo en la revista *Cordelia*<sup>26</sup> que dirigió desde 1884 hasta su muerte en 1911 y que, sin renunciar a su voluntad de entretenimiento, está marcada por fines pedagógicos; recogía, entre otros aspectos, reflexiones moralistas, consejos y propuestas de lectura que sirvieran para la formación de las *jovencitas*. Con una línea editorial rigurosa pero que la propia Ida Baccini confesó haber ido adaptando a las ideas morales de los diferentes tiempos y a su propia evolución. La autora define la revista como “una pietra miliare nel cammino della mia vita, un nucleo luminoso da cui irradia per così dire la luce dei miei affetti e dell’arte mia” (198)<sup>27</sup>. Cuando Baccini se

---

<sup>24</sup> “cumplir con las tareas de esposa y madre”.

<sup>25</sup> “por sincera convicción se ha hecho la luz en mis ideas; he renegado absolutamente de los principios conservadores y me he convertido en lo que se dice una *feminista* militante”.

<sup>26</sup> La revista *Cordelia* fue ideada y fundada por Angelo de Gubernatis en 1881 con la intención de sacar a la luz una publicación destinada a las jóvenes, le dio el nombre de su hija y el primer número salió a la calle el 6 de noviembre de dicho año. Desde el principio tuvo una muy buena acogida entre el público femenino adolescente y los padres y educadores de estas jóvenes.

<sup>27</sup> “una piedra miliar en el camino de mi vida, un núcleo luminoso del que irradia, por decirlo así, la luz de mis mayores intereses y de mi arte”.

puso al frente del proyecto en 1884, consiguió aumentar la tirada de la revista y llegar a un mayor número de jóvenes gracias a una estrategia comercial que le permitió conseguir un público fiel y concreto en una época en la que el periodismo comenzaba a perfilarse como un medio eficaz para controlar a la opinión pública, una época en la que, como dice Cantatore en su edición crítica a la biografía (22), los escándalos y las polémicas comenzaban a ser habituales y fuente de reclamos en la prensa. *Cordelia* será un reflejo de la producción literaria de Baccini a caballo entre escritura educativa y narrativa.

A pesar de que existían ya varios periódicos para niños en los que ella participaba, no se le iba de la cabeza la idea de fundar uno propio que cumpliera con todas sus expectativas: “Un perfetto «giornale dei bambini» mi era più volte comparso nella fantasia, più completo, armonico, con tutte le sue divisioni e tutte le sue rubriche” (251)<sup>28</sup>. Así que no paró hasta que convenció al editor de *Cordelia* para que publicara uno nuevo y en 1895 aparecía el *Giornale dei bambini*. El único inconveniente fue que “in Italia gli scrittori per l’infanzia son ben pochi; e quei pochi sono più novellatori che giornalisti. Non si possono empire le pagine di un periodico di fiabe e di novelle: bisogna empirle di articoli”<sup>29</sup>. Por lo que durante los primeros años se vio obligada a llenar ella sola todas las páginas del periódico con diferentes temas que escribía bajo los más variados pseudónimos. Dicha publicación pervivió hasta 1906, año en el que fue absorbida por el *Giornalino della Domenica*.

Ida Baccini publicó a lo largo de su vida más de cien obras, de las cuales un alto porcentaje fueron de corte pedagógico no solo en forma de relatos para niños, sino también con una amplia producción de manuales de texto para las escuelas. El día de su muerte, siendo ya una escritora y periodista conocida y reconocida, el diario *Il Marzocco*, periódico que no la tenía en demasiada estima, le dedicó las siguientes líneas en su obituario:

---

<sup>28</sup> “Un «periódico de niños» perfecto era algo que se me había pasado muchas veces por la cabeza, más completo, más armónico, con todas sus secciones y sus columnas”.

<sup>29</sup> “en Italia los escritores para niños son muy pocos; y esos pocos son más narradores que periodistas. No se pueden llenar las páginas de un periódico con cuentos y relatos: hay que llenarlas de artículos”.

I suoi libri? Chi sa quanti ne ha scritti? Chi li ha letti tutti? Se la disputavano tutti gli editori italiani. Date un'occhiata ai cataloghi del Bemporad, del Hoepli [...] Più di cinquanta volumi; e non vi sono comprese le dieci annate del "Giornale dei bambini", le trenta della "Cordelia", i libri di testo per le scuole elementari (Salviati, 2002: 46)<sup>30</sup>.

Sin embargo, esta afirmación no hacía justicia al número real de publicaciones de la polifacética Ida Baccini que vieron la luz. Su amiga y compañera Matilde Serao hacía referencia a ello, con una metáfora más cercana a la realidad, en el diario *Il Giorno*:

Se ogni fanciullo che ha letto quanto l'incomparabile amica dei piccoli aveva scritto, per loro, portasse un fiore sulla tomba ove dorme il gran sonno Ida Baccini, sorgerebbe una montagna floreale e pur lieve, alta quanto le più alte cime (45)<sup>31</sup>.

No se puede negar, por tanto, que la producción de la autora fue muy extensa en sus diferentes facetas como periodista, literata y educadora. Trabajó sin descanso y eso le reportó problemas de salud, en los últimos años sufría de asma, agorafobia y ansiedad y le costaba escribir. Murió en su casa en Florencia el 28 de febrero de 1911 a causa de un enfisema pulmonar.

Para concluir este punto, cabría decir que, analizando su obra, se puede colegir que el feminismo que postuló Ida Baccini no era extremo, ni rompedor; fue, como afirma Salviati (2002: 79), una pedagoga más intuitiva que sistemática y, de esta suerte, practicó un feminismo que, lejos de teorías o movimientos, se ceñía a lo que consideraba razonable y justo dentro de los esquemas convencionales en los que se había formado ella.

---

<sup>30</sup> "¿Sus libros? ¿Quién sabe cuántos ha escrito? ¿Quién los ha leído todos? Se la disputaban todos los editores italianos. Echad un vistazo a los catálogos de Bemporad, de Hoepli [...] Más de cincuenta volúmenes, y no están incluidos los diez años del *Giornale dei bambini*, los treinta de *Cordelia*, los libros de texto para la escuela".

<sup>31</sup> "Si cada niño que ha leído todo lo que la incomparable amiga de los pequeños había escrito para ellos dejara una flor sobre la tumba donde duerme el sueño eterno Ida Baccini, se alzaría una montaña de flores que, aunque leve, sería alta como las más altas cumbres".

Escritora, periodista, pedagoga, educadora; no revolucionó el papel de la mujer ni se rebeló contra los dictados de la época, pero su propia vida y su compromiso con la infancia contribuyeron a formar ciudadanos y ciudadanas con capacidad de decisión y conscientes de sus posibilidades.

Ida Baccini se define a sí misma en su autobiografía (2004: 253-256) como una mujer sencilla, pacífica, paciente, buena, tenaz, piadosa, con capacidad para amar, risueña, decente, cariñosa, amable, atenta, perspicaz y de inteligencia astuta. El capítulo en el que hace este análisis sobre su persona lleva por título “Come sono e come vorrei essere...”<sup>32</sup>. La autora quiso dejar como legado a las futuras generaciones de italianos todas las cualidades de las que se enorgullecía y aquellas de las que le hubiera gustado gozar por considerarlas justas y buenas, legado que hoy podemos estudiar a través de su vasta producción de corte tanto literario como pedagógico y periodístico.

---

<sup>32</sup> “Cómo soy y cómo me gustaría ser...”.

## 6. LAS MEMORIAS DE UN POLLITO: NOVELA DE FORMACIÓN

La obra más conocida y de mayor éxito de la autora – muy a su pesar<sup>33</sup> – es la que aquí traducimos bajo el título *Memorias de un pollito y cómo fue a terminar el pollito*. En 1875, la editorial florentina Felice Paggi publica la primera parte del libro por el que será recordada durante décadas, si bien es cierto que en un primer momento la obra se publica de forma anónima y no es hasta que alcanza notoriedad cuando se desvela el nombre de la autora. Esta primera parte fue reeditada hasta setenta y siete veces en algo menos de cien años.

Como ya apuntábamos en el epígrafe anterior, la historia del pollito surge de la propuesta que le hace Pietro Dazzi, tal y como ella misma relata en su autobiografía:

Nel 1875 il Dazzi mi consigliò a scriver un libro per i ragazzi; e quantunque il pubblicarlo allora fosse molto meno facile di quel che non sia oggi, e le ideine viete di quel tempo non incoraggiassero molto una donna giovane a tentare colla virtù dell'ingegno vie nuove, pure il consiglio mi andò a genio e lo seguii. [...] La difficoltà di trovare un editore fu appianata in men che non si dica dal Dazzi, il quale nel rivolgersi agli editori Paggi, sapeva bene che non gli avrebbero opposto un rifiuto. Il manoscritto, raccomandato caldamente dal maestro, fu letto, accettato e... pagato (Baccini, 2004: 137-138)<sup>34</sup>.

---

<sup>33</sup> Como hemos visto, la escritora siempre se sentirá víctima de esta obra porque considera que su éxito la etiquetó como autora de libros infantiles y el resto de su obra no recibió el reconocimiento que se merecía.

<sup>34</sup> En 1875 Dazzi me aconsejó que escribiera un libro para niños; y aunque entonces publicarlo era mucho menos fácil que hoy y las ideas anticuadas de aquel tiempo no animaban mucho a una mujer joven a probar suerte por nuevos caminos con la virtud del ingenio, igualmente me gustó el consejo y lo seguí. [...] La dificultad de encontrar un editor fue allanada en poco tiempo por Dazzi que, dirigiéndose a los editores Paggi, sabían bien que no se negarían. El manuscrito recomendado vivamente por el maestro fue leído, aceptado y... pagado”.

Además, en una nota a pie de página aclarando cómo se gestó el pollito alude al hecho de que fueron los propios editores quienes le propusieron que firmara solo con las iniciales, “così molti lo crederanno dovuto a penna maschile!” (137)<sup>35</sup>.

Tomando como modelo el esquema de las fábulas clásicas escribe *Memorie di un pulcino*, cuyo protagonista, un pollito antropomorfizado, actuará como narrador de sus propias vivencias y permitirá al lector acompañarlo en su camino a la madurez, el pollito / niño crece observando el mundo adulto para adaptarse al comportamiento considerado ética y moralmente apropiado en la época como modelo y ejemplo de vida. Él mismo introduce su *biografía* con las siguientes palabras:

È una storia, sono avventure da pulcino, ma non dubitate, no, la mia parte di disgrazie l’ho avuta anch’io, e i giorni neri sono stati più frequenti di quelli di color rosa. Tuttavia ho cercato di sopportare i dispiaceri con quella fermezza d’animo che il buon Dio mette anche nelle povere bestioline, e a’ tempi felici non sono mai montato in superbia e ho cercato sempre di fare quel po’ di bene che stava in me [...] Di pulcino sono diventato un robusto e svelto galletto e [...] sono certo, certissimo di morir di vecchiaja (Baccini, 1922: 7)<sup>36</sup>.

Uno de las factores que ayudan al éxito de la novela es la forma de narración y el personaje elegido para ser protagonista. Un pollito que se mueve en un mundo que los niños pueden identificar y sentir parecido al suyo y que se dirige directamente a ellos contando en primera persona sus vivencias. Los consejos no llegan a modo de exhortaciones desde la óptica de un adulto, sino de un *niño* de su edad que vive situaciones muy semejantes a las que pueden vivir ellos. Se trata de un pollito bueno que vive con su madre y sus hermanos en el gallinero de una casa humilde

---

<sup>35</sup> “así muchos creerán que ha sido escrito por un hombre”.

<sup>36</sup> “Es una historia, son las aventuras de un pollito, pero no tengáis dudas, no, que mi parte de desgracias también la he vivido yo, y los días feos han sido más que los de color rosa. Sin embargo, he intentado aguantar las decepciones de la vida con la firmeza de ánimo que Dios también da a los pobres animalitos, y en las épocas buenas nunca me he mostrado soberbio y he intentado siempre sacar el poco bien que había en mí [...] De pollito he pasado a ser un robusto y esbelto gallo y [...] estoy seguro, segurísimo, de que moriré de viejo”.



a cuyos dueños respeta y quiere. Pero, como cualquier niño, tiene un carácter curioso e inquieto que, en ocasiones, le lleva a desobedecer a su madre. El lector aprenderá precisamente de los errores que comete el pollito, cada vez que desobedece una orden o ignora un consejo, las consecuencias de ese comportamiento. “Attraverso le disavventure e le vicende divertenti di questo pulcino, la Baccini trasmette quei valori morali essenziali, senza essere mai noiosa ed eccessiva, come in realtà erano i libri d’infanzia di quel periodo” (D’Agostino, 2011: 193)<sup>37</sup>.

La obra refiere de modo constante valores como la bondad, la determinación, la obediencia, la fe cristiana, la humildad:

appartengono infatti alla letteratura dell’infanzia postunitaria le divagazioni sulla morte, gli inviti ad esercitare la carità, a “soportare i dispiaceri con quella fermezza d’animo che il buo Dio mette anche nelle povere bestioline”, ad essere cauti nello “stringere le amicizie”, a badare ai fatti propri (Boero & De Luca, 2006: 28)<sup>38</sup>.

A esta primera obra le siguió una segunda parte publicada en 1898 por la editorial Bemporad<sup>39</sup>, *Come andò a finire il pulcino*, que, aunque es cierto que no llegó a alcanzar tanta fama como la anterior, continuó el modelo de novela de formación iniciado en su

---

<sup>37</sup> “A través de las desventuras y las divertidas anécdotas de este pollito, Baccini transmite esos valores morales esenciales, sin resultar aburrida o excesiva en ningún momento, como sí lo eran los libros para niños de aquella época”.

<sup>38</sup> “de hecho pertenecen a la literatura para niños del periodo postunitario las divagaciones sobre la muerte, las invitaciones a ejercer la caridad, «a aguantar las decepciones de la vida con la firmeza de ánimo que Dios también da a los pobres animalitos», a ser cuidadosos a la hora de trabar amistades, a preocuparse de los asuntos propios”.

<sup>39</sup> Roberto Bemporad compró en 1889 la editorial Paggi, que había publicado previamente *Memorie di un pulcino*, y de ahí surgió la editorial R. Bemporad & figlio que sería dirigida por el hijo, Enrico, hasta 1934, año en el que, por problemas con el fascismo, este decide dejar la dirección en manos de un consejero delegado. La familia Bemporad era de origen hebreo, por lo que, debido a las leyes raciales la empresa tuvo que cambiar de nombre y en 1938 comienza a llamarse Marzocco. Después de sucesivos cambios en la gestión y en la dirección a través de las sucesivas compras y adquisiciones por parte de diferentes editoriales a lo largo de todo el siglo XX, podemos decir que el Grupo Editorial Giunti sería hoy el heredero de esta editorial.

precuela. En 1917 ambos volúmenes se publicaron por primera vez recogidos en uno solo. La nueva edición formaba parte de la “Biblioteca Bemporad per i ragazzi”. En 1922 la editorial volvió a imprimir el libro incluyendo en la portada el número de ejemplares publicados – *150° migliaia* –. Diez años después el libro había alcanzado las doscientas veinticinco mil copias publicadas.

En esta segunda parte, en la vida de la escritora, quien dado su éxito ahora ya puede firmar la novela con su nombre completo, han pasado más de veinte años y podemos averiguar que también han pasado algunos años en la del pollito que, al inicio del relato, reaparece como un “gallito desplumado, enjuto, que estaba al sol con los ojos medio cerrados” (p. 137)<sup>40</sup>. Así viene descrito en un momento fundamental y cargado de sentimiento en el que la propia Ida Baccini hace su aparición como un personaje de la novela y se encuentra con el pollito, ahora ya viejo y cansado, que agradece a la escritora que se hiciera cargo de publicar la primera parte de sus memorias y le anuncia que en estos años ha continuado su relato autobiográfico. Baccini se compromete a gestionar su publicación cuando llegue a sus manos:

Efectivamente, no había pasado más de una semana cuando la señora Ida Baccini recibía el manuscrito y se lo entregaba al impresor.

Y así fue cómo, niños, ha sido posible para vosotros continuar el relato que hizo las delicias de vuestras mamás y que os explica *Cómo fue a terminar el Pollito* (p. 140).

La continuación de las *Memorias* da inicio después de este capítulo introductorio en el que la autora quiere dejar constancia del paso del tiempo y, de algún modo, anticipa que la vida del pollito no ha sido fácil y está llegando a su fin. Aunque el narrador de la obra sigue siendo el pollito, la autora incluye algunas glosas en algunos puntos hacia el final del relato para realizar algunas aclaraciones y, una vez muerto el pollito, anuncia que es ella quien escribirá el capítulo final.

---

<sup>40</sup> A partir de aquí todas las referencias que aparecen en este epígrafe a fragmentos de la novela pertenecen a esta misma traducción y las páginas son las de este volumen.

A través de las experiencias del pollito, la autora afronta muchos temas que resultaban indispensables para la formación de los jóvenes de aquella época:

[...] oltre l'amore e il rispetto tra madre e figlio: parla dell'importanza della amicizia, della sincerità, della generosità e anche dell'amore per la patria. Argomenti importanti, anzi sacri della letteratura per bambini di quel tempo, che richiedeva anche un insegnamento religioso. La scrittrice, attraverso un gioco di fantasia, con le avventure che il pulcino vive, rispetta le norme e gli obblighi dei temi che dovevano essere presenti nei testi scolastici (D'Agostino, 2011: 194)<sup>41</sup>.

Efectivamente, en cuanto a la formación en materia de religión, abundan a lo largo de todo el relato las referencias a la Biblia y las alusiones al Dios de la iglesia católica refiriéndose a este como el buen Dios o el buen Señor, alabando los frutos de su creación – “Hay que decir que desde pequeño he mostrado siempre respeto a las creaciones del buen Dios” (p. 141) – o acudiendo a él como su máximo referente y ante cuya voluntad hay que rendirse. En este sentido, denuncia, por ejemplo, la superstición como propia de personas sin cultura ya que en la moral católica no cabe esta práctica – “son las personas ignorantes y supersticiosas las que creen en estas tonterías” (p. 107-108) – y, por el contrario, hace continuas referencias a la resignación ante las desdichas o contratiempos que trae la vida.

El relato hace especial hincapié también en la importancia del amor maternofilial y el respeto y veneración que un hijo debe tener hacia su madre. Durante toda la obra está presente esta figura como una mujer comprensiva, cariñosa y entregada a sus polluelos pero al mismo tiempo severa y recta en la educación de sus crías dándole siempre consejos sensatos. Cuando el pollito abandona el hogar para vivir su propia vida añorará especialmente

---

<sup>41</sup> “[...] además del amor y el respeto entre madre e hijo: habla de la importancia de la amistad, de la sinceridad, de la generosidad así como del amor por la patria. Temas importantes, sagrados, en la literatura para niños de la época, que requería una educación religiosa también. La escritora, a través de un juego de fantasía, con las aventuras que vive el pollito, respeta las normas y las obligaciones de los temas que tenían que estar presentes en los libros de texto”.

a su madre y se arrepentirá del daño que le ha podido causar por no seguir sus consejos:

El recuerdo que nunca me ha abandonado y que no me dejará mientras viva es el de mi pobre madre a la que no volveré a ver. Cuando pienso que algunas veces ha estado mal por mí, cuando pienso en todas las desazones que le he provocado se me parte el corazón de dolor y arrepentimiento (p. 129).

La madre en la obra representa el pilar fundamental de su infancia, aunque también hay continuas alusiones a la familia como institución y a la importancia de esta: “el amor de la familia es más que sagrado” (p. 155). En relación con las relaciones personales, Ida Baccini ensalzará, además, el valor de la amistad en varios momentos de la novela y la importancia de poder contar con ellos: “créetelo, cuando somos tan infelices es un alivio poder desahogarse con un amigo” (p. 169).

Los valores que pretende transmitir el libro entran también en el terreno de la buena educación buscando enseñar a los niños buenas maneras y a comportarse siempre correctamente. Véase a continuación un ejemplo de esto en el que se habla de los modales en la mesa:

Los niños, igual que los adultos, tienen que sentarse a la mesa con las manos y la cara bien limpias, porque, de ese modo, además de dar esa buena impresión que causa siempre la pulcritud, es como una muestra de respeto a las personas que están en su compañía. También hay niños que ponen caras a la comida que les llevan a la mesa y empiezan: «esto no me gusta», «esto no lo quiero»... ¡Qué feo es hacer eso!

Un niño, cuando está sano, debe comer de todo y así crecerá lozano y robusto (p. 113)

Ejemplos en este sentido no faltan a lo largo de toda la obra, el pollito nos enseña que “eso de estar escuchando los asuntos ajenos [es] de las peores faltas de respeto que pueda cometer un niño” (p. 146), que hay que respetar la naturaleza porque las plantas y los animales nos pueden contar muchas cosas, que hay que ser modestos y hacer el bien sin esperar nada a cambio, que

“cuando se hace una promesa, hay que mantenerla a toda costa” (p. 94) o que “la venganza es lo más feo de este mundo” (p. 129).

Otro de los aspectos fundamentales en la literatura infantil italiana de la época es la transmisión del amor a la patria, era necesario enseñar a los niños a querer su país para que, recíprocamente, se sintieran orgullosos y que los jóvenes entendieran el motivo de las guerras que se habían librado para conseguir la unidad nacional, así lo demuestra la conversación mantenida entre un padre y un hijo en presencia del pollito reflejada en el siguiente fragmento:

[...] nuestra querida Florencia no es un mundo, sino más bien una especie de puntito en una gran extensión de tierra que se llama Italia y que es nuestra gloriosa y noble patria. Y, sin embargo, a esta pobre Italia, antes la querían poner de todos los colores...

- ¿Quién, papá?

- ¿Quién? ¡Ay mi pobre niño! Eso sería muy largo de explicar. Muchísima gente que no tenía nada que ver con nosotros pero que quería llegar aquí y hacerse los dueños y, por desgracia, casi lo consiguen. Así que, si Italia no quería en su casa a extraños, ¿a quién tenía que recurrir para que la apoyara y la defendiera?

- A los italianos.

- No tengo nada más que decir. Aquí tienes las razones de las guerras [...] (p. 91).

No faltan en el relato discursos de tipo más didáctico en los que la autora trata de proporcionar a sus futuros lectores conocimientos relacionados con la cultura y la naturaleza, en este sentido Baccini no duda en demostrar su erudición en materia de plantas y animales, por ejemplo, ofreciendo lecciones que puedan serles útiles y entretenidas a los jóvenes lectores. Además, se introducen pequeñas historias y fábulas populares, como la del ratón de ciudad y el ratón campesino, a través de las cuales siempre se trata de extraer una enseñanza.

En conclusión, las *Memorias de un pollito* se trata de un libro didáctico y pedagógico destinado a un público infantil, que transmite valores que pueden ser atemporales, como veíamos al inicio en la descripción de las características de los cuentos populares. Es una obra especialmente relevante por la coyuntura sociopolítica que vive Italia en el momento de su publicación y

que deja constancia de la importante labor que acometió su autora en una época en la que las mujeres tenían muchas dificultades para acceder al mercado editorial; sin embargo, podemos decir que Ida Baccini sirvió de modelo para otros escritores que la sucedieron.

El éxito de las aventuras y desventuras del pollito se debe, en primer lugar, al modo narrativo que emplea la autora que se acerca al lector con un tono amable y mostrando el camino correcto sin imperativos, con la sencillez de un *niño* que cuenta sus vivencias cotidianas, con las que los lectores pueden sentirse identificados, un *niño* que siente y piensa como ellos y que puede servirles de modelo.

Asimismo, otros factores que contribuyeron a su éxito fueron el carácter educativo acorde a los principios pedagógicos que debían contener los textos escolares de la época y el ensalzamiento de la patria, la familia y Dios como pilares de la sociedad que había surgido con la unificación del país.

## 7. OBRA COMPLETA DE IDA BACCINI

- (1870). *Ispirazioni*. Florencia: Carnesecchi.
- (1871). *Frutti fuori stagione*. Florencia: Carnesecchi.
- (1875). *Memorie di un pulcino*. Florencia: Paggi, 1875.
- (1877). *Prime letture composte da una mamma*. Florencia: Paggi.
- (1878). *Favole e cose vere*. Florencia: Paggi.
- (1878). *I piccoli viaggiatori. Viaggio nella China*. Florencia: Paggi.
- (1880). *La fanciulla massaia*. Florencia: Paggi.
- (1880). *Racconti*. Florencia: Paggi.
- (1880). *La terra, il cielo, il mare*. Florencia: Paggi.
- (1881). *Il libro del mio bambino*. Florencia: Paggi.
- (1881). *Il libro della giovinetta*. Florencia: Paggi.
- (1881). *Seconde letture per le scuole elementari*. Florencia: Paggi.
- (1882). *Lezioni e raccontini per i bambini*. Milán: Trevisini.
- (1882). *Lezioni e raccontini per le bambine*. Milán: Trevisini.
- (1882). *Le mie vacanze*. Milán: Carrara.
- (1882). *Terze letture per le classi elementari*. Florencia: Paggi.
- (1883). *Il capriccio di un principino*. Milán: Carrara.
- (1883). *Come vorrei una fanciulla*. Milán: Trevisini.
- (1883). *Nuovi racconti*. Florencia: Le Monnier.
- (1883). *Sillabario per le classi preparatorie delle scuole elementari*. Florencia: Paggi.
- (1883). *Tra una lezione e l'altra*. Milán: Trevisini.
- (1884). *Lezioncine di cose usuali*. Turín: Paravia.
- (1884). *Manfredo*. Milán: Carrara.
- (1884). *Passeggiando coi miei bambini*. Milán: Treves.
- (1884). *Per i più piccini*. Milán: Trevisini.
- (1884). *Per le strade*. Milán: Carrara.
- (1884). *Terze letture per le classi elementari maschili*. Florencia: Paggi.
- (1884). *Un'ora di svago*. Florencia: Paggi.

- (1884). *Vita borghese*. Bologna: Zanichelli.
- (1885). *Amor filiale*. Milán: Carrara.
- (1885). *Il lunario dei bambini*. Florencia: Le Monnier.
- (1885). *Il mondo va così*. Milán: Trevisini.
- (1885). *La vita dei bambini buoni e savi*. Milán: Hoepli.
- (1885). *Quarte letture per le classi elementari femminili*. Florencia: Paggi.
- (1885). *Quinte letture per le classi elementari femminili*. Florencia: Paggi.
- (1885). *Un bimbo, un vecchio, un ciuco*. Milán: Carrara.
- (1885). *Un dottore in erba*. Milán: Carrara.
- (1886). *Felice ad ogni costo*. Florencia: Ademollo.
- (1886). *Impariamo a vivere*. Milán: Trevisini.
- (1886). *Nozioni di grammatica italiana, esposte secondo il metodo intuitivo, ad uso delle scuole elementari*. Florencia: Paggi.
- (1886). *Perfidia Mignon? Il povero Cecco. Quel che avvenne al sig. Gaetano la notte di Natale*. Milán: Treves.
- (1886). *Per le più piccine*. Milán: Trevisini.
- (1887). *Figurine e racconti*. Florencia: Paggi.
- (1887). *Libro moderno ossia Nuove letture per la gioventù*. Turín: Paravia.
- (1887). *Il sogno di Giulietta, fantasia dantesca. Libro di lettura per le scuole superiori femminili*. Florencia: Ademollo.
- (1887). *Per le più grandicelle*. Milán: Trevisini.
- (1888). *Per i più grandicelli*. Milán: Trevisini.
- (1888). *Per un balocco!* Milán: Trevisini.
- (1889). *Dal salotto alla Chiesa. Racconti*. Milán: Galli.
- (1889). *La storia di Firenze narrata a scuola*. Florencia: Paggi.
- (1889). *Storia di una donna narrata alle giovinette*. Florencia: Paggi.
- (1890). *In campagna. Prime letture ad uso della prima classe delle scuole rurali femminili*. Palermo: Remo Sandron.
- (1890). *Nei tempi antichi. Racconti tratti dalla storia ebraica, greca e romana*. Turín: Paravia.
- (1891). *Maestre* (conferencia). Florencia: Ademollo.
- (1891). *Il primo anno di scuola. Letture educative per la prima classe elementare maschile e femminile* Florencia: Bemporad.



- (1891). *Il secondo anno di scuola. Letture educative per la seconda classe elementare maschile e femminile*. Florencia: Bemporad.
- (1891). *Il terzo anno di scuola. Letture educative per la terza classe elementare maschile e femminile*. Florencia: Bemporad.
- (1891). *Il quarto anno di scuola. Letture educative per la quarta classe elementare maschile e femminile*. Florencia: Bemporad.
- (1891). *Il quinto anno di scuola. Letture educative per la quinta classe elementare maschile e femminile*. Florencia: Bemporad.
- (1891). *Quinte letture per le classi elementari femminili*. Florencia: Bemporad.
- (1891). *Realtà e fantasia*. Florencia: Bemporad.
- (1892). *Cristoforo Colombo: racconto per la gioventù*. Turín: Paravia.
- (1892). *I giorni più belli*. Milán: Hoepli.
- (1892). *L'epistolario dei fanciulli*. Florencia: Bemporad.
- (1892). *Il novelliere delle signorine*. Milán: Galli.
- (1892). *Poesia?* Florencia: Bemporad.
- (1893). *Feste azzurre. Racconti*. Milán: Cogliati.
- (1893). *L'insegnamento dell'italiano nelle scuole elementari. Esercizi di componimento, di grammatica e saggi di temi*. Turín: Paravia.
- (1893). *L'insegnamento dell'italiano nelle scuole elementari. Esercizi di componimento, narrazione, temi*. Turín: Paravia.
- (1893). *L'insegnamento dell'italiano nelle scuole elementari. Per la classe quarta*. Turín: Paravia.
- (1894). *Campagna e città. Letture per la terza elementare*. Palermo: Sandron.
- (1894). *Lezioni e racconti per le bambine*. Milán: Trevisini.
- (1894). *Terze letture per le classi elementari femminili*. Florencia: Paggi.
- (1894). *Una famiglia di gatti*. Turín: Paravia.
- (1895). *Il bacio: Chiacchierata senza capo ne' Coda, fatta all'associazione della stampa Toscana in Firenze la sera del 28 gennaio 1895*. Florencia: Bemporad.
- (1895). *Le future mogli*. Florencia: Le Monnier.
- (1896). *L'abito nero è di rigore. Racconti per ragazzi*. Milán: Carrara.

- (1896). *Tonino in calzon lunghi, con altri racconti per i ragazzi*. Florencia: Salani.
- (1897). *Il libro delle novelle*. Florencia: Salani.
- (1898). *Brevi racconti di storia patria ad uso della quarta elementare*. Lanciano: Carabba.
- (1898). *Come andò a finire il pulcino*. Florencia: Bemporad.
- (1899). *Con l'oro o con l'amore?* Florencia: Salani.
- (1899). *Il libro delle preghiere*. Rocca S. Casciano: Cappelli.
- (1899). *La prova*. Palermo: Sandron.
- (1899). *Solo al mondo: storia di due fanciulli*. Palermo: Sandron.
- (1899). *Un ragazzo di proposito*. Palermo: Sandron.
- (1899). *Un re di dieci anni*. Palermo: Sandron.
- (1899). *Tre inviti*. Florencia: Landi.
- (1900). *Angeli del cielo e angeli della terra*. Florencia: Salani.
- (1900). *Il piccolo merciaio ambulante: Per venti lire. L'ondina*. Milán: La Cisalpina.
- (1900). *Il thè delle cinque*. Milán: Agnelli.
- (1900). *Un anno della mia giovinezza*. Rocca S. Casciano: Cappelli.
- (1901). *Fotografie istantanee*. Rocca S. Casciano: Cappelli.
- (1901). *Il romanzo di una maestra*. Florencia: Salani.
- (1901). *Lo sproposito di un babbo*. Lanciano: Carabba.
- (1901). *Per le veglie invernali: Storie allegre e storie meste, con illustrazioni*. Turín: Paravia.
- (1901). *Un gatto: racconto sceneggiato*. Turín: Paravia.
- (1901). *Una famiglia di saltimbanchi*. Florencia: Bemporad.
- (1901). *Vorrei fare il signore*. Génova: Donath.
- (1903). *Quando il bambino va a scuola*. Florencia: Bemporad.
- (1904). *Fuoco sacro. Libro di arte gastronomica*. Rocca S. Casciano: Cappelli.
- (1904). *Il signore delle bambole*. Palermo: Biondo.
- (1904). *La mia vita. Ricordi autobiografici*. Roma: Società Editrice Dante Alighieri.
- (1904). *Lo spirito del galateo e il galateo dello spirito*. Rocca S. Casciano: Cappelli.
- (1905). *Commedie e monologhi per bimbe e bambini*. Livorno: R. Giusti.
- (1905). *Per vie fiorite*. Florencia: Bemporad.

- (1906). *Il libro della vita*. Rocca S.Casciano: Cappelli (publicada bajo el pseudónimo de Manfredo).
- (1906). *Le crocelline del lunario*. Milán: Cogliati.
- (1906). *Una famiglia simpatica: commedia in un atto*. Milán: Agnelli.
- (1907). *La terra dei fiori, dei suoni, dei carmi*. Rocca San Casciano: Cappelli.
- (1908). *Per trovar marito*. Rocca San Casciano: Cappelli.
- (1908). *Ponte d'oro: piccola enciclopedia della vita pratica*. Rocca S. Casciano: Cappelli.
- (1909). *L'orologio d'oro*. Palermo: Biondo.
- (1909). *Tra suocera e nuora*. Florencia: Landi.
- (1910). *Scintille nell'ombra*. Rocca S. Casciano: Cappelli.



## 8. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ascenzi, A. & Sani, R. (2018). *Storia e antologia della letteratura per l'infanzia nell'Italia dell'Ottocento*. Vol. II. Milán: FrancoAngeli.
- Baccini, I. (1882). *Lezioni e racconti per i bambini*. Milán: Enrico Trevisini.
- Baccini, I. (1909). *Tra suocera e nuora*. Florencia: Società Editrice Italiana.
- Baccini, I. (1912). *Le future mogli*. Florencia: Successori Le Monnier.
- Baccini, I. (1922). *Memorie di un pulcino seguite da come andó a finire il pulcino*. Florencia: Bemporad & Figlio Editori.
- Baccini, I. (2004). *La mia vita*. Milán: Edizioni Unicopli.
- Bethelheim, B. (1992). *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*. Barcelona: Ed. Crítica.
- Boero, P. (2002) (ed.). *Storie di donne. Contessa Lara – Anna Vertua Gentile – Ida Baccini – Jolanda: scrittura per l'infanzia e letteratura popolare fra Otto e Novecento*. Génova: Brigati.
- Boero, P. & De Luca, C. (2006<sup>12</sup>). *La letteratura per l'infanzia*. Bari: Editori Laterza.
- Cagnolati, A., Pironi, T. (2006). *Cambiare gli occhi al mondo intero. Donne nuove ed educazione nelle pagine de L'Alleanza (1906-1911)*. Milán: Unicopli.
- Cambi, F. (2013). *Ida Baccini. Cento anni dopo*. Roma: Editoriale Anicia.
- Cantatore, L. (2014). Un'identità femminile moderna. L'autobiografia di Ida Baccini. *Espacio, Tiempo y Educación*, 1(1), pp. 31-54. Recuperado de <http://dx.doi.org/10.14516/ete.2014.001.001.002> [Fecha de consulta: 27 de junio de 2018].
- Carbognini, M. E. & Madorsky, L. (2013). Ida Baccini e il grande segreto della sua vita privata: Manfredo. En F. Cambi (ed.), *Ida Baccini. Cento anni dopo* (pp. 189-202). Roma: Editoriale Anicia.

- Céspedes, G. (1982). *El arte de contar cuentos*. Madrid: Frakson.
- D'Agostino, A. (ed.) (2011). *Avventure di un pulcino*. San Donato Val di Comino: Psiche e Aurora editore.
- D'Agostino, D. (2010). Escritoras italianas para la infancia. En E. González de Sande & A. Cruzado Rodríguez (eds.), *Rebeldes literarias* (pp. 267–280). Sevilla: Arcibel.
- D'Azeglio, M. T. (1891). *I miei ricordi*. Florencia: Barbera.
- De Serio, B. (ed.) (2015). *Scrittrici d'infanzia. Dai libri per bambini ai romanzi per giovinette*. Bari: Progedit.
- Magazzeni, L. (2015). Microstorie magistrali: Emma Tettoni fra carduccianesimo e reti emancipative. *Ricerche di Pedagogia e Didattica – Journal of Theories and Research in Education* 10, 3, pp. 33-44.
- Maisano, A. (2009). Il «Giornale dei fanciulli». La società di fine '800 in una rivista per ragazzi. *Bollettino di storia dell'editoria in Italia*, año XV vol. 1. Recuperado de [https://www.fondazionemondadori.it/wp-content/uploads/2018/12/2\\_Maisano\\_Il-Giornale-dei-fanciulli.pdf](https://www.fondazionemondadori.it/wp-content/uploads/2018/12/2_Maisano_Il-Giornale-dei-fanciulli.pdf) [Fecha de consulta: 5 de mayo de 2018].
- Monastra, A. (2017). Un caso di cronaca linguistica per la scuola. Ida Baccini e le origini di *Lingua Italiana*. *Circula. Revue de idéologies linguistiques*, nº 5. Recuperado de [https://savoirs.usherbrooke.ca/bitstream/handle/11143/11228/2017\\_05\\_Monastra.pdf?sequence=3&isAllowed=y](https://savoirs.usherbrooke.ca/bitstream/handle/11143/11228/2017_05_Monastra.pdf?sequence=3&isAllowed=y) [Fecha de consulta: 27 de junio de 2018].
- Morandini, G. (1997). *La voce che è in lei. Antologia della narrativa femminile italiana tra '800 e '900*. Milán: Bompiani.
- Pastoriza de Etchebarne, D. (1972). *El arte de narrar: un oficio olvidado*. Buenos Aires: ed. Guadalupe.
- Picherle Blezza, S. (2004). *Libri, bambini, ragazzi. Incontro tra pedagogia e letteratura*. Milán: Vita e pensiero.
- Salviati, C. I. (2002). Tra letteratura e calzetta. Vita e libri di Ida Baccini. En P. Boero (ed.), *Storie di donne. Contessa Lara – Anna Vertua Gentile – Ida Baccini – Jolanda: scrittura per l'infanzia e letteratura popolare fra Otto e Novecento* (pp. 45-87). Génova: Brigati.
- Santucci, L. (1950). *La letteratura infantile*. Florencia: G. Barbèra.

- Spinazzola, V. (1997). *Pinocchio & C.: La grande narrativa italiana per ragazzi*. Milán : Il saggiatore.
- Squarcina, E. & Malatesta, S. (2012). La geografía del Viaggio per l'Italia di Giannettino di Carlo Collodi como instrumento per la construcción nacional italiana. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, vol. XVI, nº 418 (24). Recuperado de <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-418/sn-418-24.htm> [Fecha de consulta: 22 de junio de 2018].
- Valencia Mirón, M. D. (2018). Emma Perodi e Ida Finzi. Del relato fantástico a la novela de formación (1893-1922). En A. Cagnolati (coord.), *Escritoras en lengua italiana (1880-1920): renovación del canon literario* (pp. 167-176). Granada: Comares.





## II

### ***MEMORIAS DE UN POLLITO Y CÓMO FUE A TERMINAR EL POLLITO***





*PRIMERA PARTE*

*MEMORIAS DE UN POLLITO*



I

## PRESENTACIÓN

Nací en Vespignano, en la región de Mugello, en Toscana, en 1874. A mi papá no lo conocí y cada vez que le preguntaba por él a mamá se producía una escena que haría enternecer hasta a las piedras. Se ponía a cacarear de modo lastimero: entre aquellos gritos captaba algo a duras penas, como, por ejemplo, asador, fuego, retorcer el pescuezo y otras lindezas de ese estilo.

Yo, como podéis imaginar, en aquella época era muy pequeño para entender qué había pasado; pero ya desde entonces empecé a no poder ver los asadores, y cuando para ir a buscar a mamá me veía obligado a asomar la cabeza por la cocina de la señora, se me ponía la piel de gallina. Pero dejando aparte esos momentos de los que, por otra parte, intentaba huir con todas mis fuerzas, mi vida estaba lejos de ser aburrida.

Vivíamos todos, mamá, mis quince hermanitos y yo, en aquel gallinero, tan grande, espacioso y limpio que era una delicia; durante el día éramos dueños de zascandilear por un gran campo en el que había todo tipo de bondades; árboles aquí y allá, cerezas hermosas, alcachofas, habas, guisantes, tantos como para no saber qué hacer con ellos; ¡incluso trigo! Había como para dar de comer a media ciudad, como decía Giampaolo, un campesino alto como una pértiga al que todos en casa respetaban y llamaban maestro.

Era el que tenía las llaves de la despensa, del granero y de la bodega; pero no había ningún peligro, no para tener que mantenerse alejado; de hecho, era afable, bueno y más accesible que el resto, se llevaba bien incluso con nosotros los pollitos; a menudo cuando nos acercábamos a sus pies y le rondábamos nos daba alguna miga de pan.

Además, el pollito al que todos querían más era a mí; la razón no la he sabido nunca; quizás, perdonadme la soberbia, era porque no era tan arisco como mis hermanitos.

Cuando Giampaolo, la señora o incluso Mariuccia, hija de esta última, venían a buscarme, nunca me escapaba; dejaba que me cogieran y acariciaran todo lo que ellas quisieran; seguro que, si hubiera querido cogirme algún muchacho para tirarme de la cola o de las plumas habría hecho como los otros: habría salido por patas y si te he visto no me acuerdo; pero con esta buena gente podía estar seguro de que no me harían ningún daño ni en broma.

Por la noche, después, cuando mamá nos llamaba para acostarnos siempre era el primero en obedecer; y si veía que mis hermanos se retrasaban, se me ponía algo en el estómago, ¿cómo podían preocupar así a mamá?

Marietta decía que era bastante guapo y, como me quería muchísimo, me había puesto alrededor del cuello un lacito rojo que, según ella, me hacía aún más guapo. Pero yo, así entre nosotros, de buena gana me hubiera quitado ese estorbo y más de una vez intenté picotearlo y estropearlo; Marietta, sin embargo, me ponía otro en seguida, instándome a obedecer.

¿Qué podía hacer? ¿Qué habríais hecho vosotros en mi lugar, niños? Me resigné.

Los primeros días, lo confieso, la resignación se me hizo durilla, pero después me percaté de que mi dueña lo pasaba mal, así que yo, para darle gusto, dejé la cinta en paz y me acostumbre a llevarla.

Una vez que os he dado estas informaciones que me parecían más que necesarias para darme un poco a conocer, empiezo en seguida a contar mi historia, o como se diría hoy, mis aventuras.

Es una historia, son las aventuras propias de un pollito, pero no tengáis dudas, no, que mi parte de desgracias también la he vivido yo, y los días feos han sido más que los de color rosa. Sin embargo, he intentado aguantar las decepciones de la vida con la firmeza de ánimo que Dios también da a los pobres animalitos, y en las épocas buenas nunca me he mostrado soberbio y he intentado siempre sacar el poco bien que había en mí.

Ahora me va razonablemente bien.

De pollito he pasado a ser un robusto y esbelto gallo y, si tengo la suerte de quedarme con los dueños que tengo ahora, estoy seguro, segurísimo, de que moriré de viejo.

II

*EL POLLO DE LENA*

Antes de nada, cuatro palabras sobre la familia de campesinos en la que nací, me crié y pasé los días más felices de mi juventud.

Estaba formada solo por cuatro personas: la señora, su marido, Mariuccia y el señor Giampaolo, hermano del marido, por lo tanto, tío de la niña. De este ya he contado algo antes así que hablaré de los otros tres.

La señora, es decir, Tonia, como la llamaban todos, era una mujerona que rondaba los cuarenta años, rechoncha, de buen carácter y conciliadora. Nadie recordaba haberla visto nunca enfadada; bueno, una vez que un gato de fuera (en casa, gracias a Dios, no se veían animales de esos) le robó un buen trozo de carne de la olla, en lugar de perseguirlo o de desahogarse diciendo improperios, se encogió de hombros mientras decía:

- Pobre animal, ¡vete a saber el hambre que tendrá! – Y eso fue todo.

Geppino, su marido, también era bonachón; pero él no se habría tomado de la misma manera algo así; porque, a decir verdad, era bueno, pero su parte de cascarrabias tenía.

Y luego, Marietta, ¡qué niña tan encantadora!

Para quien la quería ver, estaba siempre junto a su mamá para ayudarla con las tareas de la casa; en determinados momentos iba a la escuela y, cuando volvía, o se entretenía con las muñecas o, si el tiempo lo permitía, venía al campo a divertirse con nosotros los pollitos; yo, como ya os he dicho, era su predilecto y no había un día en el que no me regalase alguna cosilla: un piñón, un poco de pan o alguna semilla.

Y era igual de buena con todos; si llamaba a la puerta algún pobrecillo, se quitaba el pan de la boca para que no se fuera triste:

y muchas veces, y de buena gana, la he visto compartir su merienda con niñas pobres que no tenían nada que comer.

La cosa, como veis, queridos niños, no podía ir mejor; estaba entre gente buenísima que me quería mucho, no me faltaba nada, podía decirse que era el más feliz de los pollitos.

Y estupendo para mí si me hubiera contentado con eso y hubiera sido siempre bueno y obediente. Insisto: he tenido muchos disgustos, pero tengo que admitir que la mayor parte me los he procurado yo solito, gracias a mis imprudencias.

Una mañana vino a la granja una viejecilla toda vestida de fiesta con un hatillo en una mano y un gallo vivo en la otra; buscó a Tonia, en cuanto la divisó de lejos, fue hacia ella llorando.

- ¡Oh, abuela! – dijo la señora – ¿qué milagro es este? ¿ha venido a comer con nosotros? Pero ¿llora? Por amor de Dios, ¡dígame qué le ha pasado.

- Hija – respondió la ancianita secándose los ojos con la punta del mandil – he venido para decirte adiós...

- ¿Cómo? ¿Pues dónde se va?

- A S..., a casa de mi hija. ¿Qué quieres? Desde que se casó esa bendita muchacha, yo me quedé sola como un perro en esa casita que me dejó mi pobre Lucantonio, que en paz descanse. No digo nada, gente de bien siempre la ha habido y todos, para consolarme, estaban pendientes de mí: «Lena aquí, Lena allá, Lena ven con nosotros...». De eso no me puedo quejar, pero yo, Tonia, ya sabes, no he sido nunca mujer de andar de casa en casa. Siempre me ha gustado estar en mi casa, con los míos. Esta vez, sin embargo, no he podido adaptarme. Por la noche estaba acostumbrada a estar ocupada con mi hija que siempre encontraba nuevos trabajillos para tenerme entretenida; a las diez rezábamos el rosario y a la cama. ¡Eso era una buena vida!

- Ya lo creo, ¡pobre Lena!

- Y desde que Teresina se casó y me dejó sola, no he tenido ni un momento bueno. Ya no podía verme en esa casa. Comía algo solo para sobrevivir, pero la melancolía me consumía, siempre estaba llorando. Por decirlo en pocas palabras, ¿sabes qué he hecho? Hoy a las ocho he escrito a mi hija y a su marido; les he contado todo y ellos, pobres, adivina qué me han dicho: «Véngase en seguida con nosotros, mamá, donde comen dos comen tres». Así que, Tonia, no me lo han tenido que decir dos veces.



- Ha hecho usted bien, Lena – dijo la señora enternecida – ¿Y con su casa qué va a hacer?

- Escuche, a decir verdad, yo la quería vender: pero me daban una miseria; unos pocos cientos de liras<sup>42</sup> y ya. Así que, ¡mire qué he hecho! Bitá, la mujer del campanero muerto, no tenía para pagar la renta y ayer vino llorando a mi casa para ver si le prestaba algo de dinero, aunque fuera para dar un anticipo al dueño de la casa. ¡Pobre mujer! Medio enferma, con cuatro criaturas pequeñas, impresionaba oír la sollozar de esa manera. Le dije: «Escuche, Bitá, yo dinero tengo poco; el collar de coral se lo di a Teresina cuando se casó; solo me queda esta casita; si fuera rica y sin hijos se la podría regalar, pero yo, por desgracia, tampoco tengo mucho, pero hasta que yo vuelva, como si la casa fuera suya; vuelva aquí con sus hijos y no lo piense más. Acuérdesse de pagar los impuestos al ayuntamiento y luego, si le sobra algo de dinero me lo da, si no, de momento no importa».

¡No sabéis cuánto lamenté en aquel momento no ser más que un pobre pollito! Nadie sabe lo que habría dado por tener un par de brazos como los vuestros. ¿Sabéis lo que hubiera hecho de haberlos tenido? Lanzarme al cuello de esa pobre mujer.

Tonia también se emocionó; se veía porque le brillaban los ojos.

- Y en casa, entonces...

- Ha ido Bitá con sus hijos – respondió suspirando Lena –. Se la he confiado ¿sabe? Allí nacieron todos mis hijos, allí murió mi suegra, mi marido... Pero ¿qué hora es que ya está el sol tan alto?

- Las doce en punto, Lena; voy a servir la sopa, acompáñenos...

- Gracias, pero se me ha hecho tarde; la diligencia sale a las doce y media y de aquí al pueblo todavía hay un rato. Cuídese, Tonia. Discúlpeme el atrevimiento, le he traído unos pocos metros de lino tejido por mí para que le haga dos camisas a María. Dele un beso de mi parte y disfruten de este pollo a mi salud, hagan con él un buen asado para Navidad.

---

<sup>42</sup> La lira fue la moneda de curso oficial en Italia desde 1861 hasta la entrada en vigor del euro en 2002. Con el establecimiento de esta moneda única en 1861, el rey Víctor Manuel II pretende unificar los diferentes sistemas monetarios utilizados en las regiones italianas antes de la unificación; la lira sustituyó, por ejemplo, al *fiorino* en Toscana o al florín en Lombardía.

Y Lena, después de abrazar y besar a mi dueña, puso rumbo a su destino.

El pobre pollo al que le deparaba tan trágica suerte, en cuanto Tonia le soltó las patas que le tenía atadas con una cinta, fue a protegerse detrás de un árbol mientras lanzaba miradas al interior todo lo contrario de felices.

Me apuesto que si hubiera podido se las habría ingeniado para picotearle los ojos a Lena.

Me quedé solo con él.

De primeras él estaba en su sitio y parecía decidido a quedarse allí solo, pero yo, en lugar de ofenderme, lo compadecí. ¡Pobre animal! Había estado más de una hora cabeza abajo y con las patas atadas con un trozo de cordel; no sabía con qué fin su dueña le hacía tener esa postura totalmente nueva para él y, mientras se devanaba los sesos para intentar entender algo, nota que lo apoyan en el suelo y, lo que es peor, escucha el anuncio de su próxima matanza. Que me pregunto yo si estos no son motivos suficientes para sentirse mal y si el pollo no tenía razones para estar pensando en sus cosas. Por otra parte, sentía ganas de infundirle ánimos y de decirle que si se hacía querer por la dueña y la hija las cosas no se pondrían tan feas, todo dependía de él. Además, para ese bendito día de Navidad faltaban aún dos meses y medio y ¿quién sabe qué puede suceder en dos meses y medio?

Así que comencé a estar siempre cerca de él, a pipiar del modo más amable que podía y a preguntarle si le apetecía dar una vuelta por la granja.

Para mi sorpresa, aceptó y yo enseguida le solté algunas palabras de cariño que surtieron su efecto. En cuanto se recuperó un poco y tomó un buen desayuno, lo llevé con mamá y mis hermanitos; estos últimos lo recibieron con júbilo, lo invitaron a pasar al gallinero y uno de ellos estaba a punto de cederle una mariposa que acababa de atrapar cuando esta, aprovechando el momento, logró retomar el vuelo ante el evidente gesto de fastidio del pollo que la siguió con mirada maliciosa durante un buen rato. La que se mantuvo fría y reservada fue mamá. Hizo los honores con un cierto aire que indicaba claramente al invitado: «no me gusta mucho». Yo sufría, porque a fin de cuentas al pollo lo había llevado al gallinero yo y me daba pena quedar mal con él.

En ese momento llegó Marietta de la escuela y después de haber dejado la cartera en casa vino corriendo para ver al recién llegado del que ya le había hablado su madre.

- ¿Dónde está? – gritaba mientras daba saltitos – ¿dónde está el pollo forastero? Que venga, que yo lo vea.

Un muchacho que estaba por allí escardando se lo señaló y ella enseguida se agachó para cogerlo por el cuello; pero el pollo, no sé si molesto por la fría acogida de mi madre o porque quizás no estaba acostumbrado a modales corteses, en lugar de dejarse coger, salió corriendo como un cohete después de haberle dado picotazos en la mano.

- ¡Malo malo! – exclamó Maria con lágrimas en los ojos – espera a que te coja yo... ¡Ahora ya solo quiero a mi pollito obediente, lindo, bueno!

Si bien aquellos elogios estaban destinados más a que el pollo se picara que a alabarme a mí, yo me puse contento de todos modos y corrí hacia mi dueña que me cogió, me besó repetidamente y me llevó a su habitación. Allí se divertía todos los días poniéndome delante de una cierta lámina de cristal en la que veía a otro pollito idéntico a mí y que era tan simple que me imitaba en todo. Yo, al principio, me enfadaba, y mucho; pero Marietta se reía a más no poder diciéndome que me enfadaba conmigo mismo porque ese otro pollito era yo, yo mismo. ¿Entendéis vosotros algo, niños? Yo os confieso que no y no he conseguido aún convencerme de que yo pudiera ser otro y que ese otro, por lo tanto, pudiera ser yo. Seguro que Marietta, que leía muchos libros con dibujos, podría explicármelo un poco más claramente, pero la muy granujilla se conformaba con reír y acariciarme segura de que con esa explicación era suficiente.

Aquel día también me tocó estar mirando durante tres o cuatro minutos a aquel pollito descarado y luego, como se hacía de noche y mamá nos llamaba, la dueña me volvió a llevar abajo, después de decirme buenas noches mil veces.

No tardamos mucho en recogerlos todos bajo las alas de mamá. El pollo se había metido en el gallinero y él también, encaramado en un palo, durmió tranquilamente.

III

*LOS CONSEJOS DE MAMÁ*

Los primeros rayos del sol doraban el tejado de la casa y los pajarillos habían comenzado ya su alegre gorjeo cuando un ligero picoteo en el cuello me despertó de repente, asomé la cabeza de debajo del ala con un poco de fastidio y vi a mi madre que me miraba seria y pensativa.

- Te he despertado un poco antes de lo normal – me dijo con un tono más bien grave – porque necesito hablar contigo antes que los señores vengan al campo y antes de que ese señorito... – y señaló hacia donde estaba el pollo que aún dormía – empiece a zascandilear. Escúchame. Tú siempre has sido bueno, te has ganado el cariño de todos, has escuchado mis consejos y nunca se ha dado el caso de que yo haya tenido que recurrir a gritos o castigos; pero ahora comienzas a hacerte mayor, ya no estás todo el día junto a mí y te gusta andar de aquí para allá. Y no te lo reprocho, hijo mío, ya sé que las cosas deben ser así. Las mamás crían a sus hijos, los protegen y les están cerca mientras son pequeños, pero una vez que crecen es justo que los hijos se acostumbren a valerse por sí mismos y a ser útiles también a quien tanto ha hecho por ellos. Por lo tanto, hijo mío, ve, pero te pido que no te alejes de la granja y, sobre todo, que no te juntes con ese pollo que llegó ayer; no me gusta mucho y estoy segura de que si me desobedeces podrías acabar teniendo algún disgusto grave. Ayer por la mañana, en cuanto llegó, tú te ofreciste a ser su guía y te fuiste a dar una vuelta por el campo con él. Para trabar amistad se necesita cautela; antes de ir con alguien hay que conocerlo bien y saber si es bueno, si es persona honrada y otras mil cosas importantes.

Y mi madre, después de estas palabras que me causaron mucha sensación, se alejó con paso lento y majestuoso.

Me quedé durante un tiempo abstraído en mis pensamientos.

Estaba decidido, más que decidido a obedecer a mamá completamente, esto está claro, pero no conseguía entender la razón de su antipatía por el pollo. ¿Qué le había hecho el pobre animal? Si había llegado solo hacía unas pocas horas, y ya condenado a una muerte cruel, ¿cómo y cuándo podía haber disgustado a mamá? Basta, concluí conmigo mismo, las mamás siempre nos advierten por nuestro bien, pero, al final, a veces ellas también pueden equivocarse; así será también con la mía; seguro que yo no iré a buscar al pollo, pero tampoco le quiero hacer ningún desaire.

Mala cosa, niños, cuando los hijos suponen que a las madres se las puede engañar.

Hice come dije.

Durante el día iba a lo mío, sin preocuparme ni mucho ni poco del invitado; cuando se me acercaba para hablar, lo saludaba amablemente y, educadamente con una excusa u otra, lo dejaba solo.

Por la noche, cuando mamá me preguntaba sobre el tema, me alegraba de poder decirle:

- Para obedecerte he hecho esto y esto otro... ¿ves cuánto te quiero?

Y esa buena criatura venga a acariciarme y a agasajarme. Escuchad, niños, yo he probado muchas cosas buenas, hasta peladillas y azúcar, pero os aseguro que las caricias de mamá superan en dulzura a las peladillas y los azucarillos.

Así fue pasando el tiempo y el pollo no encajaba con nadie; era adusto, impertinente y malicioso, y nadie, naturalmente, lo veía con buenos ojos; hasta Marietta, que no haría daño a una mosca, le decía:

- ¡Te veré en la olla, malucón!

No creo que la dueña hiciera bien dirigiéndole esas palabras, las cuales, para quien no la conociera bien, no le darían una prueba muy fehaciente de su buen corazón, pero aquel animalito, hay que ser justos, se las arrancaba de la boca con sus malos modales.

¿Alguien lo buscaba para verlo o para acariciarlo? Y el enseguida agitaba sus alas, las abría y cacareaba ruidosamente como si quisieran comérselo.

Esto era lo de menos; su renuencia y su carácter soberbio podían atribuirse a la mala educación recibida y, tal vez también, a las desgracias pasadas, las cuales, en lugar de hacerlo humilde y resignado probablemente lo habían irritado más de lo normal. Pero de lo que no podía compadecerme y lo que no podía excusar era su mal corazón. Por ejemplo ¿Tonia nos daba el pienso? Los pollitos, por respeto, esperábamos siempre a que mamá lo hubiera probado y después íbamos nosotros con moderación y sin demasiada avidez. El pollo, en cambio, no andaba con remilgos: elegía los mejores bocados y, cuando estaba lleno, esparcía el resto de modo que no se pudiera reunir ni una porción.

Recuerdo una vez que mamá se sentía mal y no podía tragar el típico salvado de miga de pan y trigo, Tonia, como la buena mujer que era, le cocinó una buena olla de arroz y se lo puso delante para que se recuperara un poco; el pollo de Lena, en cuanto vio a Tonia alejarse se abalanzó sobre el arroz y se lo comió todo todo, sin dejar a mamá ni un solo grano. ¿Qué os parece, queridos niños, este comportamiento?

¡Ay el mal corazón! ¡el mal corazón! No se disculpa en nadie: ni en los animales ni en los niños; de hecho, con respecto a los niños, escuchad lo que solía decir un anciano que venía de vez en cuando por la noche:

- Me gusta ver a los niños espabilados, alegres e incluso un poco alborotados (ya que el alboroto se comprende, siempre que sea en el momento preciso y no cuando mamá o la maestra se afanan, pobrecitas, en explicarles tantas cosas buenas); pero lo que nunca podría mirar con indulgencia son las pequeñas maldades, los desprecios, los actos malvados y todo eso que, en definitiva, revela en el muchacho un mal corazón. ¿Qué importa que un niño esté todo el santo día con los brazos cruzados sobre el pecho y con la cabeza baja si después, cuando sale de la escuela, no le da al pobre que encuentra por la calle el trocito de pan que le ha sobrado del desayuno? ¿Qué importa que un niño esté siempre con un libro en la mano y con el cuaderno delante y se gane con eso el calificativo de sensato y estudioso si después, cuando vuelve a casa y encuentra a su madre enferma, se niega a

hacer esos favores que ayudan tanto a quien los recibe o si no le presta las atenciones que merecen los padres? Ciertamente, digno de alabanza es el muchacho que está educado y correcto cuando los mayores le hablan o le enseñan algo; y no tiene menos valor quien saca buenas notas en lectura, en cálculo y en caligrafía; pero quien supera a todos, el que merece el elogio y el amor de quien lo conoce, es el niño bueno que es el consuelo de papá y mamá, el niño caritativo que comparte su merienda con los pobres.

¡Pero mirad que tipo de discurso me ha obligado a hacer el pollito! Me he ido por los cerros de Úbeda y puede que hayáis pensado, quién sabe cuántas veces, que soy un charlatán. Ya está bien, me centro ahora mismo en el tema.

Nuestro invitado se había entendido siempre conmigo; por lo que confieso que esta preferencia me había llegado al corazón y quien sabe lo que habría pagado para hacerle entender que yo también lo quería un poco, ¡pobrecillo! ¡Me daba tanta pena! ¿O es que no habría sido bonito conseguir que fuera un poco más bueno? Me habría puesto manos a la obra de buena gana. Pero claro, un día que me atreví a decirle a mamá lo que pensaba me respondía con estas palabras exactas:

- Hijo mío, había una vez un hombre de bien al que se le estropeó la fruta que él guardaba para regalar a los amigos: el muy ingenuo pensó que podía ponerla con otra que estaba fresca y buena, «así» se dijo a sí mismo «también la mala se pondrá buena». Ojalá nunca lo hubiera hecho. Después de diez días fue a verla y encontró toda la fruta podrida y echada a perder. Eso es lo que le pasa, hijo mío, a los buenos que alternan con malas compañías, que acaban como ellos, o peor aún. Así que compórtate, no te digo que seas maleducado con ese pobre animal que a fin de cuentas es un pobre desgraciado (¿te parece poco no saber hacerse querer por nadie?), pero depende de ti, tú a lo que te diga responde amablemente, pero sin muchos miramientos.

IV

*DESOBEDIENCIA*

Estábamos más bien al final de un magnífico día de octubre. El sol calentaba, no se movía una hoja y los pajarillos revoloteaban por las viñas buscando alguna uva que hubiera quedado después de la vendimia. Los granjeros con Marietta estaban en casa todos atareados preparando las habitaciones para la llegada de unos señores que venían todos los años a pasar algunos días en la granja.

Más tarde supe que esos señores eran nada más y nada menos que los dueños de aquellas magníficas tierras; supe que eran tres: marido, mujer y un niño y que este último, aunque fuera rico y vestido siempre a la última moda, era bueno y sin soberbia.

El día, como os he dicho, era espléndido; mamá, sin embargo, no se sentía demasiado bien, estaba acurrucada en el gallinero y nos había pedido desde por la mañana que nos portáramos bien y sensatamente. Mis hermanos estaban desperdigados por el campo: algunos en busca de algún sabroso bocado, otros dando una vuelta, yo estaba solo y me aburría. No tenía ganas de pasear ni tampoco de estar quieto; estaba intranquilo y no veía la hora de que se hiciera de noche para irme a la cama.

De pronto, un tímido quiquiriquí me hizo girarme y me vi delante al pollo de Lena que me miraba con un aire entre sonriente y compasivo.

- ¡Qué día tan bonito! – dijo él para empezar.
- Precioso – respondí yo.
- ¿Qué haces aquí tan solo?
- Nada, me aburro. Estoy apático, mamá se siente mal y cuando no la veo tengo la sensación de estar perdido.



- Ya lo creo. Tiene que ser un buen consuelo tener una mamá buena y amorosa como la tuya, ¡qué suerte!

- Tú – pregunté sorprendido – ¿no la has tenido?

- Sí, pero por poco tiempo. Es una historia triste la mía, querido pollito.

Desgraciadamente me picó la curiosidad por conocer aquella triste historia, pero no me arriesgué a decirlo, recordando los consejos que poco antes me había dado mamá con tanto amor. Sin embargo, el pollo que era astuto como siete zorros lo vio en mis ojos y con dulces modales me dijo:

- Ven, falta más de una hora para que oscurezca, damos una vuelta por el camino y te cuento todo.

- Pero no sé si hago bien – respondí balbuceando – mamá no sabe nada... está enferma...

- ¿Es que te ha prohibido pasear?

- No digo eso, pero...

- ¿Te ha prohibido que estés conmigo?

- No, ¡qué va!

- ¿Entonces?

- Voy, voy.

No tuve el valor de decirle abiertamente la verdad. Y, además, no me gustaría haberlo afligido, así que por eso preferí antes afligir a mi pobre madre que me quería tanto y que se fiaba completamente de mí.

- Escucha – empezó el pollo –, tendría un mes y medio cuando mis dueños, que eran gente acomodada, pero con poco corazón, me arrancaron del seno materno y me regalaron a esa vieja bruja de Lena.

- ¡Oh! ¿Por qué la tratas de ese modo?

- Tengo mis razones, verás.

- Oye, no hay razones que valgan; a las personas no se las trata mal, especialmente cuando están lejos y no se pueden defender...

- ¿Crees que yo sería tan ingenuo de decirle a la cara esas cosas? Para que me matara, me cocinara y me comiera en un momento ¿verdad? Se ve que no tienes un ápice de sentido común. Ya vale, sigo contándote.

- Continúa, continúa – dije con dulzura –, pero no digas cosas feas.

- Lena – prosiguió con aire serio el pollo – estaba, como sabrás, con una hija que más tarde contrajo matrimonio; por otra parte, entonces era muy joven y tenía una gran pasión por las flores y los animales, fíjate que en su salón tendría no menos de seis o siete jaulas llenas de jilgueros, mirlos, petirrojos y pinzones que a ciertas horas del día montaban un jaleo que volvía loco a cualquiera, era como estar en un bosque; además tenía por casa un gorrioncillo gruñón que te ponía de los nervios solo verlo, pero a la dueña la quería mucho, y ella a él; fíjate que cuando ponían la sopa en la mesa el gorrion, sin ningún remilgo, de un vuelo se lanzaba sobre la mesa y se ponía a picotear en los platos, lo cual era una auténtica indecencia. Pero las dueñas, sin embargo, le reían la gracia y un día que, víctima de su propia gula, se cayó en la sopera que, por suerte, solo contenía ya un poco de sopa seca y casi fría, ¿sabes lo que sucedió? Teresina comenzó a llorar y gimotear y hubo que hacer de todo para hacerle entender que su protegido no se había hecho nada. Así estaban las cosas cuando yo llegué a esa casa. Imagina si todas estas tonterías no me iban a llamar la atención y no me harían enfadar.

- ¡Oh, bueno! – respondía enseguida – yo no le habría dado más importancia, habría dejado hacer y me habría preocupado de cumplir puntualmente con mi deber para que la dueña, con el tiempo, me quisiese a mí también.

- Ya, claro, por detrás de todos los demás ¿no? ¡Vaya gracia!

- Pero, perdona, los otros estaban antes que tú así que era justo que los quisiera un poco más...

- Sí, ya, como se nota que razones como el estúpido que eres.

- ¿Pero qué lógicas son estas? – interrumpí yo completamente ofendido.

- Vale, vale – dijo con más dulzura el pollo – no te piques, mejor escúchame bien atento: ¿quiénes son más útiles, los pollos o los pájaros?

- Por supuesto, los pollos...

- Los pollos, querido, ponen huevos, ofrecen al hombre un alimento saludable, sustancioso...

- Por eso, también los pajaritos... – y no pude seguir. Apuesto a que los lectores adivinarán el porqué.

- Los pájaros – continuó tranquilamente mi despiadado compañero – son un plato de lujo y no todos pueden comprarlos,

además, para los enfermos y las personas débiles no es un alimento adecuado, sin embargo, los pollos...

- Por favor – murmuré con un hilo de voz – cambiemos de tema.

- Venga, vale. Pero entonces, ¿estás de acuerdo con que somos superiores a esos insolentes animalillos?

- Sí.

- Y ¿no te parece fuerte verse descuidado y apartado por culpa de quién, de un despreciable pajarito que no vale para nada más que comerse las moscas?

- Aquí tienes otra buena. ¿Quién te enseña estas cosas? ¿El pájaro no es útil? Pobre de ti. Si pudieras hacerte entender, me gustaría que le preguntaras al señor Giampaolo. ¿No son útiles los pájaros? ¿Y quién, si no estos, se come todos los insectos nocivos que revolotean por el campo haciéndole un gran servicio a los agricultores? De hecho, si lo piensas bien, no hay nada inútil en este mundo, hasta los animalitos más humildes son buenos para algo; es más, volviendo a los pajaritos, te diré que en un cierto lugar de cuyo nombre no me acuerdo ahora, los habían expulsado con la falsa suposición de que eran dañinos para los cultivos, ¿sabes qué tuvieron que hacer al cabo de dos años? Los volvieron a llamar de prisa y corriendo porque las tierras estaban plagadas de gusanos, los cuales, viendo que podían pasar allí tiempo sin miedo, habían establecido su hogar en las más estupendas coles y en las lechugas más apetitosas. ¿Qué me dices de eso?

- Digo que tendrás razón, pero igualmente yo esa vida no la podía aguantar, se me revolvía la bilis, ¿sabes qué hice? Teresina, como te he dicho, tenía una gran pasión también por las flores y todos los días llegaba con paquetitos llenos de semillas que le regalaban sus amigas, ponía mucho interés en elegir las macetas más adecuadas para llenarlas de tierra y poner sus semillas. Era lo que quería. En cuanto se daba la vuelta, yo me ponía enseguida a picotearlo todo y en menos de cinco minutos destruía un trabajo que le había llevado mucho tiempo, imagínate su rabia cuando se percataba. Se ponía histérica, lloraba y yo, mientras, disfrutaba... ja, ja, ja.

Y el pollo se puso a reír con esa típica risa de quien está satisfecho de lo que ha hecho. Pero yo, muy serio, le dije:

- Te parece bonito, ¿eh? ¿No te da vergüenza contarlo?

- La verdad es que no. Entonces, según tú, ¿uno debe tomarse con santa paciencia todos los desaires que le hacen sin intentar vengarse?

- Nadie te hacía ningún desaire, además, aunque te lo hubieran hecho, tu deber era tener paciencia, nunca hay que vengarse, con la venganza se pierden todas las razones y no se consigue nada más que disgustos...

- Pues yo no sentí ningún disgusto, es más, cuando me vengaba estaba tan contento.

- Señal de que eres realmente malo y caprichoso; sigue así, yo ya no te quiero y lamento haberte acompañado. Quiero volver ya con mi mamá.

Con toda esta charla se había hecho tarde y la hora a la que solía irme a la cama había pasado ya desde hacía un rato, pensé en mi pobre madre y lo preocupada que estaría.

- Vamos a casa – dije enseguida al pollo – ¿no ves que ha oscurecido? Pero ¿dónde estamos? En nuestra granja desde luego que no... no sé dónde estoy...

- Ya lo creo, hace bastante que salimos de tu granja, mi querido predicador.

- Pues ¡démonos prisa! – dije angustiado – vete a saber cómo nos esperarán, pero qué hemos hecho, Dios mío.

- ¿Sabes el camino para volver a casa? – me preguntó de pronto el pollo después de un minuto de silencio que me pareció un siglo.

- No, ¿cómo crees? No he salido jamás del campo de Giampaolo, pero tú sí lo sabes, ¡vamos, vamos!

En lugar de darse prisa, el desgraciado de mi compañero se paró y, con una cierta voz burlona que nunca olvidaré, me dijo:

- ¿Hacía bien o mal vengándome de Teresina?

- Hacías mal – respondí con franqueza.

- Entonces, era malo – siguió con el mismo tono.

- Claro que eras malo.

- Pues muy bien. Ahora dime: ¿me quieres?

- Si prometes enmendarte, sí.

- ¿Y si no me enmendó?

- Entonces no.

- Pues bien, señor pollito valiente, lo dejo en compañía de sus buenos sentimientos, que, espero, sean más que suficiente para

llevarlo de vuelta a casa, yo, mientras tanto, le deseo una muy feliz noche.

Y el malvado desapareció rápidamente detrás de algunas plantas y me dejó solo solo en aquel campo solitario.

V

## CASTIGO

A mis lectores no les costará mucho imaginarse la desesperación que me provocó la huida inesperada del pollo. En un primer momento lo llamé gritando con todas mis fuerzas, lloré, supliqué, pero todo fue inútil; él ya no podía oírme.

- ¿Qué hago? ¿qué hago? – decía para mí sollozando –; ¡oh, mamá!

Parecerá que me quiero alabar, pero en honor a la verdad, confieso que, más que el miedo, lo que me atormentaba eran los remordimientos por haber desobedecido a mi madre, que, pobrecita, a saber lo preocupada que estaría por mi culpa. Hice todo lo posible por intentar encontrar el camino, no lo conseguí. Por todas partes había árboles, senderos, viñas y nada que pudiera darme una pista del lugar sobre el que me encontraba. ¡Y si al menos durara el buen tiempo! Pero no, señor, en el cielo, a juzgar por los grandes nubarrones y la humedad en el ambiente, se estaba preparando una gran descarga de agua.

- Tengo que salir de esta – me decía a mí mismo mientras miraba si se daba el caso de encontrar algún lugar elevado del suelo donde poder acomodarme a la buena de Dios para dormir.

¡Venga! Miré aquí y allá pero no veía nada, absolutamente nada aparte de árboles altísimos y grandes para subirse a los cuales hacía falta algo más que mis pobres alas de pollito.

- Caminemos.

Y por fin, quien busca halla<sup>43</sup> y quien pregunta entiende. Yo no pregunté nada, pero hallé algo: una especie de palo no muy largo unido a una vid y con algunas ramitas que me venía al pelo.

El lugar era bueno, hasta el punto de que estaba resguardado por una especie de viejo techado muy oportuno, esto lo podrá decir ciertamente quien se ha visto sorprendido por una tormenta en la calle sin paraguas y se ha calado hasta los huesos.

Así que el lugar era bueno, solo había que subir, ¡pero ahí estaba el intrínquis! Cómo envidié en aquel momento a los ágiles pajarillos de cuerpecillo esbelto y plumaje ligero.

Tenía mucho miedo de pegarme un porrazo o de romperme una patita, pero quien no arriesga no gana, dice el refrán, así que abrí las alas y me lancé. ¡Catapum! Me caí al suelo:

- ¡Ay, ay! – me volví a levantar todo dolorido y después de haber echado un vistazo alrededor para ver si alguien podía reírse de mí a mis espaldas volví a intentarlo. ¡Catapum! Volví a caer. Me encontré completamente abatido pero dispuesto a volver a intentarlo. Mientras tanto había comenzado a llover torrencialmente. Y allí estaba yo para aprestarme de nuevo a la famosa subida cuando un ruido insólito me golpea, era como un crujido de hojas, me paré y me puse a escuchar. Que cada uno imagine con qué intrepidez... No volví a oír nada.

- Me habré equivocado – dije entonces –. Soy tan miedoso. Volvamos al vuelo.

Y ya me lanzaba, ya me parecía estar posado sobre la tan ansiada ramita cuando... (aún tiemblo recordándolo) un magnífico gato romano apareció de repente de un montón de paja y vino hacia mí. ¿Me había visto? No lo sé y no quería saberlo. Solo sé que se me puso la piel de gallina y «patas mías, no hay vergüenza por escapar cuando es necesario» exclamé con una energía propia de la desesperación y me entregué a una huida, a una huida tan precipitada que poco faltó para que se me saliera el corazón. Cuando creí que había perdido de vista al gato me paré para mirar a todas partes. Ya no había nadie y mientras el agua seguía cayendo a cántaros. Por suerte encontré una cabaña de esas donde

---

<sup>43</sup> Posible origen bíblico del proverbio tanto en italiano (*chi cerca trova e chi domanda intende*) como en español; en el evangelio de San Mateo aparece el aforismo “Pedid y recibiréis; buscad y hallaréis”.

los campesinos se ocupan de las uvas. Me acomodé como pude solo para esperar a que fuera de día. ¡Vaya nochecita, fue eterna!

La lluvia me había calado hasta los huesos y en cuanto la primera luz del alba me permitió mirarme me encontré irreconocible. Las plumas estaban empapadas, las patitas estaban cubiertas de barro y del lacito rojo tanto le gustaba a mi dueña quedaba solo algún hilo. Aun cuando la luz del día me había llenado el corazón de alegría, me puse triste al ver a qué estado penoso me había llevado mi desobediencia.

Estuve un rato ensimismado en mis pensamientos. ¿Qué le diría a mamá? ¿Qué excusa le pondría? Yo no estaba acostumbrado a las mentiras y decir una sería un gran sacrificio, además, me decía a mí mismo, aunque en el mejor de los casos encontrara algún recurso ¿quién me aseguraría que me creerían? ¿Y de aquel pollo malvado no cabía esperarme cualquier jugarreta, incluso la de desenmascararme delante de todos? Y en ese caso, reflexionaba, yo sentiría el deber, porque la verdad está por delante de cualquier cosa y yo, no siendo sincero, me hago daño a mí mismo y agravo aún más mi pecado. Así que, pase lo que pase, yo quiero decir la verdad. Mamá y los señores me han querido siempre, no me van a querer matar ahora, ¡ánimo! Y una vez que me convencí de esto mi corazón se sintió mejor.

Escuchad, niños, yo os aconsejo seguir siempre lo que os dicen vuestros padres y obedecerlos en todo, es lo más seguro para estar contentos; pero si, desgraciadamente, se os diera el caso de tener que descuidar alguno de vuestros deberes, no perdáis el tiempo, tiraos a sus rodillas y confesad vuestras faltas; seguramente no os pondrán buena cara y os caerá alguna regañina, pero apreciarán vuestra sinceridad y al final os perdonarán. Y entonces ¡qué consuelo! Creedme, mis niños, después de la alegría por ser buenos e inocentes, la más grande es la de arrepentirse y ser perdonados, palabra de pollito honrado.

El sol ya estaba arriba y una fresca brisa otoñal había despejado el cielo de todos esos nubarrones que la tarde anterior me habían causado tanta pesadumbre, no quedaba nada del tiempesito de anoche aparte de las flores húmedas y las piedrecitas aún mojadas que brillaban al sol.

Me puse en camino con la cabeza gacha, más tranquilo y con la esperanza de encontrar a alguien que me indicara el camino.



Después de unos cincuenta pasos me encontré con un perro que caminaba un poco por delante de dos campesinos vestidos de fiesta. Yo nunca he sido muy extrovertido, de hecho, siempre he ido a lo mío, especialmente si me encontraba con personas de una posición superior a mí; pero ese no era día de andarse con tales convenciones. Estaba solo, no sabía volver y ese buen perro seguro que podía darme algún consejo.

Sin mucha vergüenza y después de haberle hecho una reverencia, que poco faltó para acabar cayéndome, le pregunté con la mayor amabilidad que pude:

- Disculpe, señor, si tengo el valor de preguntarle, pero usted es tan amable que seguro que se apiadará de mí...

- ¡Oh, dime, dime! – respondió cortésmente el noble animal.

- Tiene que saber, señor perro, que yo soy un pollito muy desgraciado, he pasado la noche fuera de casa...

- Muy mal, ¿y ahora?

- Ahora, para serle franco, no consigo encontrar el camino de vuelta. Nuestro señor es Giampaolo, sabe, ese campesino largo, más bien seco...

- Comprendo – dijo el perro y, después de olfatear al aire, añadió – sigue este sendero hasta el final, gira a la izquierda y después de haber recorrido toda la subida te encontrarás frente a la iglesia, de allí a tu casa hay dos pasos... ¿deseas algo más?

- Gracias y buen paseo – respondí saludándolo respetuosamente y procurando caminar lo más rápido posible; me parecía que hacía un siglo que no veía a mamá.

Gracias a Dios, llegué; podéis imaginar cómo me quedé al ver a aquella pobre criatura sola, en medio de un campo de berzas, que miraba para todas partes. ¿Y Maria? ¡querida niña! ella también estaba allí, inquieta y pensativa, estaba claro que también me buscaba, disgustada por mi imprudencia. Correr hacia ellas y prorrumpir en un desesperado pío pío fue todo uno. ¡Qué alegría se llevó la dueña! Me besó, me llamó con los nombres más dulces y quiso que comiera algo enseguida, y mientras yo, con el corazón lleno de gratitud y arrepentimiento, picoteaba algunos granos de trigo me decía de modo amoroso:

- ¡Malo! ¿Por qué nos has preocupado tanto? ¿Dónde has pasado esta noche? Si supieras cuanto te buscamos ayer al

avemaría<sup>44</sup>, en cuanto la pobre gallina, con sus cacareos, nos avisó de que no estabas. Buscamos con linternas por toda la granja. Me desgañitaba llamando a mi pollito en vano. El granujilla ya no se acordaba de su dueña, el granujilla se había escapado, nos había abandonado. Esta noche no podía coger el sueño, ¿sabes en quién pensaba? En ti, todo el tiempo en ti, y cuando la lluvia daba contra los cristales de mi ventana y cuando el viento aullaba y hacía caer las hojas de los árboles yo decía: ¡Quién sabe dónde estará mi pollito ahora! Quizá estará padeciendo frío, quizá se mojará todo, quizá morirá de debilidad. En cuanto se ha hecho de día he bajado corriendo y, gracias a Dios, has vuelto. ¡Pobrecito, pobrecito!

Y la adorable jovencita, después de haberme besado otra vez, me dejó a los cuidados de mamá, porque tenía prisa, dijo, por ir a arreglarse un poco.

Mamá quiso que terminara de secarme bajo sus alas hasta que no me vio un poco repuesto no me preguntó por qué razón había pasado una noche entera fuera de casa. No le oculté nada y, terminado el relato, muy afectado le pedí perdón.

- No pasa nada, hijo – respondió ella –, no pasa nada, siempre que tú me prometas que esto no volverá a suceder nunca más, ya que si volviera a pasar moriría de dolor.

- ¡Oh, mamá, por favor! No lo diga ni en broma – la interrumpí con ternura – quédese tranquila, no volveré a disgustarla nunca más, voy a hacer caso siempre de sus consejos y voy a estar con usted todo lo que pueda. ¿Está contenta?

- Sí, querido, y que Dios te bendiga. Escucha, hoy hay fiesta en casa, vienen los señores Dalvi, los dueños de la granja, con su hijo que es un poco vivo, un poco revoltoso, pero en el fondo un buen chico.

- No me fastidiará, ¿no, mamá? – exclamé atemorizado.

- No creo, pero, aunque se quiera divertir un poco contigo, paciencia, acepta ese poquito de mal como una expiación de tu error, briboncete.

---

<sup>44</sup> Al anoecer. La locución hace referencia al momento en el que, al caer la noche, antiguamente sonaban las campanas de la iglesia para invitar a los católicos a rezar a la Virgen.

Y mamá sonrió amorosa. Intenté imitarla, pero no pude. Mis lectores se habrán percatado ya de que yo no tenía la más mínima intención de llegar a ser un héroe.

- Así que – siguió mi madre poniéndose seria – hoy hay fiesta; harán comida y no será raro que elijan el pescuezo de alguno de casa, de nuestra casa se entiende. ¿Pero, por qué tiemblas, tontín? A ti no te van a matar, seguro, eres muy pequeño y por lo tanto insípido, a mí tampoco porque me quieren bastante, además soy la más vieja, pongo huevos y no se ha dado el caso de que nunca me haya quedado con ninguno. ¿Sabes a quién van a matar? A Mimí, esa gallinita blanca y negra que el señor Giampaolo se llevó hace tiempo...

- ¡Pobrecita! – exclamé conmovido – lo siento. Preferiría que mataran al pollo de Lena...

- ¿Por qué? – me interrumpió mi madre mirándome fijamente.

- ¿Por qué? – repetí un poco confundido –. ¡Oh, mamá! Porque es malo, porque se ha portado mal conmigo.

- Así que estás de acuerdo. ¿Ves cómo tenía razón cuando te aconsejaba que no entablaras amistad con él? Pero ahora que el mal ya está hecho, hay que perdonarlo y desear que se haga bueno, y tú, en cambio, ¡le deseas la muerte! ¡Muy bonito!

- ¡Mamá!

- No, dime entonces, ¿con qué valor le reñías por picotear las semillas de Teresina cuando también tú sabías que en su caso habrías hecho lo mismo, o tal vez peor?

- Pero, mamá – dije con voz lacrimosa – el pollo se vengaba él solo y yo, en cambio...

- Y tú, en cambio, esperas que otros te hagan el trabajo. ¡Qué vergüenza! Hijo mío, no basta con abstenerse de la venganza, hay que saber perdonar, perdonar siempre, perdonar con todo el corazón y desear todo tipo de bienes a nuestros enemigos.

- ¡Oh, mamá, querida mamá! – respondí todo arrepentido –. Cómo me avergüenzo de haber dicho todo eso, qué suerte tengo de tener una madre tan cariñosa y buena.

- Anda, anda, no hablemos de mí que aquí no pinto nada, quiero que seas bueno y punto.

- No lo dudes, yo me ocupo. Ahora dígame: ¿el pollo, ayer por la noche, volvió tarde o pronto? Le salió bien.

- No podía haberle salido mejor, tardaría poco más de media hora y cuando volvió al gallinero encontró la puerta abierta, los señores no habían vuelto aún del trabajo y yo andaba de acá para allá preocupadísima por ti. En cuanto vi que cualquier búsqueda sería en vano volví a entrar en casa llorosa, me fijé enseguida en el pollo, que encaramado en su palo me miraba con ojos maliciosos. «¿De dónde vienes» le dije inmediatamente, «¿has visto a mi hijo». - «¿Yo? De ninguna manera, he ido a pasear por los caminos y, de hecho, me sorprende no haberlo visto. Pero ánimo, volverá, volverá». Imagínate cómo me quedé y con qué angustia esperaba que se hiciera de día para salir a buscarte. Dios no ha permitido que yo sufriera por mucho tiempo y ahora, gracias a Él, te estrecho nuevamente en mi regazo.

- Pobre mamá, gracias por ser tan buena. Mire, ahí se acerca Marietta.

VI

*¡POBRE POLLO!*

Maria, mientras, se acercaba cada vez más. ¡Qué coqueta estaba aquella mañana! Toda vestida de blanco, con un bonito cinturón rosa, las trenzas rubias que le caían sobre los hombros, parecía tal cual el angelito que tenía en su habitación pintado a la cabecera de la cama. En cuanto me vio:

- ¡Ánimo! – exclamó – venga, ahora a lavarse que si lo vieran de esa guisa me avergonzaría. ¡Vamos, sea bueno!

Y agachándose hacia el suelo me cogió entre sus brazos, me llevó a su habitación y después de haber buscado y rebuscado durante un cuarto de hora en el cajón, sacó una cintita rosa y me la puso alrededor del cuello haciéndome un lacito a un lado, luego me dejó libre y se marchó con su madre hacia la iglesia del pueblo.

¡Tolón, tolón, tolón! Repican las campanas, el cielo está azul, los pájaros cantan, es fiesta.

La señora y Marietta están en la verja de la granja desde hace media hora, llevan un buen ramo de flores en la mano y de vez en cuando miran al camino principal. Se ve que esperan a los dueños.

Giampaolo y Geppino con la camisa remangada, delantales recién lavados y con las caras coloradas están en la cocina ocupados preparando el almuerzo. ¡Y qué almuerzo! Una sopa de tallarines con huevo que decía ¡cómeme, cómeme!, un buen puchero de patatas con mantequilla, dos bandejas de sesos de cordero e hígado, un gran pastel de macarrones y luego dulces, queso, fruta y un montón de bagatelas.

Lo que me sorprendió fue no ver el asado. - Mejor así – dije para mí –, uno de mis compañeros se ha librado por esta vez.

Mientras me deleitaba con esta idea, de pronto le dice Giampaolo a Geppino:

- Para hoy hay mucha cosa, el asado lo dejamos, pero de mañana no pasa.

- Has hecho bien recordádomelo, y yo que ya no me acordaba. Hay que darse prisa para cortar el pescuezo al pollo de Lena, si esperamos más no lo podremos comer, estaría duro y estoposo. ¿Voy yo?

- No, no, ya bajo yo, en cinco minutos está hecho, mientras tú saca el vino, toma las llaves de la bodega.

No quise oír más. Corrí angustiada por la granja y en cuanto vi al pobre animal

- ¡Escapa! – le dije – ¡escapa! Te buscan para matarte.

- ¿A dónde escapo? – respondió con melancolía el pollo – me encontrarían en cualquier sitio; hay que morir, tu mamá, pollito mío, me ha abierto los ojos y ha hecho que me dé cuenta de lo malo que soy; ahora me arrepiento de corazón y te pido perdón por el daño que te he causado, ¿me perdonas? ¿puedo morir en paz?

- Por favor, amigo mío – respondí entre sollozos –, no me digas eso, no pienses en esas cosas, yo también me he equivocado, ¿sabes? Mejor intenta escapar que si te cogen estás perdido.

Al pollo no le convencieron mis palabras, pero movido simplemente por el deseo de complacerme se despidió de mí y se dispuso a huir.

¡Ay de mí! No le dio tiempo. La ruda mano de Giampaolo lo alcanzó. Yo me precipité a ocultar la cabecita bajo el ala para no ver, para no oír.

¡Ay de mí! ¡Ay de mí! Al día siguiente, a la misma hora, el pollo de Lena giraba lentamente en el asador. Y esa buena pieza de Geppino untándole el lomo con una pluma empapada en aceite exclamaba sonriendo:

- ¡Pero qué buen color avellana!

VII

*PELEA DE GALLOS*

Aquellos señores eran realmente buena gente, personas sencillas como pocas. El señor Angelo era un hombre apuesto, vestido completamente de negro, con un buen bigote rubio que le confería un aire grave y severo. Su esposa, una entrañable mujer de unos veinticinco años, era delicada y amable como un jazmín: ojos negros, cabello oscuro, dientes bonitos y ciertas maneras delicadas que enamoraban a cualquiera. Alberto, es decir, el señorito como todos lo llamaban, había heredado del papá la figura esbelta y los modales cariñosos.

En cuanto llegaron agasajaron a mis dueños y cuando, después de media hora, el reloj marcó la hora del almuerzo, comieron todos con alegría como si fueran de la misma condición; es cierto que los granjeros servían a los dueños y estaban casi todo el rato de pie, pero había tanta dulzura al pedir y tanta alegría sincera al obedecer que verlos era realmente una maravilla.

Después del almuerzo, el señor Angelo quiso visitar la granja junto a Giampaolo y Geppino; la señora Clotilde fue con Tonia, que a toda costa quería enseñarle unas magníficas sábanas de lino natural hilado en casa en aquel tiempo, y Marietta y Alberto, que no se cansaba nunca de acariciarme, subieron a una especie de terraza desde la que se disfrutaba de una agradable vista de los campos cultivados.

Eran las seis y soplabá un vientecillo más bien fresco; pero los dos niños no se daban cuenta, pero yo sí y habría dado cualquier cosa por estar con mamá en el gallinero. Pero Alberto, que desde el primer momento, no lo digo por presumir, me había cogido cariño, me tenía continuamente entre sus manos y de mandarme a dormir ni siquiera se hablaba. Marietta que conocía bien mis

costumbres sufría viéndome allí, temblando de frío; yo me daba cuenta de las miradas de compasión que me lanzaba de pasada, pero no se atrevía a hacer ninguna observación al respecto. Solo después de una media hora buena dijo tímidamente:

- Señor Albertino, está oscureciendo, sería mejor que bajáramos a la cocina donde estarán nuestros padres, de paso llevaremos a la cama al pollito.

- Bajemos, bajemos – respondió prontamente Alberto –, te contaré alguna anécdota, pero el pollito debe quedarse conmigo más rato –, pero como vio que mi dueña torcía un poco el gesto se apresuró a añadir:

- ¿Tienes miedo de que coja frío? Mira, lo tapo bien con el babi y le dejo solo la cabeza fuera para que pueda respirar. ¿Estás contenta así?

- ¡Oh, sí, por favor! – respondió amablemente Marietta, y dirigiéndose a mí:

- Todo lo malo sea que mañana tengas que dormir un poco más – respondí con un sumiso «pío» y me resigné sin mucho esfuerzo ya que pensé que mal no estaría en aquel lugar y que, si la conversación del señorito me aburriera mucho, podría echar alguna cabezada también allí.

Bajamos y encontramos a todo el grupo allí reunido alrededor del fuego.

- ¿Habéis armado alboroto, granujillas? – dijo la señora Clotilde peinando el cabello un poco enredado de su hijo y besando en la frente a Marietta.

- Oh, no, señora – respondió esta última –. Hemos estado en la terraza viendo la puesta de sol; el señor Alberto me ha contado muchas historias interesantes sobre su viaje a España. Me ha hablado sobre todo de una gran ciudad de nombre...

- Madrid – apuntó el señor Angelo.

- Exacto.

- Apuesto – exclamó a su vez la señora Clotilde – a que no te ha dicho nada de la pelea de gallos<sup>45</sup> que tiene lugar en esa ciudad.

---

<sup>45</sup> Ida Baccini afirma en una nota a pie de la novela original haberse servido del trabajo titulado *Spagna* de Amicis para relatar todo lo que tiene que ver con el episodio de la pelea de gallos. Era esta una práctica relativamente frecuente en algunas capitales españolas en el siglo XIX, el escritor Edmundo de Amicis



- ¡Oh, mamá! – interrumpió Alberto poniéndose rojo –, ¿por qué me quieres mortificar?

- ¿Yo? Para nada, hijo mío, la pelea de gallos es un espectáculo al que hubiera preferido que no asistieras y ya sabes por qué; tú, sin embargo, como el niño testarudo que eres, te empeñaste en ir de todos modos. ¿Cómo terminó todo?

- No me lo recuerdes, por favor, mamá...

- Anda, anda, no exageremos. Amigos míos – dijo la señora Clotilde a los presentes –, pedidle a mi hijo que os lo cuente; será divertido, estoy segura...

- Venga, señorito – exclamaron mis dueños todos a la vez –, cuente, cuente, ¡no se haga de rogar!

Alberto, que a pesar de sus defectillos era la amabilidad en persona, sonrió, miró a su padre y a su madre y empezó:

«Tenía muchísimas ganas desde hace tiempo de ver las peleas de gallos ya que es algo de lo que había oído hablar mucho, pero mamá se oponía siempre diciéndome que no era un espectáculo adecuado para niños de mi edad, que me impresionaría y muchas otras cosas que entonces, muerto de curiosidad como estaba, me parecían aburridas, pero que, sin embargo, admití como verdaderas más tarde.

Una mañana vino a buscarnos un señor que era muy amigo de papá y tras los primeros cumplidos dijo:

- ¿Sabe, señora Clotilde, qué están haciendo en Madrid?

- ¡Diga, diga! – exclamamos a la vez mamá y yo.

- Nada más y nada menos que pelea de gallos. Lo he visto anunciar en letras grandes por las esquinas. Es hoy a las doce del mediodía, yo quiero ir, por supuesto, porque me da curiosidad ver una pelea de este tipo, si quisieran acompañarme...

---

tuvo ocasión de presenciar uno de estos espectáculos en una visita a Madrid durante el reinado de Amadeo de Saboya. En la capital existieron incluso unos locales denominados circos de gallos, actualmente conocidos como reñideros, entre los que se encontraban el Circo de gallos de Recoletos o el Circo gallístico de Teresa de Córdoba. Según algunos grabados que se han encontrado de la época, la descripción que hace en las siguientes páginas el personaje de la novela, Alberto, correspondería fielmente a uno de estos Circos.

- ¡Oh! Yo no, de verdad – respondió decidida mamá –, son escenas que encogen el corazón, he oído hablar de ellas y es suficiente.

- ¿Y Alberto? – preguntó el señor acariciándome los mofletes.

Yo estaba completamente emocionado, miré a mamá con ojos suplicantes y le dije mientras la abrazaba:

- ¡Déjame ir! Sé buena –. Se hizo rogar un poco, pero al final accedió.

Fui corriendo tan contento a ponerme el sombrero y una hora después estaba sentado tranquilamente en una estupenda butaca roja esperando la llegada de los formidables guerreros con plumas. ¡Si vieras, Marietta, lo curioso que es ese teatro donde se hacen estos espectáculos! Si has estado en Florencia, en Roma o en Milán seguro que has visto unas casetas altas, redondas, con paredes de cristal donde se ponen los vendedores de periódicos; se llaman quioscos y son parecidos a esos que se veían antes en las casas de los señores. Pues bien, ese teatro parece un quiosco, pero es muy grande, como para un millar de personas. La forma es como el sombrero de copa que lleva papá, pero en grande, se entiende, cabe muchísima gente.

En el medio hay un escenario circular que mide como un metro de alto, cubierto por una alfombra verde; alrededor hay una barandilla a modo de balconcillo trabajada como una delicadísima red; ese palco es el campo de pelea para los gallos y la red está puesta a propósito para que no puedan escapar.

Alrededor de esta especie de jaula cuya tarima es amplia como una gran mesa de comedor está dispuesto un círculo de butacas y detrás, un poco más en alto, una segunda fila. Más allá de las butacas se levanta una grada de bancos hasta la pared en la que se abre una galería sostenida por diez elegantes columnas de mármol. La luz viene de arriba. Yo no me cansaba de mirar: el rojo de las butacas, las flores pintadas en las paredes, las columnas y la luz daban al teatro un aire alegre agradable y divertido.

A la hora convenida un hombre apareció sobre el escenario con dos cajitas agujereadas en la mano. Las abrió y salieron de ellas dos gallos estupendos, esbeltos, tiesos como una vela, no tenían cresta y abrían los ojos con una mirada todo lo contrario a

amorosa. El hombre hizo una reverencia al público y desapareció dejando solo a los combatientes.

Al principio no se miraron, de hecho, se pusieron a cantar los dos, alargando el cuello hacia los espectadores como si preguntaran:

- ¿Qué diantres queréis?

Poco a poco y haciendo como que nadie los había visto aún, se fueron acercando; daba la sensación de que cada uno quería pillar al otro a traición. De repente, ágiles como niños, dieron un gran salto con las alas abiertas, se dieron un buen empujón y volvieron a caer dejando todo perdido de plumas. Después de este empujón, que fue como el inicio de la pelea, pararon y se pusieron uno enfrente del otro con unos ojos que líbrenos el Señor de ellos.

Después se abalanzaron de cabeza con una furia increíble, se hirieron a fuerza de patadas y picotazos, se apretaron con las alas de un modo que parecían un solo gallo con dos cabezas, se golpearon contra los hierros de la barandilla, se persiguieron, se cayeron, estrujaron, aletearon, y los golpes se hicieron cada vez más continuos, las plumas de la cabeza desaparecieron, los pescuezos parecían de fuego y sangraban que era una pena. Luego empezaron a picotearse en la cabeza, alrededor de los ojos, en los ojos, se despellejaban con la furia de dos locos que tienen miedo a ser partidos, parecía que aquellos desgraciados supieran que uno de los dos tenía que morir. No había ningún peligro de que protestaran, solo se oía el crujido de las alas agitándose y las plumas que se rompían. No había un minuto de descanso, era una lucha desesperada que conducía directa a la muerte».

En este punto del relato yo me sentía morir de la pena; no tenía nada contra esos pobres animales porque ellos no tenían nada que hacer, lo que me enfadaba realmente eran los malos que permitían esas matanzas y aún más los que iban a verlo, sentados cómodamente, con una sonrisa en los labios y con la misma tranquilidad con la que se asiste a un buen almuerzo.

Marietta, que a buen corazón no la ganaba nadie, no pudo contenerse y le dijo al señor Alberto:

- Pero, señor mío, en ese país los hombres no deben de tener corazón. ¿Cómo se puede estar ahí viendo con indiferencia ese

horror? Me parece increíble que usted pudiera resistirlo, con lo bueno que es...

- ¡Oh, cállate! – continuó suspirando Alberto – cuando lo pienso se me pone la piel de gallina, pero ¿qué quieres? En aquella época era aún más pequeño y la curiosidad... Bueno, venga, sigamos con el relato.

«En un determinado momento, uno de los gallos dejó ver claramente que se sentía cansado y que las fuerzas le flaqueaban, el otro aprovechó entonces el momento y lo agredió más ferozmente. Sus picotadas cayeron continuas y rabiosas en los ojos de su víctima con un ritmo que daba miedo. El vencido forcejeó, aleteó, intentó escapar entre los hierros de la barandilla, todo fue inútil, su enemigo lo persiguió, picándolo e hiriéndolo. Finalmente, el pobre gallo se paró, agachó la cabeza y parecía como dormido, el vencedor se quedó mirándolo atentamente sin hacer nada. Después de un par de minutos de tregua, el moribundo volvió a levantar despacito la cabeza y el otro le cayó encima con un mar de picotazos. La víctima se movió ligeramente, se sacudió, flaqueó y murió. Entonces, el vencedor, en señal de alegría, se puso a cantar, pero entonces llegó alguien y se llevó a los dos. Así se puso fin a la dolorosa escena, y ya era hora. Yo no podía más.

Todos los espectadores se levantaron para irse, algunos hablaban sobre el valor de los gallos, otros sobre los particulares de la pelea, yo lloraba a lágrima viva y a mi compañero le costó un buen rato calmarme. Me pasé tres días sin poder comer con mi apetito de siempre. Ahora ya ha pasado bastante tiempo desde aquel día, pero cada vez que lo pienso se me ponen los pelos de punta».

- ¡Ya me imagino! – exclamó conmovida Marietta, y después, sonriendo: – En mi caso, no hay peligro de que vaya a Madrid si no es en sueño y, aunque fuera, por mí los gallos podrían estar tranquilos. No iría a verlos ni aunque me pagaran mi peso en oro.

- ¡Buena niña! – dijo la señora Clotilde – estos sentimientos te honran. ¡Qué dirás entonces cuando seas mayor y estudies la historia y especialmente la de nuestra patria! ¡Ya verás!

- ¡Madre mía! ¿Es que también aquí, señora Clotilde, hay gallos que se pelean?

- Gallos no, pequeña. Son hombres de carne y hueso como nosotros...

- ¿Y por qué se pelean? ¿para entretener a la gente?

- Nada que ver, se pelean por amor propio, porque quieren mandar sobre pueblos que no les corresponden y, a veces, incluso por capricho.

- ¡Por Dios! ¿Y los que mandan no pueden impedir estos horrores?

- A veces sí, a veces no.

- Por eso cuando Cecco, el de la Nunziatina, se hizo soldado todos lloraban.

- Ya lo creo – interrumpió Alberto –, se iba a la guerra. ¡Pobrecito! Yo, cuando sea mayor, iré a esconderme bajo tierra con tal de que no me cojan.

- Y harías mal, pero que muy mal, Alberto – dijo con cariño el padre cogiendo al hijo sobre sus rodillas –, mira, hay cosas que aún no puedes entender bien porque eres pequeño, pero voy a ver cómo puedo hacerte entender esto de la mejor manera posible. Escucha, ¿tú quieres a mamá?

- ¿Por qué me lo preguntas, papá? – exclamó el niño –. Mamá me ha traído a este mundo, me ha criado y cuando tuve la escarlatina, ¿te acuerdas?, veló día y noche en la cabecera de mi cama junto a ti. ¿Cómo no voy a quererla?

- Entonces – continuó el señor Angelo –, si con todo el cariño que tienes a mamá viniera alguien, por ejemplo, un niño malo a molestarla, ¿qué harías?

- ¿Yo? ¡Imagínatelo! Primero intentaría que parara por las buenas y, si no fuera suficiente, defendería a mamá con todas mis fuerzas.

- Y harías más que bien. Pero si te hubiera molestado a ti, tendrías que haber tenido paciencia y aguantar mejor que vengarte... pero a mamá, ni en broma. Ahora, para que entiendas el tema de la guerra, responde primero a mis preguntas. ¿Dónde has nacido?

- En Florencia.

- ¿Dónde has crecido?

- En Florencia.

- ¿Y tus amigos y tus maestros de dónde son?

- ¡Ay, madre! De Florencia.

- Tus pobres abuelos descansan también en Florencia, en Monte alle Croci<sup>46</sup>, ¿verdad?

- Sí, papá – respondió el niño.

- Y dime una cosa: ¿te molestaría tener que dejar la bella ciudad donde has nacido, has crecido y te has hecho bueno? ¿Dónde descansan en paz los restos de tus mayores?

- Oh, claro, no quiero ni oírlo. ¡Claro que me molestaría! ¡Ya lo creo!

- ¿Estás de acuerdo entonces, Alberto, con que la tierra en la que nacemos es como una madre para nosotros?

- ¡Por supuesto!

- Y esta madre, naturalmente, tendrá derecho a nuestro cariño, ¿verdad?

- Pues claro.

- Y si alguien la insultase o quisiese adueñarse de ella, ¿quién tendría que defenderla?

- Sus hijos.

- ¡Chico listo! ¿Ves como lo entiendes? Ahora tienes que saber que nuestra querida Florencia no es un mundo, sino más bien una especie de puntito en una gran extensión de tierra que se llama Italia y que es nuestra gloriosa y noble patria. Y, sin embargo, a esta pobre Italia, antes la querían poner de todos los colores...

- ¿Quién, papá?

- ¿Quién? ¡Ay mi pobre niño! Eso sería muy largo de explicar. Muchísima gente que no tenía nada que ver con nosotros pero que quería llegar aquí y hacerse los dueños y, por desgracia, casi lo consiguen. Así que, si Italia no quería en su casa a extraños, ¿a quién tenía que recurrir para que la apoyara y la defendiera?

---

<sup>46</sup> La colina de *Monte alle Croci*, también conocida como la colina de San Miniato, es una de las colinas más conocidas de la ciudad de Florencia y que fue remodelada urbanísticamente durante el periodo en el que la capital toscana fue la capital del Reino de Italia (1865-1870). En la cima de la colina se encuentra la conocida basílica de San Miniato al Monte, uno de los edificios románicos más importantes de Florencia. En los años treinta del siglo XIX se proyectó la ubicación de un cementerio en este lugar conocido actualmente como *Cimitero delle Porte Sante* y que fue inaugurado en 1848 y agrandado en 1864, en él se encuentran los restos de numerosas figuras importantes de la época del *Risorgimento* como es el caso del escritor Carlo Collodi, creador de Pinocho.

- A los italianos.

- No tengo nada más que decir. Aquí tienes las razones de las guerras, y esto es por lo que el hijo de la Nunziatina se tuvo que hacer soldado<sup>47</sup>. Ahora dime, ¿ese joven hubiera hecho bien escondiéndose?

- La verdad es que no, habría sido un hijo desnaturalizado.

- Muy bien, Albertino.

- Señora Clotilde – exclamó de repente Marietta, que como todos los demás había escuchado con mucha atención las palabras del señor Angelo –, así que las guerras, cuando se declaran en defensa propia, no son tan reprochables, entonces, ¿por qué antes ha hablado de ellas con tanta amargura?

- Porque si cada rey estuviera satisfecho con su propio Estado y cada ciudadano con su casita, no habría ninguna razón para pelear y viviríamos todos en amor y armonía. Pero, en cambio, no es así y hay que tener paciencia. Ojalá el Señor nos traiga días mejores.

Con estas y otras charlas sobre el mismo tema se había hecho tarde y, gracias a Dios, el pequeño Alberto se decidió a darme a Tonia que me llevó enseguida al gallinero.

Mis hermanitos dormían tan a gusto, pero mamá no; esta, en cuanto me vio, dio un gran suspiro y se dispuso a hacerme preguntas sobre cómo había pasado el día, pero yo, que me caía de sueño, le rogué que tuviera paciencia hasta el día siguiente, que yo le contaría todo y me dormí plácidamente.

---

<sup>47</sup> Se hace referencia aquí a la Tercera Guerra de Independencia italiana que tuvo lugar en 1866, el 19 de junio de ese año Italia le declaraba la guerra a Austria con el fin de hacerse con los territorios del Véneto y Trentino que aún se encontraban bajo control austriaco, de esta manera se pretendía culminar el proceso de unificación. El 12 de agosto el rey Víctor Manuel entraba victorioso en Venecia confirmando su conquista, sin embargo la contienda terminó dejando el Trentino en manos austriacas, que no se anexionará a Italia hasta 1919 con la firma del Tratado de Saint-Germain-en-Laye.

VIII

*CAMBIO DE DUEÑOS*

Los señores se quedaron algunas semanas y si hubo juerga lo dejo a la imaginación de los lectores. Lo cierto es que estos vivían en una casita aneja a la vivienda de los campesinos, pero como eran tan afables y buenos, no prestaban mucha atención a la etiqueta y a menudo se reunían todos juntos ahora a hacer una buena merienda, ahora a cenar alegremente. Me enteré de que Albertino, por orden de sus padres, había regalado a Marietta un vestidito de muselina<sup>48</sup> de lana y un chal verdaderamente bonito. Esos regalos, sin embargo, fueron mi desgracia; esperad a oír la razón.

Algunos días antes de la partida, los dos muchachos estaban paseando con Tonia por el camino de la granja y Marietta le decía al señorito:

- Alberto, usted se ha molestado mucho y no sé cómo devolverle tanta amabilidad. Si yo tuviera algo que pudiera gustarle, se lo daría de buena gana.

- De verdad – añadió Tonia – me sabe realmente mal ser tan pobre y no poder hacerle un regalito adecuado a su condición.

Alberto estuvo callado dos minutos; después sonriendo y dirigiéndome una mirada, de la cual no tardé mucho en captar el significado, dijo con una vocecilla melosa:

- Sois más ricos de lo que creéis, Marietta especialmente. Tiene un tesoro que le envidio pero que, por otra parte, no tendría nunca el valor de pedirle...

---

<sup>48</sup> Tela muy fina y poco tupida que puede ser de cualquier tejido: algodón, lana, seda, etc.



- Señor mío – respondió educadamente la señora –, lo que pertenece a mi niña es suyo...

- Por supuesto – añadió Maria –, pues estaría bueno que el señor Albertino se anduviera con formalidades con nosotros. Venga, dese prisa, dígame el nombre de este famoso tesoro.

- Adivina...

- No sabría... ¿quizás la cestita de margaritas que tengo en la cómoda?

- No.

- ¿El canario disecado?

- No.

- El carrito de cuatro ruedas que me regaló el tío Giampaolo por *Corpus Christi*<sup>49</sup>?

- Tampoco.

- ¿Entonces? No me tenga más intrigada, señor Albertino, dígamelo.

- Pues bien, ya que insistes, seré franco. Lo que desearía tener sería... el pollito... el tuyo, que has criado tan bien...

Hubo un minuto de silencio. Tonia echó una mirada expresiva a la hija que, pobrecita, se había quedado blanca como la nieve; no obstante, se armó de valor y respondió con educación al señorito:

- ¿Por qué ha tardado tanto en decírmelo, señor Alberto? Seguro, no se ha equivocado suponiendo que quiera al pollito muchísimo, imagine, lo he tenido siempre yo, lo he criado a pedacitos de pan; pero esto no quiere decir nada, de hecho, estoy contenta de verme privada de él para que se vaya con usted.

- Pobre Maria, pero yo no puedo permitirlo...

- ¿Pero por qué, alma de cántaro? Perdone, ¿acaso es que a las personas queridas se les da solo las cosas que no le gustan a uno? ¡Estaría bueno! Estoy ya convencida de que el pollito saldrá ganando con este cambio, de nuestra casa a la suya hay una gran diferencia. Además, usted es tan bueno, tan cariñoso, que espero que cuide bien a mi pollito...

---

<sup>49</sup> Festividad católica que celebra la institución de la Eucaristía sesenta días después del Domingo de Resurrección.

- Puedes estar segura – respondió muy contento el señorito –; Marietta mía, de veras que no sé cómo agradecértelo, y también a usted, Tonia...

- Ya, ya – respondió completamente confundida la buena campesina –, ¿le parece que son cosas de las que haya que hablar tanto?

En ese instante se oyó la límpida voz de la señora Clotilde que llamaba a Alberto para que fuera a vestirse para el paseo. Yo me quedé solo con mis dueñas, con esas dos buenas criaturas que estaba a punto de dejar y que quizás, ¡ay de mí!, no volvería a ver nunca. Las dos tenían la mirada perdida que era una pena verlas. Maria me cogió entre las manos y acercándose al gallinero, en cuyos alrededores era fácil encontrar siempre a mamá, me besaba una y otra vez llorando.

- Pobrecito – me decía en voz baja –, ve a pasar estos últimos días con mamá y tus hermanitos, seguro que vas a estar mejor y, en comparación con ellos, te convertirás en un señor, pero no te envanezcas, acuérdate siempre de este pobre lugar donde has nacido y crecido y también de tu dueña que te ha querido tanto y tan bien.

En ese momento, sentí que explotaba de dolor y nadie sabe lo que hubiera pagado por ser un niño y poder decir todo lo que tenía en el corazón. ¡Pero qué le vas a hacer! Nosotros los animales estamos condenados, para bien y para mal, a estar siempre callados y todo lo que pude hacer fue piar de modo compasivo. Maria me dejó con mamá que estaba tranquilamente picoteando un cesto de escarola, ¡pobre mamá! No se esperaba para nada la noticia que estaba a punto de darle.

Además, ¿queréis que os diga algo, queridos niños? Prometí desde el principio de esta historia ser sincero y, pase lo que pase, lo seré. Cuando se hace una promesa, hay que mantenerla a toda costa.

Así que tenéis que saber en medio del dolor por tener que dejar a mi familia, a Marietta y ese querido lugar donde había nacido, sentía también una gran satisfacción por cambiar de vida. ¡Y qué cambio era el que me esperaba! Del campo a la ciudad, de una casa de campesinos al palacio de un señor, y de un caserón rústico y desangelado a un gallinero elegante y espacioso. ¿Y qué decir de la satisfacción de convertirme en un señor y de poder mirar

con condescendencia a todos los pollos del campo? ¿Y el placer de venir de vez en cuando a saludar a mamá y hacerlo con un lenguaje más selecto y cuidado debía serme indiferente? Era más de lo que necesitaba para que a un pobre animalito inexperto como yo se le pasaran mil cosas por la cabeza.

Di la gran noticia a mamá temblando, balbuceando y haciendo grandes esfuerzos para esconder mi interna satisfacción. Pero esta, pobre de mí, se percató: ¿y de qué no se percatan las madres? Agachó la cabeza, cacareó un par de veces con aire dubitativo y después de haberme mirado bien bien a los ojos, como si hubiera querido leerme dentro, exclamó:

- Así que nos dejas, querido hijito. Imagínate mi disgusto y el de tus hermanitos. Es verdad que el señor Albertino es un buen niño y te querrá, pero entenderás que un señorito como él no podrá pasarse todo el santo día contigo, como hacía nuestra Marietta. Además, ya no tendrás a mamá, a los amigos...

- Espero que nos volvamos a ver pronto – respondí emocionado –, las montañas están quietas y los hombres caminan.

- Pero para los pollos es distinto, pequeñín mío. Nosotros, por lo general, y cuando no estamos destinados a servir de alimento para los hombres, crecemos y morimos en el lugar donde hemos nacido. ¿Quién quieres que se tome la molestia de llevar por ahí un gallo o una gallina de viaje como se haría con un perrito? No quiero hacerme ilusiones, hijo mío, te pierdo y es para siempre.

Y en este punto la pobre gallina se puso a llorar a moco tendido.

- ¡Venga, mamá! – exclamé con un hilo de voz – anímese, piense que voy a la ciudad, a una buena casa, entre señores, los cuales no permitirán que me falte de nada... piénselo...

- ¿Sabes en qué pienso? ¿eh? – interrumpió mi madre triste – pienso que no te parece real el hecho de cambiar de condición y que el dolor que sientes al separarte de nosotros no es tanto como quieres darme a entender.

Me había pillado. No tuve el valor de negárselo, me conformé con bajar la cabeza como ofendido. Pero mamá no era gallina de dejarse amilanar por nada y acercándome a ella me dijo:

- Sí, hijo mío, la idea de convertirte en un señorito te ha trastornado un poco y lo siento de corazón, porque preveo cuánto vas a sufrir cuando las vicisitudes de la nueva vida al contrario de

ser felices te obliguen a abrir los ojos y ver la realidad. Yo, por otra parte, quiero hablarte desde la sinceridad y la experiencia y para que no te resulte demasiado serio recurriré a un cuento que considero muy adecuado a las circunstancias actuales. Escucha:

«El ratón de ciudad fue al campo a ver al ratón campesino y juntos hicieron una gran fiesta. El del campo invitó al de ciudad a comer con él poniéndole delante todo tipo de manjares que ofrece el campo y estuvieron juntos tan felices y seguros. Cuando terminaron de comer, el ratón de ciudad pidió amablemente al campesino que lo acompañara a la ciudad y este aceptó de buen grado. Ya en la ciudad lo invitó a una despensa donde ya había estado alguna vez. Le puso delante carne, harina y todo tipo de viandas pidiéndole que cogiera lo que gustase. Y mientras estaban alegremente comiendo, el dueño de la casa comenzó a abrir la puerta, ante el ruido de la llave en la cerradura el ratón de ciudad, temiendo la muerte, escapó rápidamente sin preocuparse del infeliz invitado. Entonces, el ratón campesino, viéndose abandonado, se refugió en un rincón y del miedo que pasó le salieron canas en las patillas y le dio mucha fiebre. Una vez que el dueño de la despensa se hubo marchado, el ratón de ciudad salió y viéndose superviviente llamó al amigo con gran alegría y lo reconfortaba y lo tranquilizaba con estas palabras;

- El peligro ha pasado, ánimo, querido hermano, y prueba este plato de miel y fruta.

Pero el ratón de campo respondió:

- En esta dulzura se esconde un veneno amargo: yo prefiero comer mis habas secas en santa paz antes que tus apetitosas viandas estremecido de miedo; tú que estas acostumbrado y no te molesta la perturbación mental, alégrate de estas riquezas, pero en lo que a mí respecta, estoy contento en mi campo y convencido de no volver a abandonarlo».

- ¿Qué te parece, hijo mío, esta historieta?

- Digo, mamá – respondí entonces –, que el pobre ratón de campo quizás tenía razón, pero no tiene por qué suceder lo mismo a todos los que mejoran su condición.

- Dios lo quiera, hijo mío, y que nunca tengas que añorar nuestra humilde pero reposada y tranquila vida.

Así terminó nuestra conversación.

Finalmente llegó el momento de mi marcha, pero en ese instante, cuando vi las lágrimas de angustia de mi madre, el rostro pálido y doliente de mi querida Marietta, las tierras y la casa, dorados por la luz del sol que se ponía, cuando escuché el desesperado piar de mis hermanitos, el ladrido del viejo perro y el alegre canto de los pajaritos que se disponían a descansar, sentí una pesadumbre, un desasosiego y unas ganas tan intensas de llorar que tuve que hacer de tripas corazón para que mis dueños no me vieran.

Intercambié un último beso con mamá, una caricia con Marietta y, conducido por Albertino, me dirigí hacia la entrada de la granja, donde estaba quieta desde hacía un rato una carroza con dos caballos.

El señor Angelo y la señora Clotilde, después de haberse despedido cariñosamente de los buenos campesinos, se subieron; Alberto hizo lo mismo y yo, que estaba en el suelo, esperaba que me cogieran cuando asomé por un sendero Giampaolo con una gran jaula en la mano que había servido en otras ocasiones para que empollaran las palomas.

- Señor Albertino, aquí tiene la jaula que me había pedido – dijo este sonriendo; e inclinándose hacia mí, me cogió y me encerró, y encarcelado de ese modo me entregó a Alberto, que, después de pedir permiso a sus padres, me colocó en el asiento de la carroza junto a él. Después de pocos minutos el vehículo partió velozmente.

Imagínense mis lectores cómo estaba y qué pensamientos me pasaban por la cabeza. Acababa de dejar la casita donde había nacido y ya había perdido el más querido y preciado de los bienes: ¡la libertad! Intenté en vano alargar el cuello y sacar la cabeza a través de los barrotes de la jaula para ver por última vez los lugares donde había nacido y crecido, pero ¡pobre de mí!, la carroza corría veloz como el viento y veía desaparecer ante mí, sin tener tiempo para verlos bien las tierras, los árboles y los montes.

- ¡Dios mío! – dije para mí mismo – ¿qué será ahora de mi felicidad? Pobre ratón campesino, mira que no se equivocaba tanto.

Durante todo el camino no hice otra cosa que suspirar, por suerte el señor Albertino no se dio cuenta, ya que iba ocupado

hablando con sus padres. De vez en cuando, no obstante, me miraba y me metía en la boca pequeños trocitos de galletitas, de las que, por lo que parecía, debía tener los bolsillos llenos. Pero necesitaba algo más que dulces para consolarme. Pensaba todo el tiempo en mamá y cuando un hijo piensa en su mamá que está lejos y que quizás está llorando ¿cómo va a pensar en golosinas?

Cuando llegamos a la casa ya era noche cerrada; bajé con mi nuevo dueño a una antesala iluminada y me entregó a una señora vestida completamente de negro que junto a dos sirvientes estaba en la puerta para recibirnos o, mejor dicho, para recibir a los señores Dalvi.

Esta, después de haber consultado a la señora Clotilde que me miraba sonriendo (Alberto se caía de sueño), me llevó a una pequeña habitación oscura y cuando me hubo tirado en cualquier sitio como si fuera un traste se despidió de mí diciendo:

- Faltabas solo tú, granujilla, para montar jaleo y ensuciar la casa. Espero que el asador o el minino nos liberen pronto de tu presencia.

¡Qué angustia! Quería llorar y no podía, se me había puesto un nudo en la garganta, a decir verdad, mi vida de señorito había empezado estupendamente. ¿Cómo se puede tirar sobre el suelo un pobre pollito forastero sin darle nada, ni un palito para posarse?

¡Ay, mi pobre madre! ¡Ay, la buena de Marietta!

No pude pegar ojo en toda aquella noche que me pareció eterna y si conseguía quedarme un poco traspuesto soñaba enseguida con gatos y asadores.

En mi casa esto no me había sucedido nunca, dormía toda la noche como un lirón y mamá solía decir en broma que no me despertaría ni un disparo. Entonces ¿en la ciudad no se duerme en paz como en el campo? Ay, pobre de mí.

IX

*VIDA NUEVA*

Llegó la mañana, pero ningún rayo de sol entró entre las rendijas de mi prisión, los pájaros no gorjeaban alegres para saludar al nuevo día y el pollito exiliado esperó en vano el alegre cacareo de su mamá. ¡Pobre! Qué triste despertar fue aquel. En la habitación donde me habían confinado asomaba a duras penas por una ventanita entreabierta un hilo de luz, y para colmo de mi desdicha, busqué aquí y allá algo de comer y no conseguí encontrar nada, ni un grano de trigo o un poco de salvado.

- ¿Tendrán intención de matarme de hambre? – me pregunté a mí mismo con horror y sintiendo como me corría por las venas un escalofrío de terror me refugié en un rincón y lloré.

Lloré por la flor de la alegre juventud que tal vez la malvada camarera se preparaba para arrancarme, lloré por los amaneceres de mi pueblo, los atardeceres luminosos, las briznas de hierba brillantes por el rocío, el quiquiriquí de mis compañeros y finalmente por los abundantes desayunos y la vida despreocupada. Tanta felicidad no podía durar.

A menudo, cuando el sol brillaba resplandeciente en medio del horizonte y hombres y animales descansaban del duro trabajo bajo la fresca sombra de las hayas mi madre me llamaba y me decía:

- Hijo mío, mi querido y dulce hijito (¡qué nombres tan bonitos saben dar las mamás!), ahora la vida te sonrío y mires donde mires solo ves rostros de cariño, abundancia de alimentos y serenidad en el cielo. Si alguna vez por haber comido mucho o por cualquier enfermedad te ves obligado a estar en cama, tus hermanitos te harán compañía y mamá te velará siempre. Sin embargo, ¿crees que siempre va a ser así? Pequeñín mío, el tiempo vuela y se lleva

con él los días más bellos. Crecerás y también pasarás penas y tendrás que sufrir las persecuciones de los gallos, las broncas de las gallinas y los caprichos de los dueños. Tendrás suerte si al menos, después de tantas penas y cuando te hayas ganado el derecho a una vida cómoda y tranquila, puedes huir de esa muerte violenta que la glotonería de los hombres reserva para nuestros semejantes. ¡Hijo mío! A saber dónde irás, a saber en qué lugares te saludarán con nombres de esposo y padre; acuérdate siempre de mis palabras y piensa que es propio de buen gallo enfrentarte con coraje y resignación a los pesares que desgraciadamente te golpearán.

¡Ay de mí! Las previsiones de aquella pobre gallina parecían que se habían hecho realidad.

- Pero, seamos justos – me decía a mí mismo – el paso del bien al mal ha sido un poco brusco, un poco precipitado, no he tenido tiempo de acostumbrarme. Ni persecuciones de gallos, ni broncas de gallinas. Habría sido una suerte que me hubieran tocado, al menos me habría salvado de lo otro, habría visto un poco de mundo... y una cosa lleva a la otra.

Sin embargo, esta gente ha buscado la vía más rápida para deshacerse de mí, ni siquiera han pensado en retorcerme el pescuezo, tal vez, ¿quién sabe? ver sangre es algo que no le gusta a ese armario de camarera y así, para evitar molestias, me preparan un final como el del conde Ugolino<sup>50</sup>, que Dios tenga en su gloria.

---

<sup>50</sup> Ugolino della Gherardesca fue un político italiano y comandante naval de la ciudad de Pisa que vivió en el siglo XIII. Debe su fama a un pasaje que relata Dante en su *Divina Comedia*, concretamente en los cantos XXXII y XXXIII del Infierno en los que narra la leyenda que rodea al trágico final del conde. Ugolino, por motivos políticos, fue hecho prisionero junto a sus hijos y sus nietos y juntos fueron encerrados en la Torre de Muda hasta su muerte por inanición, lo que hizo que la torre fuera conocida desde entonces como *Torre della Fame* (Torre del Hambre). Dante cuenta que durante su viaje al infierno conducido por Virgilio, en el noveno círculo se encontró con el conde y este le relató su muerte. Según los versos del poeta, quizá intencionadamente ambiguos, los hijos le piden al conde que se alimente de sus cuerpos, y este responde “Después, más que el dolor, pudo el ayuno”. Lo cual fue interpretado durante años como un signo de canibalismo, aunque parece ser que en realidad lo que quiere decir es que pudo más el hambre para acabar con su vida que el dolor de ver a los suyos morir.



En este punto sé que muchos lectores y lectoras quedarán ciertamente maravillados de mi erudición y más de uno le dirá al compañero:

- ¡Oh! ¿Quién ese ese señor Ugolino y cómo es que el pollito está informado de cosas y acontecimientos que no conocemos ni siquiera nosotros?

- Ahí quería llegar, queridos niños: ¿qué queréis? Yo no soy un parlanchín, no soy distraído. Yo, cuando Marietta, que Dios la bendiga, leía en el huerto algunos pasajes que hacían llorar incluso al tío Giampaolo, que a decir verdad no es que fuera muy tierno, estaba muy atento y no me perdía una palabra del relato. Así aprendí muchas cosas entre las cuales está esta de Ugolino que, por lo que parece, era un señor de Pisa de una buena familia. Un día (todos tenemos días malos) el pobre conde perdió la brújula y preparó una buena.

Los que mandaban entonces no atendieron a razones, lo encerraron, justo como a mí, en una pequeña habitación, lo tuvieron a dieta absoluta y después, si te he visto no me acuerdo.

Atormentado por esos pensamientos que, como veis, no tenían un mínimo de sentido común, estaba a punto de entregarme a la desesperación cuando la puertecita de la prisión se abrió y Albertino, como un rayo de sol, apareció en el umbral arrastrando un carrito lleno de soldaditos, de madera, se entiende. Me dio alegremente los buenos días echándome a los pies un montón de manjares: trocitos de pan, granos de arroz y una decena de piñones estupendos y pelados.

- ¡Querido señorito! – dije para mí con gran consuelo y sin perderme en cumplidos me puse a devorarlo todo. Terminada la importante tarea, alcé la mirada y vi que el dueño me hacía señales para que lo siguiera. No tuvo que decírmelo dos veces, atravesé, detrás de él, primero una gran cocina llena de todo tipo de manjares y luego una serie de habitación con alfombra y todas con adornos dorados brillantes. ¡Qué diferencia entre la humilde casa de Marietta y la del señor Alberto! ¡Qué bien se tenía que vivir en ese buen palacio y rodeado de tantas delicias! El lector juzgará.

Llegamos al huerto, pero no se parecía en nada a lo que había visto hasta ahora, quizás, ¡quién sabe!, ni siquiera era un huerto; me enteré después de que a ese pequeño paraíso lo llamaban

jardín. No había árboles frutales, ni viñas, ni trigo; no estaba dividido en los típicos cuadrados donde, por lo demás, los campesinos solían plantar alcachofas, judías, lechugas, coles y otras hierbas aromáticas como el perejil, el apio, el tomillo o la menta. Sin embargo, allí el terreno, todo cubierto de florecillas blancas, rojas, celestes y naranjas, ofrecía una vista mil veces más bella. Había infinidad de pequeños senderos de finísima grava y flanqueados por arbolitos cortados caprichosamente o por magníficos rosales plagados de rosas de Provenza<sup>51</sup>. ¡Qué belleza! Después había algunos prados redondos, de un verde que enamoraba a la vista y que estaban rodeados de bancos blancos de mármol y de frondosas plantas de limones; justamente en el medio se levantaba una estatua de mármol y una pila de agua límpida donde jugueteaban cientos de pececillos rojos. A veces se alzaban en lontananza muchas montañas pequeñas con algunas grutas falsas que parecían excavadas en la roca, dentro de las grutas, con la cara fuera y en actitud amenazante había algunas bestias imponentes que nunca había visto y que parecían de carne y hueso como yo; eran tigres, leones y lobos por suerte de madera pintada.

Yo paseaba detrás de mi dueño que miraba todas esas maravillas con indiferencia; seguro que él estaba habituado. Yo no. No me cansaba de mirar.

Pero mi sorpresa debía aumentar aún más, a medida que nos acercábamos a una especie de quiosco completamente dorado y cerrado por fuera con una tupida red de malla metálica, oía salir de allí un murmullo y un *pí-pí-pí* tan animado, tan variado que no lograba comprender. Por una parte, me parecían pajarillos, por otra no; los pájaros, me decía a mí mismo, están en los árboles y vuelan al aire libre, ¿quién podría ser tan malvado como para divertirse encerrando a centenares de esos pobres animalitos? Porque si todo ese alboroto lo montan ellos menos de cien no

---

<sup>51</sup> Esta variedad de rosa es también conocida como rosa de mayo, rosa repollo o, científicamente, como rosa centifolia. El nombre científico hace alusión al número de pétalos que luce esta flor en la corola, mientras que los nombres comunes aluden al mes y la región en la que se produce el mayor número de ejemplares de esta especie. Su origen es incierto, pero todo apunta a que se trata de un híbrido generado en Holanda en el siglo XVII a partir de varias especies diferentes.

podían ser. No me equivocaba. Cuando estuvimos a dos pasos del quiosco, que no era otra cosa que una gran pajarera, el señorito me tomó en sus brazos para que viera mejor, y lo vi. ¡Oh, niños! Imaginad una multitud de pajaritos de todos los colores, de todas las especies, de todos los países. Estaba el canario de plumas amarillas y pico rosa; el pinzón marino, tan gracioso con su pecho rojo y la cabecita de terciopelo negro; el jilguero con las alitas manchadas de amarillo, el verderón que, aunque pequeñísimo, es muy valiente; el paro carbonero con un penacho prepotente; la alegre alondra del campo; el ruiseñor de canto melancólico y el petirrojo cuyo cuerpo elegante nunca está quieto.

- ¿Ves? Mi hermoso gallito – me decía mientras Alberto con su voz dulce – estos animalitos son más desgraciados que tú; al menos tú puedes ir a dónde quieras y si tienes ganas de una brizna de hierba o de una semilla, nadie se opondrá a tus deseos: pero ellos, pobrecitos, no pueden; no solo han tenido que dejar a su mamá como tú, al papá y al resto de la familia, sino también los espacios infinitos del cielo azul, las copas floridas de los árboles y los bosques verdes. Y aquí están ahora, encerrados para siempre en esta gran jaula desde la que jamás podrán volver a sus pueblos o a sus nidos. ¡Pobres animalitos! Si dependiese de mí, los dejaría libres. Pero ¿cómo hago? Estas criaturitas son propiedad de mi padre, gallito mío; ha gastado mucho dinero y no le gustaría deshacerse de ellas. Yo también, cuando sea mayor, compraré pajaritos, pero para dejarlos libres y el placer que siente papá al tenerlos en una jaula, yo lo sentiré al verlos volver a volar hacia ese cielo para el que han nacido.

Estaba muy atento a esas palabras cuando llegó la señora Clotilde que llevaba de la mano a un despierto y simpático chiquillo. Era un tal Guido Sani, amigo de Alberto, que venía de vez en cuando a visitarlo.

- Alberto – dijo la madre – Guido ha venido a estar un poco con nosotros, pero espero que no paséis todo el día jugando y diciendo bobadas; me gustaría que os pusierais a leer algún libro didáctico o a estudiar un poco, así las horas se os pasarán antes y retomaréis con más entusiasmo la diversión y los juegos, ¿de acuerdo?

Alberto respondió con una sonrisa un tanto forzada, pero Guido, acariciando las manos de la señora, dijo:

- Tiene mucha razón, querida señora Clotilde, pero ¿qué quiere? Alberto y yo nos aburriremos estudiando solos, oiga, usted que es tan buena y amable, ¿no podría quedarse con nosotros aquí, con este espléndido sol, y contarnos algo interesante? ¿Ve? Mi maestro me ha puesto de deberes para las próximas vacaciones una especie de estudio sobre algunos de estos graciosos habitantes del aire (y señaló los pájaros): tengo que hablar de sus costumbres, de sus instintos y de muchos otros detalles. Esta lección me parece un poco difícil y, aunque mis hermanas mayores han puesto a mi disposición todos sus libros, preveo que no saldré de esta con honor. ¿Quiere hacerme un favor? Cuénteme algo a propósito, apuesto a que aprendo cien veces más con usted, que está muy preparada, que con todos los libros del mundo...

- Ay, Guido, esas cosas no se dicen.

- Además, ahora que me acuerdo, el señor maestro nos ha prohibido mirar los libros; tendrá miedo de que copiemos, así que ¿quiere complacerme, señora Clotilde?

Y el muchachito embaucador inclinaba la rubia cabecita con un cierto aire suplicante que encandilaba a cualquiera.

- ¡Zalamero! – respondió riendo la señora – ¿cómo te voy a decir que no? Haré lo que me pides, como mejor pueda, pero, mi niño, yo no soy una experta...

- ¡Oh, estará bien!

- Entonces, colocad las sillas junto a la pajarera y en un momento estoy con vosotros, voy a ordenar que nos traigan la merienda al jardín.

- Mira, Guido – dijo mi dueño a su amigo – ¿has visto alguna vez algo más mono que este pollito?

Y señaló con la mano a esa personita que mis lectores conocen ya desde hace un rato.

- Muy mono, la verdad. ¿Cómo lo has conseguido?

- Me lo regaló ayer Marietta, la hija de nuestros campesinos en Vespignano.

- Es muy gracioso, y parece que te tiene cariño. Desde que estoy aquí no se ha separado de tus pies.

- Ya, es más fiel que un gorrión, mira lo atento que está. Es como si entendiera lo que decimos.

Guido me cogió y me acarició amablemente. La señora Clotilde volvió con su labor de bordado en la mano y se sentó junto a los niños. Yo picoteaba aquí y allá sin alejarme de ellos, el cielo estaba sereno, el aire perfumado, los pajarillos cantaban sin cesar y por todas partes se respiraba paz. ¡Lástima que mi madre estuviera tan lejos!

X

*NOTICIAS DE ALGUNOS FAMILIARES*

- ¿Por cuál comienzo? – preguntó la señora sonriendo.
- Por ese de ahí – respondió Alberto señalando a un pajarillo más pequeño que un dedo pulgar y con unas alitas que brillaban al sol como rubíes.
- Pobrecillo – dijo la señora Clotilde con melancolía – ese no destacará mucho, veréis, se lo regalaron a mi marido hace unos quince días y en todo este tiempo no ha entablado amistad con sus compañeros, está ahí solo en un rincón pensando tal vez en las verdes mesetas de su país, en las flores de grandes cálices y los ardientes rayos de sol; este hermoso animalito se llama pájaro mosca<sup>52</sup>, probablemente por su tamaño, vive en lugares cálidos: las especies más famosas de colibrí son el topacio, el granate, el collar verde, el cornudito, el rubí, el amatista, este es de la especie del rubí; ¡veis cómo brillan sus plumas! Parecen muchas piedras preciosas. Vuelan de flor en flor y con su zumbido es como si quisieran provocar un sueño beneficioso y reparador a los habitantes de esas cálidas regiones. Son tan ligeros, vuelan tan rápido y son tan pequeños que el ojo no puede seguir el veloz movimiento de sus alitas despidiendo destellos; cuando están en el aire parecen completamente inmóviles, es como si estuvieran suspendidos gracias a hilos invisibles. Su nido es muy bonito.

---

<sup>52</sup> El pájaro mosca, también conocido como zonzuncito o elfo de las abejas, pertenece a la especie de los colibrís y es el más pequeño de esta y de todas las aves en general. Su nombre científico es *Mellisuga helenae*. Fue descubierto en 1844 por un naturalista alemán y se dio a conocer por primera vez en el libro *Las aves de Cuba* escrito en 1850 por el naturalista y profesor gallego Juan Lembeye. Este pasaje, como tantos otros de la novela, dejan constancia de los extensos conocimientos de la autora en materia de naturaleza.

Ocupa como medio huevo de gallina, el macho lleva todo lo necesario para fabricarlo y la hembra, como una mujercita de su casa, acomoda y dispone todo en orden. Este simpático hogar puede estar suspendido en una hoja, en una ramita y a menudo también en una simple brizna de paja que sobresalga del techo de una cabaña. Las mujeres de sus países de origen se hacen adornos con sus plumas: collares, pulseras y pendientes; algunos pueblos que se han convertido a nuestra religión las preparan para hacer con ellas figuritas de ángeles o de santos. También hay quien las usa para hacer cuadros que resultan llenos de frescura y esplendor. Estas hermosas criaturitas, sin embargo, no pueden estar mucho tiempo encerradas, no porque no sean amorosas y buenas, sino porque su naturaleza delicada y al mismo tiempo vivaracha no puede adaptarse al reducido espacio de una jaula. Normalmente mueren después de algunos meses aunque se les colme de cuidados.

- Tú también morirás, pobre inocente animalito – dijo Alberto con un tono cargado de compasión dirigiéndose al pequeño prisionero que lo miraba con sus ojitos negros grandes como margaritas.

- ¿Os he aburrido, niños? – preguntó la señora Clotilde.

- ¡Pues claro! – respondió bromeando Guido -. Como prueba evidente, le ruego que nos hable ahora mismo de otro pajarito.

- Muy bien, hablaremos entonces de ese señorito o señorita que está ahora mismo picoteando el piñón que le ha tirado Alberto. Es un paro carbonero. Miradlo bien ¡qué descarado! Es todo fuego y la competencia de la lechuza que, además, es su mortal enemiga. ¡Pobre lechuza! No me gustaría estar en su piel. Por la noche, cuando el pobre animal nos entristece con su monótono canto, ¿qué hace el paro? Reúne una especie de ejército formado por pajaritos más pequeños que él y arremeten contra el tirano nocturno que no puede hacer otra cosa que batirse en retirada si no quiere morir fulminado por los golpes.

- Mamá – interrumpió entonces Alberto – ¿es verdad que cuando la lechuza va a cantar sobre el tejado es señal de que alguien de esa casa, aunque goce de una salud estupenda, va a morir de un día para otro?

- ¿Pero tú te lo crees, mi niño? Estas cosas no las tienes ni que preguntar, no es propio de ti, son las personas ignorantes y

supersticiosas las que creen en estas tonterías. ¡Pobres lechuzas! ¿Cómo quieres que adivinen si alguien que come y bebe alegremente morirá al cabo de tres días después de caerse de una escalera? Pues estaría bueno.

- Pero dicen que las lechuzas, y con ellas otros animales de rapiña, perciben el olor de la carne en descomposición...

- Será así, pero tú eres muy listo para no creer a la primera de cambio que, si el cuerpo de un pobre diablo se disuelve, no es necesaria la señora lechuza para que los que viven con él, el médico e incluso el pobre enfermo lo sepan; supongo que el doctor no dejará que se le anticipe el ave... perdería su dignidad como profesional. En resumen, la lechuza podrá confirmar con su triste vista un hecho ya sabido, pero traer mal augurio no. Volvamos al carbonero. Los que se ocupan de naturaleza lo han apodado “móvil perpetuo” porque no hay manera de que esté dos minutos quieto; desde la mañana a la noche va y viene continuamente por las ramas de los árboles buscando comida y cuando esta se hace desear un poco emprende una caza de otro tipo; se cuelga de las ramas con las patitas hacia arriba y atrapa todos los insectos que tienen la desgracia de pasar en ese momento bajo las hojas. Tiene buen carácter y quiere mucho a sus crías, no es glotón, come de todo y coge cariño a sus semejantes. Es una lástima que entre todas esas cualidades haya una fea, pero que muy fea, os la voy a decir: cuando el carbonero se topa con un pobre pájaro enfermo en vez de socorrerlo ¿sabéis qué hace? Lo mata y se come su cerebro.

- ¡Oh qué malo! – exclamaron al mismo tiempo los dos muchachos.

- ¿Sabéis quién es realmente un buen pájaro? – continuó la señora Clotilde – La alondra. De aspecto se asemeja un poco al paro carbonero, pero difiere completamente en sus hábitos. El carbonero es el símbolo de la guerra, la alondra el de la paz: construye su nido en un surco, entre dos bloques de tierra y sabe esconderlo magistralmente de los ataques de sus enemigos. Es muy útil a los campesinos por el exterminio que hace a diario de los gusanos, en cuanto amanece comienza a lanzar al aire sus alegres notas llamando al agricultor a iniciar su jornada.



- Y los jilgueros, mamá, ¿qué pájaros son? – interrumpió Alberto señalando uno de esos animalitos con una mancha roja y el lomo oscuro.

- Los jilgueros son pajaritos graciosos y muy pacíficos, se conocen también como cardelina y toman su nombre de la predilección que tienen por las semillas del cardo. Tienen una voz muy bella y son muy dulces. ¡Muy lindos! He visto algunos amaestrados por sus dueños que llevan a cabo varios juegos: llevan pequeños cubitos que contienen su comida y su bebida, prenden fuego a la mecha de un cañón del tamaño de un dedo meñique, se hacen los muertos y otros jueguecitos similares.

Mientras la señora Clotilde contaba todo esto yo, un poco aburrido de estar quieto, me había movido despacito, despacito y sin que nadie se diera cuenta me había metido en una especie de bosquecito que era como un paraíso, pero no me quedé ahí y seguí paseando por el jardín, un poco sin rumbo, un poco concentrado en volver a ver todo otra vez.

Sin embargo, mi cabeza estaba siempre pensando en mis buenos amigos de Vespignano: me parecía que hacía mil años que no los veía y no habían pasado ni veinticuatro horas.

Caminando, caminando me encontré ante una puerta con cristales pintados un poco entornada. Daba a una habitación alegre, pintada de celeste y con las paredes cubiertas de libros y dibujos. En un lado vi un elegante escritorio con todo lo necesario para estudiar: plumas, lápices, papel, lacre<sup>53</sup>. En otro, una pequeña mesa camilla llena de lanas, cintas, algodón y otros objetos necesarios para trabajar.

- Creo que esta es la habitación donde está la señora – dije – y de pie en el escalón estuve dos minutos sin saber si debía volver a entrar en el santuario.

El instinto vagabundo y la curiosidad que también sentimos nosotros los pollitos vencieron y de un salto ligero que nada tenía que envidiar al de un niño experto en gimnasia, me encontré dentro de la habitación donde podía tranquilamente admirar los más menudos y graciosos detalles. De allí entré al dormitorio, sin

---

<sup>53</sup> Pasta sólida, compuesta de goma laca y trementina con añadidura de bermellón o de otro color, que se emplea derretida para cerrar y sellar cartas, por ejemplo.

poner demasiada atención a un cierto ruido que periódicamente se repetía. ¿Sabéis qué era? Un perrito pequeño, un cachorro, estaba bajo la cama poniendo a prueba sus dientecitos con una bota de raso turco. Lo vi a través del encaje del edredón y retrocedí prudentemente, con esos animales no se sabe nunca lo que puede suceder. Intenté volver por la puerta por la que había entrado cuando un nuevo invasor entró de un salto en la habitación. Era nada menos que el gato de la casa, un gatito blanco, pequeño, puro nervio. No había manera de salir sin exponerme a gravísimos peligros. Me escondí sin respirar detrás de un sillón y me quedé observando. El corazón me palpitaba muy rápido, probablemente como os palpita a vosotros, niños, cuando vais a clase sin haber hecho los deberes.

El gatito, brincando, se metió bajo la cama y dejó a la imaginación de los lectores la batalla que se preparó entre esos dos campeones. Ya se sabe, cuando se habla de dos personas que no se llevan bien se dice comúnmente que se llevan como el perro y el gato. Y nuestros animalitos, no lo dudéis, no, hicieron honor al proverbio. ¡Qué demonios! Hubo unos gruñidos, unos bufidos que no se pueden describir, la bota la mandaban de Herodes a Pilatos<sup>54</sup>, tan pronto la tenía el gato como tan pronto se lanzaba encima el perro y con rápido mordisco le obligaba a soltar su presa; el gato, enfadado, estiraba la cola, resoplaba y con las patitas levantadas volvía a la carga. En definitiva, era un poema, lo que me habría divertido si el miedo no me hubiera helado la poca sangre contenida en mi pobre cuerpecillo. De repente, el gatito sale precipitadamente de debajo de la cama y salta sobre una banqueta situada junto a un tocador, el perro no se lo piensa, va detrás de él y se lanza sobre la banqueta, el gato bufa y en un abrir y cerrar de ojos se coloca sobre el marco del espejo, que estaba sobre el tocador, el perro no se da por vencido y ladrando con furia intenta atraparlo, el gato, entonces, asustado de verdad, salta al espejo, y el espejo, golpeado con demasiada violencia, cae ruidosamente en medio de la habitación arrastrando consigo un

---

<sup>54</sup> Expresión coloquial antigua que tiene su origen en el momento narrado en la Biblia en el que Herodes mandó a Jesús a ser juzgado por Pilatos y se utiliza para explicar el paso de una situación mala a otra peor, también puede significar ir de un sitio a otro sin encontrar una solución.

montón de frasquitos, botecitos y cepillos. Con el estrépito el perro ladra más fuerte que nunca, el gato se larga precipitadamente por la ventana y yo estaba a punto de hacer lo mismo cuando en el umbral de la habitación, armada con una pequeña escoba de mango corto, apareció la famosa mujer vestida de negro, la misma que la noche anterior me había acogido de modo tan poco amable.

Tuve la tremenda suerte de huir de sus miradas penetrantes a tiempo, pero no el perro que, pobrecito, se llevó, por medio de algunos escobazos propinados por la extremadamente diligente sirvienta, los golpes del gato y los suyos. Dos horas después de esta tragedia y cuando el sol empezaba ya a caer yo merodeaba pensativo por el jardín.

Las bellezas que me habían impresionado por la mañana me parecían ahora frías y marchitas y, más que asientos de mármol y flores de caprichosos colores, me habría gustado ver la humilde casita de Marietta, la granja y los grandes árboles frondosos agitándose con la brisa de la tarde.

El señorito estudiaba al piano y la señora Clotilde lo acompañaba con gorgoritos y cantos tan límpidos y sonoros que no tendrían nada que envidiar a los de un canario; a lo lejos, las campanas de Santa Croce<sup>55</sup> sonaban sin parar y por la calle que franqueaba el jardín no dejaban de pasar carrozas y caballos; todo esto formaba un conjunto muy agradable, pero el pobre pollito, cuyo primer contacto con la vida señorial había sido más que suficiente para curarlo de su tonta vanidad, antes que ese bullicio preferiría las melancólicas cantinelas de Tonia, el cacareo de

---

<sup>55</sup> La Basílica de la Santa Cruz, Santa Croce en italiano, es la segunda iglesia más grande de Florencia y la iglesia franciscana más grande del mundo. La fecha de inicio de su construcción se remonta a 1294 sobre los planos proyectados por el arquitecto Arnolfo di Cambio, las obras terminan en el siglo XV y es consagrada en 1443. No obstante, no será hasta el siglo XIX, pocos años antes de la redacción de *Memorias de un pollito*, cuando la fachada será revestida de mármoles y tomará el aspecto que tiene actualmente. El templo ha estado muy ligado a la historia de la ciudad de Florencia desde su edificación. En el siglo XIX, en plena época *risorgimentale*, decidieron hacer de la Basílica un panteón de personajes gloriosos de la historia italiana, aunque ya había albergado durante siglos las tumbas de numerosas figuras ilustres. En la Santa Croce reposan los restos de Miguel Ángel, Galileo Galilei, Maquiavelo o Ugo Foscolo, entre otros. También allí se encuentra un cenotafio de Dante.

mamá y el mugido de los bueyes que, cansados del trabajo, volvían lentamente al establo.

Con estos pensamientos, entretanto me había acercado a una de las pilas del jardín en las que, como había visto poco antes, jugueteaban con brío mil pececillos de vivos colores. Me tomé el placer de admirarlos tranquilamente y me acerqué a la barandilla de hierro tan magistralmente labrada pero cuyos vanos eran lo bastante anchos como para poder pasar y, por lo tanto, caerse al agua, alguien de mi compleción. Así que manteniéndome a una distancia prudente me quedé mirando los ágiles animalitos que se perseguían y se deslizaban rápidos por la superficie; de pronto, por mi mala ventura, me apareció ante los ojos, y precisamente en compañía de los pececillos, el desgraciado pollito que era invitado de Marietta, del que el lector seguro que se acordará, que se divertía imitándome detrás de la lámina de cristal que la avispada de mi dueña me ponía delante. El bribón, por lo que parece, me había seguido también a la ciudad y, lo que es aún más extraño, se había instalado en un lugar que, según mi limitado conocimiento del mundo, no había servido nunca de refugio a ningún pollito.

- ¡Eh! – me dije - ¿cómo es que el gracioso señorito está ahí dentro? ¿Quién lo ha puesto ahí? ¿Cómo se las arregla para vivir?

Y alargaba el cuello para verlo mejor; pero el jugueteón, según su malvada costumbre, repitió el mismo acto pero con un cierto estilo maligno y petulante que daba rabia. Pero yo, al no contar ya con la presencia de la dueña para intimidarme y deseoso, por otra parte, de castigar el descarado del impertinente pollo, me acerqué a él, cada vez más decidido a darle un par de picotazos. ¡Pobre de mí! Al asomarme, me mareé, me fallaron las piernas y cuando creía que podría llevar a cabo mi ansiado deseo, caí al agua mientras mi enemigo desaparecía en el fondo de la pila. ¿Qué fue de mí en ese momento?

¿Y quién se acuerda? El chapuzón, el agua helada y el miedo a estar perdido me arrebataron todo sentimiento y si no hubiera pasado por allí por casualidad la sirvienta, esa a la que yo no podía ni ver por las razones que ya conoce el lector, de mí no se hubiera vuelto a saber nada más y los niños no hubieran podido leer nunca las *Memorias de un pollito*.

Pero aquella buena mujer (¡hay que ver cuántas veces juzgamos mal a las personas!) metió el brazo en el agua y me sacó chorreando. Pero aquí no terminaron los cuidados de la misericordiosa criatura, me llevó a la cocina y calentó una toalla en la que envolvió mi cuerpecito aterido; y, después de haberme obligado a tragar unas gotas de caldo tibio, me llevó glorioso y triunfante a una magnífica salita donde estaban comiendo mis dueños. Contó con pocas palabras el lamentable suceso y después de que los dos muchachos le dieran las gracias me posó en el suelo y con una reverencia salió de la habitación.

A Alberto y Guido les habría gustado retirarse de la mesa enseguida para venir a jugar conmigo, pero el señor Angelo no lo permitió y dijo que los niños bien educados permanecen en la mesa hasta que la comida ha terminado o hasta que los padres le dan permiso para levantarse. Si hubiera podido, de buena gana le habría dado un beso al señor Angelo: ¡con lo bien que estaba allí quieto!

Mientras, la señora Clotilde, a raíz de las palabras del marido aprovechó para enseñar a los dos niños y especialmente a Alberto todo tipo de útiles advertencias sobre cómo estar a la mesa y cómo comer. Como las palabras de la buena señora se me quedaron grabadas, creo que debo decíroslas, queridos niños, y si alguno de vosotros, después de leerlas, aprende un poco más de buenos modales consideraría que he hecho algo grande.

- Alberto – decía la buena mamá –, hay muchachos que van a comer con algunos dedos manchados de tinta y la cara tan sucia que da pena verlos. Los niños, igual que los adultos, tienen que sentarse a la mesa con las manos y la cara bien limpias, porque, de ese modo, además de dar esa buena impresión que causa siempre la pulcritud, es como una muestra de respeto a las personas que están en su compañía. También hay niños que ponen caras a la comida que les llevan a la mesa y empiezan: «esto no me gusta», «esto no lo quiero»... ¡Qué feo es hacer eso!

Un niño, cuando está sano, debe comer de todo y así crecerá lozano y robusto.

- Como Arturo, el hijo del portero – exclamó Alberto –, que tiene un rostro bien sonrosado. El otro día estaba en su casa comiendo una papilla con tomate que me revolvió el estómago. «¿Te gusta?» le pregunté.

- Pues claro que sí – me respondió.
- ¿Y no te gustaría más un buen *risotto* a la milanesa?
- Bueno, pero esta papilla también tiene su mérito, la ha hecho mamá – y como si esa consideración le diera aún más valor a la papilla se la terminó en un abrir y cerrar de ojos.
- ¿Lo ves? – dijo riendo la señora Clotilde – ¡así son los niños!
- Mamá – exclamó Alberto con aire solemne – propongo que mañana por la mañana me den también a mí para la merienda una papilla con tomate. La comeré por ti y verás que tu Albertino no le va a la zaga a Arturo en querer a su madre.
- ¡Muy bien! – dijo a su vez el señor Angelo así se vencen tantos tontos prejuicios.

Entonces Guido pidió más pan.

- ¿Y la miga que tienes delante no te la comes? – le preguntó Alberto.

- ¿La miga? – dijo Guido poniéndose rojo – nunca la como, se la doy al perro.

- ¿Por qué?

- ¡Anda! Porque no me gusta, ¿quieres que la coma a la fuerza?

- Estaría bien, querido Guido, que te acostumbraras – dijo dulcemente la señora Clotilde –; ¡si tú supieras cuántas pobres criaturas estarían felices de poder comer el pan que tú desprecias! Y puede ser que mientras tu perro calma su hambre, hay muchos pobres que no pueden hacerlo.

Guido calló mortificado y se comió la miga de pan.

Así la comida llegó a su fin, después los dos niños vinieron a entretenerse un rato conmigo. Pero ya era bastante tarde y además no me sentía muy bien, por eso me llevaron al jardín a una especie de caseta verde en la que no faltaba de nada de lo necesario para hacer feliz y plena la vida de uno como yo. Pero yo me acomodé allí de mala gana, ya que la vida de señorito, el lujo y las ricas comidas no podían, ahora lo veía claro, hacerme olvidar las caricias de mamá y la sonrisa de Marietta.

XI

*¡ME ROBAN!*

El tiempo pasó y mientras tuve que sufrir mil persecuciones del gato que no dejaba escapar ninguna ocasión para ponerse en mi contra y atormentarme. Menos mal que el perro normalmente me defendía, pero ¿qué pasaba? La mayoría de las veces, uno por maldad y el otro por exceso de celo me tiraban de aquí para allá y acababa todo dolorido por mucho tiempo. Cuando podía procuraba estar cerca de la señora o del señorito, pero estos también tenían que despachar sus asuntos o salían o recibían visitas o trabajaban y, en esos casos, entenderéis que la presencia del pobre pollito hubiera sido inoportuna.

¿Qué hacía entonces? Me refugiaba en algún rincón solitario o paseaba por el jardín (obviamente lejos de las pilas) a merced de mis tristes pensamientos.

De comida no tenía ningún problema, gracias a las premuras de Alberto, que, a decir verdad, no me descuidó ni un solo momento y mantuvo escrupulosamente las promesas hechas a mi dueña.

Mientras, había dejado de ser un pollito, ya que mis tres meses ya los había cumplido hacía un tiempo y me había hecho grandecito, espabilado y completamente desenvuelto.

Además, había otra novedad. Ya no estaba solo. Se acercaba a pasos agigantados la Navidad y todos los conocidos del señor Angelo competían: había quien le mandaba un par de tórtolas, otro una pollastra para hacer un puchero, otros una par de capones e incluso hubo quien envió más de un pollo esmirriado de cresta prepotente.

Habrían sido buenos días aquellos de no haber sido por la angustia de mis desventurados compañeros ante el miedo a la

muerte. ¡Pobrecillos! Arrancados a la fuerza de sus familias y tirados allí de cualquier manera en casa de personas desconocidas, eran verdaderamente dignos de compasión. Especialmente uno, un pequeño capón jovencito al que el señor Alberto había puesto el nombre de Cocò, me conmovía, y no poco, su aspecto triste y pensativo. Se veía enseguida que ese pobrecito debía de haber sufrido mucho. Y no me engañaba. Había también un pollo que tenía siempre algo en la cabeza, buen chico ¿eh? Con sus historias, y siempre tenía alguna nueva, nos tenía a todos contentos, a menudo y de buena gana conseguía hacer reír incluso al melancólico Cocò. De morir no hablaba y si alguno le instaba a dar su opinión sobre el tema respondía riendo:

- Morir hay que morir tarde o temprano; es un precio que hay que pagar y no estamos solos ¿sabéis? También los hombres, con toda su soberbia, también ellos tienen miedo. De hecho, nosotros, seamos justos, tampoco es que suframos tanto. Un golpecito en el pescuezo y listo. Mientras que los hombres, pobres, son arrastrados a la muerte por enfermedades muchas veces muy largas que duran años: hay a quien le duele el pecho, a otros la cabeza, a otros los brazos, a otros las piernas, hasta los dientes. A nosotros, hay que estar de acuerdo, el buen Dios nos ha ahorrado estos males y normalmente llegamos al famoso golpe de gracia sanos y frescos como lechugas. Además, eso no es todo, los hombres cuando están muertos apestan como nunca y son tirados para su descomposición como burros o perros. A nosotros, en cambio, nos limpian, lavan y cocinan con esmero y nos llevan a la mesa con magníficas salsas y botellas llenas de buen vino.

- ¡Sí! Pero nos comen – exclamó con tristeza un pichón seco y enjuto a quien se le había muerto pocos días antes la mujer.

- ¿Nos comen? – continuó alegremente el pollo – ¡pues mejor! Señal de que somos buenos para algo incluso después de muertos y este es un privilegio del que los hombres no pueden presumir. Mejor dicho, espera, me equivoco, también a ellos se los comen.

- ¿Quién?

- Los gusanos, sí señor, los gusanos. Ahora bien, que quede claro aquí entre nosotros, me parece mucho mejor ser mordisqueado por los blancos dientecitos de un muchacho que por esos animales asquerosos. Además, olvidaba algo más: ¡cuántos pobres enfermos se sienten mejor y se curan después de



haber tomada una buena taza de caldo rico! Y este caldo es tan rico y sustancial gracias a nuestros cuerpecitos cocinados en una olla. Escuchad bien, si con mi muerte puedo alargar los días de una pobre anciana o procurar un poco de alivio a un enfermo, creo que moriría ahora mismo de buena gana.

- ¡Muy bien! Estos sentimientos te honran – exclamó Cocò –, pero si tu muerte, sin embargo, solo sirviera para satisfacer la gula, y digo la gula, de un sinvergüenza cualquiera ¿morirías con la misma resignación?

- No, por supuesto, pero no me desanimaría y pensaría que gracias a mí ese sinvergüenza pasaría un buen cuarto de hora. Perdona, ¿acaso no es bueno hacer el bien a todos, incluso a quien no lo merece?

- ¡Qué buen muchacho! – exclamó Cocò conmovido – ¡si tú supieras cuánto bien me han hecho tus palabras! Es la primera vez desde la sucesión de desgracias que he pasado que encuentro consuelo en las palabras de mis semejantes.

- ¡Oh, qué bien! Me alegra mucho haberte reconfortado un poco el ánimo. Amigos míos – continuó el pollo dirigiéndose a los presentes – mi última dueña era una mujer gorda y fresca como una rosa, no se preocupaba por nada y si alguien le hablaba de la muerte respondía estas palabras exactas que siempre he tenido en la cabeza: «yo no tengo miedo a la muerte, porque mientras yo esté ella no vendrá y cuando ella venga yo me iré».

Una carcajada espontánea acogió las alegres palabras y durante ese día el buen humor reinó soberano en la conversación entre las aves. Pero para el pobre Cocò esto era solo instantes de alegría, instantes y nada más. El pobre Cocò tenía un gran peso en el corazón y si estaba contento un minuto o dos, se sumía después en una tristeza mil veces más intensa. Una tarde, me acordaré siempre de aquella tarde, faltaba poco para Navidad y en casa había habido todo el día un continuo ir y venir de gente.

Llovía a cántaros y todos mis compañeros estaban muy tristes, los más gordos esperaban la muerte y los otros pensaban en su querida familia de la que habían sido bruscamente separados. El pobre Cocò estaba más triste que nunca. El pollo optimista había intentado animar la conversación en balde, y también en balde había intentado yo hacer reír a la tropa con algunas historietas, fue un esfuerzo inútil.

Finalmente, Cocò, no sé si emocionado por nuestra caritativa intención o incapaz de mantener oculto en su corazón por más tiempo el triste secreto de su melancolía se decidió a contárnoslo todo. Le rodeamos y después de haberse secado las lágrimas que le caían sobre el pico sin parar empezó:

«Amigos míos, hasta hace pocos meses yo era el pollito más feliz sobre la faz de la tierra. Tenía una mamá y una hermanita que me adoraban. De mis primeros dueños no sé nada, porque cuando nos regalaron al señor Biagio yo tenía pocos días de vida. Este señor Biagio, por lo que parecía, era un hombre de buena pasta, era abogado, un tipo de trabajo, por lo que he oído decir, en el que los hombres se desgañitan para defender a ladrones, asesinos y otras personitas similares. Eso era algo bueno porque si el señor Biagio ponía tanto entusiasmo para defender a esos malvados ¿cómo podría hacer daño a pollos inocentes? ¿No os parece?»

Asentimos con la cabeza.

«Por lo demás – continuó el capón – era un hombre pacífico y puntual como nadie; se levantaba a su hora, a su hora volvía a casa y no había nada que lo retrasara ni un minuto. Caterina, así se llamaba la sirvienta, no hacía otra cosa que alabar al señor, ¡cómo no iba a hacerlo! ¿Quién se habría podido imaginar que bajo aquel rostro de luna llena y bajo esos modales campechanos se escondía un corazón de piedra? El señor Biagio nos quería a los tres pero su preferida era mamá y cuanto más se acercaba la primavera, y por lo tanto el día de pascua, las atenciones que el abogado le dedicaba eran tantas que a mi hermanita y a mí nos parecía un poco exagerado, fijaos que mamá ya no comía grano y pan blando, eso era para nosotros, a ella Caterina, por orden del señor Biagio, se entiende, le daba buenas cucharadas de arroz cocido en leche, nueces para ella, almendras para ella; ¿os lo digo o no? Os lo contaré, para que entendáis el pérfido disimulo de él. Mamá, animada por esas zalamerías, se atrevía a coger con el pico directamente de la boca el piñón que el abogado le sujetaba entre los labios y la inocente gallina no tenía la más ligera sospecha de que bajo esos gestos se ocultase un misterio.

En esas, llegó la noche de la víspera de pascua, noche alegre para todos los buenos cristianos, pero funesta para las gallinas, noche atroz, horribilísima. El abogado, antes de irse a la cama, con su gorrito blanco en la cabeza, las zapatillas de estar por casa en los pies y seguido por Caterina que sujetaba el candil en la mano, se acercó al corral donde estábamos los tres sin pensar, jamás de los jamases, lo que iba a suceder allí mismo. Mamá y mi hermana dormían plácidamente, yo fingía y aunque tenía la cabecita debajo del ala veía todo muy bien. El abogado abrió el corral despacio, aferró a mamá que no sospechaba nada y cogiéndola por el cuello la estranguló por encontrarla... demasiado gorda. ¡Traidor! ¡Si la gordura era delito, hace mucho tiempo que deberían haberte estrangulado también a ti! Yo ardía, mi hermana, pobre inocente, seguía durmiendo. Pero cuando se despertó al amanecer y contempló el espectáculo de mamá privada de sus plumas y colgada del escurridor estuvo a punto de desmayarse, a punto de lanzarse al fuego (por suerte a esa hora estaba apagado), a punto de arrodillarse ante el gato de la casa y decirle:

- Tú que me has deseado tantas veces sin conseguirlo, cógeme ahora que es el momento.

Pero pensando después que no habría tenido que decírselo dos veces al gato y sospechándolo también culpable de la matanza de nuestra madre me dijo temblando:

- Deja que vuelva Caterina y verás lo que le digo.

No tuve el valor de sacarla de su engaño, no pude decirle que la perversa criada se había hecho cómplice del asesinato alumbrando al señor y continué llorando quedamente.

Mientras tanto, ¿sabéis qué hizo Caterina? Cogió un cuchillo y destripó a la pobre muerta, parte de las vísceras se las tiró al gato que, agarrado a sus enaguas no hacía otra cosa que maullar, y parte las puso en la artesa. Entonces, como si no hubiera sido ya suficiente tortura, la hirió con más de cien golpes y en los agujeros metió trocitos de jamón y romero.

- Ya lo he entendido todo – me susurró al oído mi hermana –, Caterina, celosa de lo mucho que el señor quería a nuestra pobre madre la ha matado, deja que venga el señor Biagio y verás.

Estaba a punto de responderle para sacarla del error en el que había incurrido míseramente cuando entró en la cocina el

abogado. No se horrorizó, no lloró, no arremetió contra la criada, sino que tomó un espetón, traspasó a la gallina que había sido su predilecta y, dispuesta con muchas hojas de salvia, la expuso sin ningún miramiento a las brasas ardientes del fuego. Yo me quedé como fulminado, jamás habría imaginado una crueldad tan exquisita. Mi hermana, pobrecita, perdió los estribos, abrió las alas, las agitó y después, dando los últimos estertores, expiró. El abogado, se inclinó, recogió el cadáver y dirigiéndose a Caterina exclamó:

- Ha muerto de muerte violenta, así que está sana; nos la comeremos mañana cocinada con guisantes -. Yo me desmayé».

El capón calló como derrotado por esos recuerdos dolorosos. Ninguno se atrevía a decirle nada por miedo a molestar aún más a esa alma desventurada. Pero el pollo optimista, que moriría antes que quedarse callado, se acercó con aire amigable a Cocò y ya estaba abriendo el pico para transmitirle vete tú a saber qué tipo de condolencias cuando sonaron pasos en la grava del jardín. Los señores no eran, eso seguro, porque a esa hora estaban conversando alegremente junto al fuego, los criados tampoco ya que estaban preparando la comida. ¿Entonces?

Nos pusimos unos junto a otros atemorizados, escuchando nerviosos los pasos de los visitantes nocturnos que se acercaban cada vez más. De repente unas manos rudas abrieron el corral y yo estaba a punto de gritar con todas mis fuerzas cuando un vivo resplandor nos cegó colmando todo.

Las mismas manos aprovecharon ese momento y cogieron cinco prisioneros, con sorprendente destreza desaparecieron de nuevo en la oscuridad del jardín. Lectores y lectoras, dejad un momento de leer, sacad un pañuelo y poneos a llorar. Los visitantes nocturnos eran ladrones. El resplandor que nos había cegado lo habían provocado ellos para que estuviéramos callados y entre los prisioneros robados estaba también Cocò y... vuestro amigo.

## XII

### *¡ME VENDEN!*

Ya no recuerdo cuántos ni qué senderos atravesamos, solo sé que fuimos lanzados juntos a una especie de casucha oscura y húmeda, como trapos viejos sobre la tierra desnuda mientras nos deseaban buenas noches con tono de agravio. Ni que decir tiene que ninguno de los tres pudimos pegar ojo en toda la noche, estábamos angustiados pensando en qué nos sucedería al día siguiente que justamente era Nochebuena. Uno se veía ya asado, otro estofado, otro hervido. El pobre Cocò nos aseguraba que había visto en sueños, la noche anterior, a sus queridas difuntas y eso, decía, era signo inequívoco de que la muerte estaba cerca.

No tenía ganas de rebatir esas tonterías y permanecí callado, Callaba, pero mi cabeza estaba en otra parte. Pensaba una y otra vez, triste, en el gallinero donde había nacido, en mamá, en el señor Giampaolo, en ese ángel que era Marietta y un poco en el querido señor Alberto, él también, pobrecito, me quería mucho. ¿Qué estaría haciendo ahora? Estarían durmiendo, seguro, y tal vez los niños soñarían con los caramelos y los juguetes que encontrarían por la mañana. ¿Quién les iba a decir a ellos que el pobre pollito se encontraba en ese momento mortalmente angustiado? Se acordaba además del pollo de Lena, de Tonia, del famoso lacito rojo, y esos recuerdos, dulces y crueles a la vez me arrancaban lágrimas amarguísimas de los ojos.

Así, quiso Dios que se hiciera de día. Nuestra prisión se abrió y dos sinvergüenzas con la cara negra como el carbón nos cogieron de dos en dos y nos ataron las patitas con un cordel. Luego, como si fuéramos un puñado de espárragos nos llevaron boca abajo cogiéndonos por las piernas. Hacía mucho frío, pero el día era bonito. Las tiendas, todas adornadas de fiesta, estaban

abarrotaadas de gente que hacía la compra para el día siguiente. ¡Qué gentío! ¡qué jaleo ¡qué bullicio! Venga a dar vueltas acabamos llegando a unas calles sucias y cutres que escuché que llamaban mercado. Allí sí que había comida en abundancia, tanta que se le haría la boca agua incluso al menos goloso. No faltaba nada: quesos frescos, fruta dulce, granos de todo tipo, magníficos pajaritos pelados, selectos vinos y un corral que enamoraría a cualquiera excepto a mí.

- ¡Pero qué pollos, qué estupendos capones! – gritó de repente el que me llevaba con un vozarrón que me inquietó.

- ¿Y ahora que se le pasa por la cabeza para elogiarnos así? – pensé – ¿se habrá vuelto loco?

- Mírenlos, señores, ¡qué buenos pollos, qué fantásticos capones! – continuaba el traidor.

Lo entendí entonces y me puse a temblar. El ladrón llamaba la atención sobre nuestras cualidades no con la intención de adularnos, como había creído, sino para encontrar compradores. ¡Vergonzoso!

En eso se acercó una criada con una gran cesta en el brazo de la que asomaba una buena pata y un puñado de espinacas.

- ¿Cuánto quiere por este capón? – dijo ella señalando al pobre Cocò que me miraba desesperado.

- Cuatro liras<sup>56</sup> y hará una buena compra.

- ¡Por Dios! ¿pero cree que me voy a dejar robar así?

- ¿Cuánto me daría entonces?

- Tres liras y ya está bien.

- Es poco, pero venga, total, para empezar, no está mal.

Y Cocò fue vendido, ¡Pobre Cocò!

- Señores, tengo un pollo tan tierno que se deshace en la boca. ¡Baratooooo! ¡baratooooo! ¡barato!

Se acercó un hombrecillo gordo, con unas gafas azules y un gran paraguas de tela bajo el brazo.

- Veamos a vuestro pollo – dijo dirigiéndose al que me llevaba.

- El desgraciado me exhibió y yo enseguida establé amistad con mi futuro comprador dándole un picotazo en el dedo pulgar.

- ¡Ay! ¿Y cuánto pides?

- Pongámonos de acuerdo, señor.

---

<sup>56</sup> Cf. nota 42.

- Dime tú cuánto pides.  
- Deme dos liras y media. ¿Le parece bien?  
- ¡Ni hablar! Estará de broma para pedir dos liras y media por este esqueleto. ¡Está seco y delgaducho!  
Así que no dudé en volver a picotearlo.  
- ¡Ay, ay! Además, este animal está endemoniado.  
- Le diré, señor, que no come desde hace tiempo y por eso...  
- La toma con mis dedos, ¿no? ¡Vamos, hombre! Terminemos ya con esto que tengo prisa y me espera Masino en casa... ¿cuál es tu último precio?

- Ya le he dicho...  
- No, no, es caro. Te doy una lira y ochenta céntimos y el pollo está más que pagado. ¿Vale?  
- De verdad, no puedo... créame, me ha costado más a mí; yo lo he engordado con arroz y nueces como a los pavos, ¿sabe? Pero bueno, dejémoslo así. Total, para empezar...

Era la segunda vez que el embustero repetía la misma historia. Me desató y me entregó a mi nuevo dueño que me cogió entre los brazos con la delicadez con la que habría cogido a un niño. ¡Pobre hombre! Es cierto que las apariencias engañan, y yo que lo había picoteado una y otra vez.

- Quiera Dios – me dije a mí mismo – que una vez que lleguemos a casa ya no se vuelva a acordar.

Volví a pasar, aunque de modo mucho más cómodo que la primera vez, algunas de las calles que ya conocía y después de haber recorrido en toda su longitud una agradable avenida franqueada por elegantes edificios nos paramos delante de una casita con una gran cancela de hierro.

El hombre llamó insistentemente al timbre con una impaciencia que revelaba que era el señor de la casa. Salió a abrirle una bella señorita vestida un poco de cualquier manera, pero con escrupulosa pulcritud.

- ¡Anda, gandul! – dijo ella sonriendo – el café y la leche de tanto hervir se han consumido. Y encima, el buena pieza de Masino que no quiere ir a la escuela hasta que no vea tus compras.

- Bueno, bueno – dijo sonriendo mi dueño – ¿y dónde se esconde este señorito?

- ¡Aquí estoy, papá! – exclamó una vocecita y poco después apareció un chiquillo despierto de la edad del señor Alberto.

Entramos en casa, en una cálida habitación baja donde estaba encendida una estufa. Me pusieron en el suelo.

- Con un par de libras<sup>57</sup> de puchero, este pollo hará un caldo excelente – exclamó el señor mirándome con satisfacción.

Ante esas palabras Masino se inclinó hacia el suelo y me cogió por el cuello con una cara... con una cara que me reconfortó.

Se puso a acariciarme y mientras con la manita delicada me alisaba las plumas dijo:

- Papá – preguntó sonriendo – ¿los regalos de Navidad me los ha comprado?

- No, mi niño, porque habría llegado muy tarde: habrá tiempo esta tarde cuando vuelva de la oficina.

- Disculpe, papá, ¿cuánto tiene idea de gastarse conmigo?

- ¡Ah, curioso! ¿y por qué le importa, si se puede saber?

- ¡Venga, papá! Sea bueno y dígame cuánto se gastaría...

- No sé, ¿veinticinco o treinta liras? Quiero hacerte una chaquetita de paño y un sombrero de esos que se llevan ahora, con el ala levantada, te compraré además algún juguete: un caballo o una escopeta... Ya veremos.

- Escuche, papá, querría proponerle algo, pero no me grite.

- Venga, siempre que te des prisa, que es tarde.

- Yo, de la ropa y del sombrero, podría prescindir perfectamente; tengo los del año pasado que todavía están bien... ¿no, mamá?

- No están mal, pero...

- Pero ya no se llevan, quiere decir, ¿verdad? Sin embargo, a mí no me importa nada eso de ir a la moda, yendo limpio y gustando a ustedes ya estoy más que contento; así que yo preferiría que no se gastaran el dinero en eso; por lo que respecta a los juguetes...

- Esos sí que los quieres, ¿no? – preguntó sonriendo el papá.

- ¿A usted le parece – continuó el muchacho alzándose sobre la punta de los pies – que yo soy un niño de juguetes? ¿No ve lo grande que estoy? Más que distracciones, lo que necesito es estudiar.

---

<sup>57</sup> Medida de capacidad usada antiguamente que equivalía a un valor diferente dependiendo de la región o del país. En Italia equivale a un tercio de kilogramo aproximadamente.



- ¿Entonces? – exclamaron los padres sorprendidos – ¿no quieres nada?

- De hecho, lo quiero todo... – respondió Masino riendo alegremente.

- No hay quien te entienda – dijo el padre levantándose con un poco de impaciencia –, como no te expliques mejor...

- Pues me explicaré. Papá, usted conoce bien a Maria la viuda, ¿verdad? Esa que tiene un niño de mi edad.

- Cómo no la voy a conocer, vive al lado...

- Pues bien, esa pobre mujer se enfermó hace unos días y no pudo entregar al mercero la docena de camisas que cose semanalmente. Ahora se ha recuperado un poco pero no se tiene en pie de la debilidad y no tiene dinero para comprarse un poco de carne, además, su hijo Paolino no tiene zapatos y ayer, con este frío, estaba descalzo, papá. Así que es obvio lo que haría. Me gustaría darle unas liras a Maria, para que se recuperase, y un buen par de zapatos a Paolino para que dejara de sufrir. A usted le da lo mismo gastar el dinero en una u otra cosa. Yo, ¿qué quiere? los regalos no me aprovecharían pensando que en la casa de al lado hay criaturas que padecen todo tipo de necesidades... ¿qué me dice, papá?

- Yo digo que eres un ángel, Masino – exclamó enternecido aquel afortunado padre, abrazando al hijo una y otra vez –. Y no solo ayudarás a Maria, sino que la invitarás a celebrar la Navidad con nosotros, a ella y a su hijo. Pobrecitos, así estarán un poco más alegres. Además, a ti te quiero hacer aún un regalito.

- Y lo acepto, papá – respondió Masino saltando por la habitación –, lo acepto a condición de que me deje elegirlo a mí.

- A ver.

- Regáleme este buen pollo, con la promesa de no matarlo nunca jamás.

- Está bien, ¿dónde lo quieres poner?

- En la cocina y, de día, cuando haga buen tiempo, lo dejaremos pasear por el jardín.

- No hay problema – respondió el padre muy contento –. ¿Algo más?

- ¿Usted cree? Estoy como unas pascuas y me voy corriendo a la escuela. Hasta luego.

Y el querido niño, después de haber besado a sus padres que lo miraban emocionados, salió rápidamente de la habitación con cartera bajo el brazo.

La señora Carolina, que así se llamaba mi nueva dueña, me dio las más cariñosas atenciones y desde ese momento, lo digo muy feliz y dando gracias al Señor, comenzaron los días más tranquilos de mi vida de aventuras.

## CONCLUSIÓN

Las fiestas de Navidad pasaron alegremente y Masino se mostraba conmigo tal cual me había parecido desde el primero momento en el que lo conocí, es decir, bueno y educado.

Me angustiaba, sin embargo, no saber qué sería de mis anteriores dueños y quién sabe lo que habría pagado con tal de descubrirlo. El buen Dios se dignó a escucharme antes de lo que creía, así fue lo que pasó: el día de Año Nuevo había habido en casa un gran ir y venir de gente y hacia las seis, cuando los señores estaban a punto de sentarse a la mesa el sonido del timbre nos anunció una nueva visita. La criada fue a abrir y al cabo de dos minutos adivinad, niños, a quién vi entrar en la sala. Nada menos que a la señora Clotilde y a Alberto, el mismo Alberto en carne y hueso. Al principio no me vieron concentrados como estaban en prodigarse todo tipo de palabras cariñosas, pero cuando se sentaron y yo fui a picar un poco la botita del querido Albertino, este dio un grito de sorpresa y girándose hacia la señora Clotilde exclamó:

- Mamá, ¡mire! ¿No es este nuestro pobre pollito?

- Claro que sí – respondió enseguida la señora agachándose y cogiéndome en el regazo – es él, lo reconozco.

Dirigiéndose entonces a los padres de Masino que la miraban sorprendidos dijo:

- ¿Quién os ha dado este animalito, amigos míos?

- Lo compré el día de Nochebuena en el mercado – respondió el señor.

- Y, perdone, ¿a quién se lo compró?

- Pues a una especie de campesino que, con toda franqueza, tenía una gran cara de granuja.

- Ahora lo entiendo – exclamó la señora juntando las manos – ¡era el ladrón!

- ¿El ladrón? – preguntó sorprendido el papá de Masino – pero ¿qué está pasando aquí?

- Sepa usted – añadió la señora –, que el día antes de Nochebuena nos robaron cinco pollos entre los que se encontraba este, los ladrones los habrán vendido y esto explica toda la historia.

- ¡Cuánto lo siento! – dijo completamente afligida la señora Carolina – por suerte podremos devolverles al menos uno.

- Pero ¿cómo cree? – interrumpió Alberto – el pollo lo han comprado ustedes y les pertenece; además, me he dado cuenta de cuánto lo quiere Masino, ¡cómo iba a querer quitárselo!

Masino, de hecho, me miraba con cariño, pero después de cruzar una rápida mirada con sus padres respondió amablemente:

- Alberto, el pollo es tuyo y lo recuperarás.

- No lo quiero – añadió Alberto con amable obstinación.

A saber cuánto habría durado esa competición de amabilidad y buen corazón si la señora Clotilde no la hubiera cortado con esta frase:

- El pollito se quedará con Masino, pero Masino tendrá que hacernos un buen regalo a Alberto y a mí y este regalo consistirá en venir a pasar el día de Reyes con nosotros.

Después de estas palabras todos aplaudieron con alegría y se pusieron a hablar de otra cosa. Después de media hora, cuando Alberto y su querida mamá estaban a punto de despedirse, la señora Carolina les preguntó:

- ¿Y qué ha sido de vuestros granjeros de Vespignano? ¿Están todos bien?

- Muy bien – respondió la señora Clotilde –, de hecho, ayer recibí una simpática carta de Marietta, la niña siempre ha sido buena y cariñosa, ya que fue ella quien regaló este pollito a mi Alberto, cuando le escribamos le diremos a qué manos ha ido a parar y estoy convencida de que esta noticia le gustará mucho. Ahora, queridos, os despido y nos vamos que es tarde.

Y después de estrechar las manos a mis dueños, la señora y el señorito salieron. Yo me quedé un poco triste, pero el placer de haber vuelto a verlos y de haber tenido noticias de Marietta disiparon pronto mi nostalgia y volví a ser el pollito despierto que había sido siempre.

El recuerdo que nunca me ha abandonado y que no me dejará mientras viva es el de mi pobre madre a la que no volveré a ver. Cuando pienso que algunas veces ha estado mal por mí, cuando pienso en todas las desazones que le he provocado se me parte el corazón de dolor y arrepentimiento.

¡Pobre mamá! Muchas veces me parece verla y escuchar su dulce y querida voz. Es verdad que en esta casa no me falta de nada, todos me quieren y no tengo que estar siempre alerta contra las persecuciones de perros o gatos; pero tengo que decíroslo, es como lo siento, queridos lectores. Volvería a padecer esas angustias e incluso hambre con tal de volver a ver a mis compañeros, mi gallinero y mi mamá.

- Querida mamá – me gustaría decirle – aquí me tienes de regreso, pero ya no soy como antes ¿sabe? No tenga dudas que he vivido la vida de la ciudad. En las casas de los señores se comerá mejor y tendremos más lujos, pero la paz que se disfruta en el campo allí no se encuentra y usted, cuando me hablaba del ratón de campo, tenía toda la razón; ahora que los disgustos me han enseñado el verdadero aspecto de las cosas y me han enseñado a ser bueno, modesto y sin soberbia, esté tranquila, mamá, que los errores del pasado no los volveré a cometer.

Esto es lo que me gustaría decirle a mamá, pero – ¡pobre de mí! – no puedo. Todo lo que puedo hacer es rezar al buen Dios para que le conserve la salud y haga que, de vez en cuando, ella piense con ternura en su hijito que está lejos.

Lectores y lectoras, mi labor termina aquí.

Sin embargo, antes de dejaros quiero daros algunas advertencias que podrán seros de utilidad. Queréd mucho a vuestros padres y pensad que nunca encontraréis mejores amigos que ellos. Obedecedles en todo y para todo y si os prohíben trabar amistad con tal o cual niño, hacedles caso, no tratéis de indagar las razones que los llevan a actuar de ese modo y convenceos de que ellos no desean otra cosa que vuestro bien.

Recordad lo que me sucedió por culpa del pollo de Lena. Si alguien os ofende injustamente no penséis nunca en vengaros, porque la venganza es lo más feo de este mundo, de hecho, si se os presenta la oportunidad de ser amables con la persona que os ha ofendido, hacedlo con alegría y el Señor os bendecirá.

No molestéis a los animales ni le cojáis gusto a verlos sufrir; el corazón se vuelve insensible, cruel y el niño que ha matado un pichón o ha picado los ojos a un pajarito será muy capaz, cuando crezca, de peores fechorías.

No seáis vanidosos; estad contentos con la vida que os ha dado el Señor y pensad que es rico quien está satisfecho de lo que posee. Sed caritativos, para ello no es necesario tener mucha fortuna, un céntimo dado con amor, una buena palabra o un consejo afectuoso valen más que las más abundantes limosnas y pueden hacer muy feliz a quien los recibe.

Y ahora, adiós, queridos niños. Quién sabe si volveréis a hablar de mí; pero para no teneros en ascuas sobre mi futuro, os diré que tengo la seguridad de que moriré de viejo y que esta seguridad la tengo porque he escuchado a Masino diciéndole las siguientes palabras a Alberto:

- Sí, amigo mío, a tu pollo nunca lo matarán y terminará sus días en paz.

Por lo tanto, lo único que me queda es haceros una buena reverencia acompañada por un largo y ruidoso quiquiriquí.

SEGUNDA PARTE

CÓMO FUE A TERMINAR  
EL POLLITO





## I

## UNA VISITA

Y el coche, después de haber recorrido rápidamente la parte occidental de la plaza del Duomo, vía Martelli y vía Cavour, desembocó en la avenida Principe Amedeo<sup>58</sup>. Allí aminoró un poco la marcha y el cochero comenzó a mirar atentamente todas las casas y edificios que se extendían a la izquierda hasta el antiguo cementerio de los ingleses<sup>59</sup>. De repente, un simpático rostro de señora se asomó por la ventanilla del coche y una dulce voz ordenó:

---

<sup>58</sup> En Florencia las grandes avenidas fueron construidas en su mayoría durante la época en la que la ciudad era capital de Italia. En aquel momento casi todas recibieron el nombre de miembros de la familia real de los Saboya. Después de la Segunda Guerra Mundial se tomó la decisión de cambiar el nombre de estas calles y dedicarlas a personajes heroicos de la Resistencia. Así, por ejemplo, la avenida Principe Amedeo tomó el nombre de Giacomo Matteotti, político y periodista italiano que luchó contra el fascismo de Mussolini y fue secuestrado y asesinado en 1924.

<sup>59</sup> El Cementerio de los Ingleses se encuentra ubicado en la Plaza Donatello, en una zona completamente integrada hoy en la ciudad pero que en la época de su construcción estaba fuera de las murallas, en la parte externa de la desaparecida puerta de Pinti. En 1827 la Iglesia Evangélica Reformada suiza compró ese terreno para poder enterrar en él a los no-católicos y no-judíos que sólo podían ser enterrados en Livorno. Pretendían realizar un cementerio internacional y ecuménico que incluyera también a los rusos y a los griegos ortodoxos. El nombre de inglés vino dado porque todo protestante era conocido con este apelativo en la ciudad. El cementerio pudo ser utilizado hasta 1877 ya que, con las reformas urbanísticas acometidas en la ciudad, este había quedado ahora dentro de ella. A partir de este momento las comunidades no católicas pudieron utilizar el cementerio evangélico de Allori. Cuando Ida Baccini escribe la segunda parte de las *Memorias de un pollito*, en 1898, el cementerio había dejado de utilizarse hacía más de dos décadas, por eso, probablemente, lo define como “el antiguo cementerio de los ingleses”.

- ¡Para!

El cochero se bajó del pescante y ayudó a la señora a bajar.

- ¿Ya estamos? – preguntó tocándose el sombrero.

- No lo sé, como te he dicho antes, no recuerdo el número de la casa. Hace muchos años que no vengo por aquí. Es más fácil que me oriente a pie, mirando tranquilamente. Tú sígueme.

Aunque no hubiera tenido que reconocer una casa concreta habría mil razones para que la señora prefiriera las propias piernas a la carroza.

Era una espléndida mañana de primavera, una de esas mañanas fabulosas, en las que todo es azul y huele de maravilla, de las que solo pueden sonreír a Florencia. El aire era tan límpido, el cielo tan puro y azul, que se habrían podido contar una a una las tiernas hojitas de las que estaban cubiertos los árboles de la avenida. Las casas, los palacetes y hasta las edificaciones de apariencia más humilde parecían exultantes bajo la tibia caricia de los rayos dorados del sol; había un gorjeo, un zumbido festivo, un susurro suave por el tímido viento entre la fronda renovada.

La señora pisaba la grava con sus finos zapatos de piel y farfullaba mirando atentamente los números de las casas:

- Uno, tres, cinco, siete... ¡No llegamos! La casa del *Pollito* debe ser de dos plantas y tener terraza y una puerta de cristales de colores... Vamos a ver: si esa puerta estuviera medio abierta, reconocería el jardín. A la izquierda debería estar la caseta del perro, a la derecha una estatuilla de Baco... a ver... ¡Ah! ¡Aquí estamos! Hay un cartelito de latón: Gennarelli. ¡Es él!

Se paró apretando durante bastante tiempo un timbre eléctrico que difundió por toda la casa su vivo sonido. Poco después, se abrió una de las puertas laterales del recibidor y apareció en el vano un jovencito de unos dieciocho años de aspecto abierto y leal. Tenía un sombrero en la cabeza y libros en una mano, como si estuviera a punto de salir, pero en cuanto vio a la señora hizo un gran gesto de sorpresa y se descubrió la cabeza.

- Perdone – dijo la señora enseguida animada por esa acogida silenciosa y amable – ¿vive aquí la señora Gennarelli?

- Sí, señora, pero ahora mismo está fuera. Si puedo ayudarla yo...

- Y usted, disculpe, ¿es tal vez de la casa?

- Soy el hijo de la señora Gennarelli...

- ¡Usted! – dijo impetuosamente retrocediendo dos pasos – ¡Usted es el pequeño Masino!

- No puedo decir que sea Masino el grande – respondió bromeando el joven sobre cuyo labio superior asomaba una pelusa dorada – pero es un hecho que soy Masino. Pase, por favor... – añadió abriendo la puerta e invitando a la señora a entrar – hablaremos más cómodamente en el salón.

La señora le hizo un gesto al cochero para que la esperara y siguió al jovencito por una agradable galería adornada con flores y cuadros que desembocaba en un pequeño salón decorado con gusto moderno.

- Ahora me toca a mí decirle mi nombre y las razones por las que he venido a importunarle...

- Usted no necesita decirme su nombre – la interrumpió Masino inclinándose – ¿No es usted la señora Ida Baccini? ¿la señora que ha escrito tantos libros para niños y a quien todos los niños quieren como a una mamá?

- Señor Masino, usted es de una exquisita amabilidad, y eso, naturalmente, me incentiva a explicarle la razón...

- ¿A qué se debe el honor de su visita? Sea por lo que sea, bendita sea.

- Muchas gracias. Escuche, usted recordará que hace ya muchos años publiqué las *Memorias de un pollito*.

- Claro que me acuerdo. Y le daré además una noticia que le gustará mucho: el protagonista de esas *Memorias* se encuentra aún hoy aquí y está vivo.

A la señora se le puso la cara roja como una rosa de mayo y fue tanta su emoción que los ojos se le empañaron por las lágrimas.

- ¡Vive! – repitió con voz temblorosa -. Usted no lo sabe, querido señor...

- Por favor, me llamo Masino.

- Querido Masino, usted no sabe qué alegría tan profunda me inunda el corazón.

- ¡Oh, señora! Eso honra su buen corazón.

- Y también un poco a mi egoísmo. ¿Usted sabe que yo debo el poco nombre que me he hecho al *Pollito*? Créame que para mí fue una gran suerte encontrarme con aquel animalito que quiso confiarme la publicación de sus *Memorias*.

- Pero usted ha escrito otros muchos libros en los que habla de buenos hombres, mujeres ilustres, niños educados...

- Todas buenas y cosas bonitas, querido Masino, pero el público ha preferido antes que todos esos libros las *Memorias de un Pollito*...

- Tal vez porque las cuenta un animal. Estoy de acuerdo con que el caso es bastante raro.

- No lo crea, joven amigo. Hoy en día los libros para niños están todos o casi todos hechos por animales... Usted no echa un vistazo al escaparate de un librero sin encontrar la *Historia de una familia de ratones* contada por ellos mismos, *Vida de un Gatto*, las *Memorias de un grillo*, la *Autobiografía de un monito*.

- Tiene razón. ¿Y entonces cómo se explica?

- En algunos casos es mejor no explicarlo. Si el público prefiere a los animales, sus buenas razones tendrá.

- Mientras, escuche, yo recibo a diario montones de cartas en las que cientos y cientos de niños me preguntan cómo fue a terminar el pollito, si está vivo, muerto, si todavía vive aquí, en definitiva, demandan información. Como puede imaginar, yo me he mantenido en un prudente silencio hasta ahora, porque la idea de molestarle o a sus padres me preocupaba. Finalmente me he armado de valor y aquí estoy. ¿Así que el *Pollito* vive?

- Vive, pero supondrá que ya no es un pollito; es más bien un pobre gallito viejo de salud delicada...

- ¡Oh! Pobrecito. Dígame, ¿sigue escribiendo? ¿Continúa con la costumbre de relatar sus vivencias?

- Señora mía, quien quiera curarse de una manía, que le pida a Dios no tenerla... El pobre no se ha cansado jamás de escribir, tanto es así que hace unos días, al sentirse peor de lo normal, entregó la segunda parte de sus memorias a mi madre...

- Y su madre – pregunté temblando – ¿qué ha hecho con esas *Memorias*? Espero que no las haya destruido.

- ¿Cómo cree? Están guardadas diligentemente en la cómoda y si usted quiere llevarlas a imprimir, mamá estará encantadísima de ponerlas a su disposición.

- No tengo palabras para agradecersele. Y... – añadió la señora tímidamente – ¿estaría abusando de su amabilidad si le pidiera que me dejara entrevistarme con el *Pollito*? Disculpe si lo llamo

así, pero el *Pollito* es como un hijo para mí y usted sabe bien que para las mamás un hijo es siempre un niño.

- ¡Tiene razón! También mi madre, cuando habla de mí, se olvida casi siempre de que ya tengo diecinueve años y hago segundo de medicina y me llama aún «el niño». Pero venga a ver a nuestro viejito. Con su permiso, voy delante para indicarle el camino.

Y Masino se puso en marcha, seguido por la señora Ida Baccini, hacia la puerta de cristales de colores que daba al jardín.



¡Cuántas ideas le bulleron en la mente a la amable señora durante el breve trayecto!

Volvió a ver al *Pollito* niño cuando vivía en Vespignano, en el valle de Mugello, bajo la protección de Marietta. Se le representaron delante, como en una visión fantástica, las figuras de Lena, Tonia, Geppino, Giampaolo, Alberto y de la señora Clotilde. Le pareció volver a ver aquel campo rico de mies y árboles frutales, donde el *Pollito* había vivido tantas aventuras, donde una sabia y amorosa madre le había dado todo tipo de buenos consejos.

¡Ay de mí! Habían pasado muchos años, del jovencito despierto, entusiasta y despreocupado no quedaba más que un débil cuerpecito de gallo envejecido. Así es la vida, también para los pollos.



- ¡Señora, aquí está nuestro amigo! – Y Masino con el índice extendido señaló a un gallito desplumado, enjuto, que estaba al sol con los ojos medio cerrados.

- ¿Cómo lo llaman? – preguntó la señora Ida con voz temblorosa por la emoción.

- Cocò, señora.

- Claro, el pobre después de tanto tiempo ya no me reconoce. Intente presentarme y refrescarle un poco la memoria.

- Con mucho gusto. Cocò – dijo Masino en voz alta acercándose al gallito y acariciándole el lomo –, ha venido una señora que te quiso mucho, hace años, cuando eras joven...

- Cosas que suceden – respondió melancólicamente el gallito abriendo un ojo – ¿Quién es? ¿La señora Clotilde?

- No, es otra...

- ¿Y quién puede ser? Señoras, en mi vida, he conocido poquitas, así que no sabría.

- Pero ingrato, ¿ya no te acuerdas de la amable señora que mandó imprimir tus *Memorias* y te dio a conocer en toda Italia?

- ¡Ah! La señora Ida Baccini, me acuerdo perfectamente. ¿Cómo podría olvidarla?

Y abrió los dos ojos.

- ¡Oh! ¡Cómo ha cambiado! – exclamó con profunda tristeza – ¿Quién reconocería en esa pálida y triste señora a la jovencita lozana de hace tantos años?

- ¡Calla! – le interrumpió Masino – no se dicen esas cosas a las señoras.

- Entiendo... – dijo el gallito abriendo las alas al sol – entiendo que la verdad es buena solo para los pollos...

La señora Baccini sonrió y por cambiar el rumbo de la conversación le dijo al gallito:

- Me he enterado por Masino que has escrito la continuación de tus *Memorias*.

El escritor se levantó erguido, sacudió la cresta con aspecto orgulloso y respondió mientras sus ojitos brillaban como dos luceros:

- Efectivamente he continuado escribiendo, pero pensando que usted no se acordaría de mí entregué el manuscrito a la señora Carolina.

- Mi madre se lo entregará – exclamó Masino dirigiéndose a la señora.

Esta sonrió asintiendo y acariciando al *Pollito* con su mano que cubría con un guante dijo:

- Adiós, amigo – espero que nos volvamos a ver pronto.

- Mamá estará contenta de recibirla, señora – dijo Masino –. Nosotros estamos en Florencia hasta el diez de julio y en cuanto termine los exámenes nos vamos al campo...

El gallito alargó el cuello prestando mucha atención.

- ¡Ah! – exclamó la señora – van al campo. ¿Y dónde? Si puedo preguntarlo.

- No puede imaginárselo. ¿Se acuerda del señor Angelo y de la señora Clotilde? ¿Los padres de Alberto? Ese Alberto que fue dueño de Cocò.

- Claro que me acuerdo.

- Tenían y aún tienen la casa en Vespignano, en el valle de Mugello...

El gallito alargaba cada vez más el cuello.

- Pues bien, nosotros hemos comprado una finca al lado de la de nuestros amigos y pasamos allí las vacaciones. Alberto y yo vamos de caza y nos divertimos.

La señora se había quedado pensativa y hacía dibujos sobre la grava con el bastoncito de su parasol.

- ¡Curioso destino! – exclamó –. Y, naturalmente, cuando se vayan dejarán aquí a Cocò confiado a alguna persona del servicio.

Masino se echó a reír.

- ¡Calle, calle! – dijo – ¿Sabe que se nos ha ocurrido una idea muy buena a mamá y a mí?

El gallito se acercó al joven y se puso a picotearle furiosamente la punta de los zapatos.

- ¿Cuál? – dijo la señora Baccini.

- Llevarnos a Cocò con nosotros para que vea su pueblo natal, a su primera dueña...

- ¿A Marietta?

- La misma. Y también a la buena de Tonia, Giampaolo, Geppino...

El gallito intentó lanzarse a los brazos de Masino pero no le dieron las fuerzas y prorrumpió en un quiquiriquí que era todo un poema de gratitud y ternura.

- ¡Pobre animalito! – dijo la señora Baccini secándose los ojos – ¿Y todavía hay quien dice que los animales no tienen inteligencia? Con lo vivo y sentido que es en los pollos el amor a la patria.

Hubo un breve silencio.

La señora, después de haber hecho una nueva caricia al *Pollito*, se despidió amablemente del joven que la acompañó hasta el coche diciéndole:

- Un día de estos, mamá y yo, iremos a llevarle la continuación de las *Memorias* de Cocò.

Efectivamente, no había pasado más de una semana cuando la señora Ida Baccini recibía el manuscrito y se lo entregaba al impresor.

Y así fue cómo, niños, ha sido posible para vosotros continuar el relato que hizo las delicias de vuestras mamás y que os explica *Cómo fue a terminar el Pollito*.



//

*MI PRIMERA NOVIA*

Después de los buenos tiempos pasados en el lugar que me vio nacer, con la más querida y amada de las mamás, tengo que confesar que el periodo más feliz de mi existencia lo he pasado en esta acogedora casa, entre las atenciones de la señora Carolina y las cucharadas de menestra que me ofrecían amablemente bien el bueno de Masino, bien su padre, que, si bien parecía un poco rudo en los modales y el aspecto, era el hombre más caballeroso que he conocido nunca. Quien dice señor Teodoro Gennarelli dice honestidad y buen corazón. No se me recluyó en un corral, no pusieron límite a mis paseos. Era dueño de todo el huerto, incluso de la parte de terreno cultivado en el jardín. Es cierto que yo no abusé jamás de esa bondad y la conciencia no tuvo que remorderme por haber picoteado una col o estropeado una planta.

Hay que decir que desde pequeño he mostrado siempre respeto a las creaciones del buen Dios y nunca he aguantado a los chicos que, con la excusa del barullo o de la despreocupación estropean las flores, la fruta o los nidos. Para mí arruinar una rosa, tirar un arbolito joven, molestar a un animalito inocente son faltas que habría que castigar con el látigo.

Así que, vivía una vida feliz cuando, una tarde, al caer el sol, vi entrar en el jardín a la señora Carolina acompañada por una viejecita encorvada que no hacía más que toser y masticar pastillas.

- Yo también – decía la dueña – me encuentro un poco mal de un tiempo a esta parte. No me tengo derecha y me paso el día con mareos frecuentes.

- Todo es efecto de la debilidad – replicaba la viejecita –, debe seguir mi tratamiento: mucha leche y sorber huevos.

- ¡Es tan difícil encontrarlos frescos! – suspiró la señora Carolina.

- Pues coja una gallina, así estará segura de que son frescos. Veo que tiene ya un gallo – continuó mientras me miraba – así que nada más fácil que poner un gallinero y tener huevos frescos todos los días.

- ¡Pobre Cocò! – dijo mi dueña agachándose y cogiéndome por el cuello – ¿Qué dices? Quieren buscarte esposa.

No creí conveniente responder, pero confieso francamente que la idea de una compañera con la que compartir las alegrías y las penas de la vida no me disgustó.

- Si se decide a aceptar mi consejo – siguió la viejecita –, mañana por la mañana le mando una gallina joven.

- Y yo la recibiré con mucho gusto – exclamó riendo la señora Carolina. Y dejándome en el suelo añadió: - Así que, contento, Cocò. Mañana vendrá tu novia.

Las dos señoras se alejaron y yo me quedé solo en el huerto, al pálido resplandor de las primeras estrellas que empezaban a titilar en el suave azul de un precioso cielo de primavera. No sé el porqué, mi imaginación voló hasta mamá y nuestras preciosas noches típicas en Mugello perfumadas y misteriosas.

- ¡Dios mío! – pensé – si es vuestro deseo que yo tenga una compañera, haced que se parezca a la virtuosa gallina que me dio la vida y se las arregló para educarme honesto y bueno.



Cuando Fanny apareció en el huerto en brazos de Masino no pude contener un quiquiriquí de alegría por lo agradable y hermosa que me pareció. Imaginaos una pequeña gallina de plumas azuladas que al sol cogían todos los reflejos del arcoíris, con una pequeña cresta de coral y un par de ojitos vivarachos y despiertos.

- ¡Aquí tienes a tu compañera! – me dijo el dueño presentándome a Fanny. Y dirigiéndose a ella añadió:

- Este es Cocò, un buen gallito, educado, que ha visto mundo y que podrá ser una óptima compañía para ti. Procurad ser buenos, llevaros bien y no daros disgustos.

Y una vez que dejó en el suelo a mi futura Eva, Masino se fue a sus asuntos.

Entre dos personas que se ven por primera vez hay siempre mucha frialdad. No se sabe qué decir, y el temor a que se escapen tonterías o comentarios demasiado normales no contribuye ciertamente a hacernos más desenvueltos.

Fanny estaba callada, miraba distraídamente, así me pareció, una lombriz que aparecía y desaparecía de un agujerito del suelo; digo distraídamente porque no creía que en ese momento se le estuviera pasando por la cabeza el desayuno. Solo por decir algo nuevo que le causara a la joven novia una buena opinión sobre mi agudeza exclamé:

- ¡Qué buen día... para nosotros!

La gallina escondió precipitadamente la cabeza bajo el ala derecha, no por timidez, sino para liberarse de un piojillo que la atormentaba; esta operación, durante la cual yo no sabía muy bien qué actitud adoptar, duró dos buenos minutos, al cabo de los cuales Fanny volvió a mirar la lombriz que seguía con las mismas maniobras en su agujero.

- ¡Qué tímida es! – pensé. Y dije en voz alta: – Espero, señorita, que usted se encuentre bien en este paraíso. Yo vivo aquí desde hace cuatro meses y puedo asegurarle que...

No pude seguir. Mi novia saltó sobre la lombriz, la cogió delicadamente con el pico y se la comió con visible satisfacción, mientras me miraba de soslayo maliciosamente con ojos despiertos. ¡Nada de timidez! Ni siquiera se había planteado preguntarme si quería. El hecho, lo digo de verdad, me pareció bastante decepcionante y aplacó en buena medida el entusiasmo propio de mi edad. Los pollos no son tan diferentes de los hombres en ciertos aspectos. Un rostro bonito gusta, seduce, predispone a la comprensión: pero cuidado si no va acompañado de amabilidad y buenos modales. Toda la simpatía se esfuma en un ay. Pero mi condición de gallito y de anfitrión me obligaron a esconder la mala impresión que me había llevado. Con la mayor amabilidad posible le dije a Fanny:

- La señorita tiene apetito.

- Ya lo creo – respondió vivarachamente – y si usted me hiciera el favor de llevarme a algún lugar donde haya comida me haría un verdadero regalo.

- Por supuesto. Es mi deber.

La llevé hasta mi elegante corral de madera blanca donde, en un espacio relativamente pequeño, se encontraban todas las comodidades: agua fresca, palos en los que encaramarse, licor anisado para facilitar la digestión y un gran cazo de trigo y migas de pan blanditas.

- ¡Sírvasse! – le dije a Fanny señalando el cazo.

Mi novia metió el pico pero lo levantó enseguida diciéndome con tono de desprecio:

- ¿Pero qué porquería es esta?

- Es una comida excelente – respondí avergonzado –; no entiendo que no le guste. Yo estoy más que satisfecho.

- ¿Ah, sí? Puede ser. He oído decir que usted es medio campesino, así no entiende de buena comida.

Sentí que la cresta se convertía en una llama por la rabia contenida.

- Y usted – respondí temblando – ¿qué come si se puede saber? ¿Bizcocho de soletilla al vino?

- La señora Vincenzina, mi dueña, me ha mantenido siempre a base de arroz, de trocitos de pan e incluso de dulces. No entiendo cómo se le ha pasado por la cabeza regalarme a esta gente. ¡Estaba tan bien en el huerto de mi casa! Había entablado amistad con un mirlo cantor que me contaba muchas historietas divertidas y puedo decirle que el tiempo se me pasaba rápido y muy bien.

- Usted ha sido regalada a la señora Carolina por dos razones – respondí con altivez. – Antes que nada porque mi dueña necesita huevos frescos, y además – y sentí que la frente me ardía – para que se una conmigo en matrimonio y se convierta en una esposa y una madre ejemplar, como era la mía – añadí afligido.

La gallina me miró en un principio con signos de una gran estupefacción, después, dando rienda suelta a su vena irónica, dijo:

- Esa estúpida de la señora Vincenzina no tiene un ápice de sentido común. Tenía una gallina que le ponía unos huevos exquisitos y la regala...

- ... para hacerle un favor a una amiga enferma – interrumpí con tono severo.

- ¡Lagarta! Y, lo que es peor, dispone de mí como si fuera un trapo. Antes que nada, yo no quiero casarme, y en el caso de que me decidiera a dar ese paso, sería con un señor gallo perteneciente

a un gallinero principesco, donde haya animales de plumas rojas, blancas, celestes y doradas.

- ¡Sírvase usted misma! – respondí con desdén, y la dejé plantada allí sola, ante el cazo de trigo.

Paso rápidamente por este periodo de mi juventud y resumo diciendo que Fanny tuvo el final que se merecía. Como, aparte de profesarme la antipatía más desdeñosa, se había ganado el odio de mis dueños ya fuera sorbiendo los huevos que ella misma ponía, estropeando las flores, intentando una y otra vez picotear los ojos de un viejo gato que no molestaba a nadie y pasaba sus días tranquilamente al sol ronroneando, se decretó su muerte para el día de Pascua. No sé si la ajusticiaron en el asador o estofada con espinacas, el caso es que la pobrecilla murió víctima de su mal corazón y de su pésimo carácter.

III

*¿QUÉ ES EL ABURRIMIENTO?*

Ayer escuché sin querer un diálogo entre mi dueño y el señor Alberto, su amigo. Digo *sin querer* porque eso de estar escuchando los asuntos ajenos me ha parecido siempre de las peores faltas de respeto que pueda cometer un niño... un gallito quería decir. Pero ayer los dos muchachos vinieron a conversar al huerto, justo delante de mis narices y hablaban con un tono de voz que podía oírse a un kilómetro de distancia.

- A mí el tiempo se me pasa bastante rápido y bien – decía Masino –, desde las nueve hasta las tres estoy en la escuela, después doy un paseo si hace buen tiempo, si no, leo. A las seis cenó y por la noche, después de haber hecho los deberes, doy las buenas noches a mis padres y me voy a dormir hasta el día siguiente.

- ¡Qué suerte! Yo no voy a la escuela porque, después de la bronquitis que tuve el invierno pasado, mamá siempre teme que coja frío, de ese húmedo, y en vez de ir a la escuela viene un profesor a casa. Me gusta mucho mi maestro y hago sin problema los deberes que me da. Pero no me llevan más de una hora al día. Tengo clase de música y de gimnasia tres veces a la semana, pero tengo muchas horas desocupadas, horas en las que no sé qué hacer, horas en las que me consumo, me muero del aburrimiento.

- ¿No tienes ningún libro para leer? ¿No paseas? – preguntó Masino.

- Sí, tengo libros, pero ya me los he leído y releído todos. Y no puedo pedirles a mis padres que me compren un libro de Salgari<sup>60</sup> o Collodi<sup>61</sup> cada día. En cuanto a lo de pasear, mejor no hablamos. Papá tiene el círculo<sup>62</sup>, los amigos, los negocios; mamá tiene sus visitas y sus compras, y yo no es que me divierta mucho oyendo hablar de sombreritos, telas o encajes... Así que, Masino mío, ¡me aburro, me aburro, me aburro!

No pude escuchar lo que le respondió mi joven dueño porque justo en ese momento se alejaron y sus voces solo me llegaban vagas y a intervalos. Además, lo que había oído me había dado lugar a profundas reflexiones. ¿Será posible, buen Dios, que los hombres, los hombres que pueden pasear, viajar por el mundo, ver tantas cosas bonitas, hacer tantas cosas, puedan aburrirse? Entonces, ¿qué harían si fueran pollos condenados a dar vueltas por un huertecillo o un patio?

Yo, en mi condición de gallito, no me he aburrido nunca. ¡Hay tanto que ver, tanto que aprender entre los cuatro muros de un jardín, sobre todo si es extenso como este! ¿Acaso no es suficiente alegría asistir a la salida del sol, cuando su luz inunda de oro toda la ciudad, abre el cáliz de las florecillas y hace que las piedrecitas de las calles, las gotas del rocío en las hojas y las briznas de hierba resplandezcan como pequeñas estrellas? Y cuando el sol se eleva poco a poco en el horizonte, qué alegre zumbido de insectos, qué música en los niños, qué apresurado ir y venir de carrozas, de voces y griterío por las calles de la ciudad.

---

<sup>60</sup> Emilio Salgari fue un popular escritor italiano de novelas de aventuras que vivió entre 1862 y 1911. Es, probablemente, el autor más prolífico hasta el momento, su obra ha sido leída por generaciones de personas en todo el mundo y alcanzó mucho éxito en los países de habla hispana. Sus personajes más conocidos son Sandokán y el Corsario Negro, aunque ha escrito cientos de novelas ambientadas en los lugares más exóticos: Malasia, la selva africana, las Antillas o el mar Ártico, entre otros.

<sup>61</sup> Carlo Collodi (1826-1890) fue un periodista y escritor italiano mundialmente conocido por ser el creador de *Las aventuras de Pinocho*, publicado en un único volumen por primera vez en 1883, previamente había ido apareciendo por entregas en el diario *Giornale per i bambini*. Se dedicó a la literatura infantil no solo con su propia producción literaria, también tradujo textos de Perrault, por ejemplo, y trabajó en material pedagógico para la escuela.

<sup>62</sup> Grupo de personas que se reunían antiguamente en los clubs o centros de ocio para hacer tertulia.

A fuerza de escuchar he conseguido distinguir los llantos caprichosos de los niños que no quieren ir a la escuela, las cantinelas lastimeras de los pobres que piden limosna, las charlas de las criadas, las palabras, muchas veces incorrectas, de los cocheros, los gritos de los vendedores ambulantes, el ruido de pasos acompasados de los soldados que vuelven de hacer ejercicio, el sonido de los relojes públicos que marcan las horas. Y todo esto me da para hacer reflexiones alegres, tristes, melancólicas, que me tienen ocupado e impiden, por lo tanto, que me aburra.

¡Aburrimiento! Para que un niño se aburra tiene que ser sordo o ciego, es necesario que no vea el cielo, las estrellas, las flores, las miles de criaturas que corren entre la hierba, que se deslizan por el agua, que vuelan de árbol en árbol, de casa en casa, de nido en nido. Es necesario que no oiga las buenas historias que amablemente saben contarnos las mariposas, las rosas, las lagartijas e incluso las viejas tortugas. Ya lo sé: hay niños que me dirán:

- A mí las rosas y las mariposas no me han contado nunca nada...  
 – puede ser. Hay que saber preguntar y esperar con paciencia la respuesta. Aunque es un hecho que no todos los niños son capaces de estas cosas. Así y todo, escuchad lo que me sucedió. Hace días el señor volvió a casa con un gorrioncillo. Lo había encontrado en el parque de Cascine<sup>63</sup>, un magnífico paseo florentino que se extiende durante tres kilómetros a lo largo de la orilla del Arno. Este gorrioncillo, naturalmente, pasó a ser propiedad de Masino que lo encerró en una magnífica jaula y lo puso en el huerto, justo cerca de mí. ¡Pobre animal! No se mostró adusto y enseguida entablamos amistad. Me enteré de que se llamaba Gigino y que había recibido una buena educación por parte de sus padres. Para resumir, le pregunté sobre su historia y esto es lo que me contó.

---

<sup>63</sup> Es el parque público más grande de Florencia y se extiende a lo largo del río Arno. El terreno fue comprado en el siglo XVI por la familia de los Medici, Alejandro de Medici hizo construir en él una granja para la cría de ganado, de ahí deriva su nombre (*cascina* en español es granja). Más tarde, Cosme I lo transformó en un parque repleto de árboles para el disfrute de su familia. Cuando la familia Medici desapareció, el parque pasó a ser propiedad de la familia Habsburgo-Lorena que posteriormente se lo cedió a la ciudad de Florencia. Sin embargo, no fue hasta 1869, pocos años antes de la redacción de estas *Memorias*, cuando el parque fue abierto al público convirtiéndolo en un lugar de recreo para los florentinos.



*IV*

*LA HISTORIA DE GIGINO*

Todavía me acuerdo. Fue un hermoso domingo de mayo cuando papá me dio mi primera clase de vuelo.

Acababa de separar la cabecita del ala y ya tendía el pico a mamá para que esta, según una vieja costumbre, dejara caer alguna lombriz o una miguita de pan, cuando papá, abriéndose paso entre las frondosas ramas del almendro en el que vivíamos, me dijo de modo un poco severo:

- Venga Gigi, tenemos que acabar de una vez por todas con los melindres y las niñerías. Ya es hora de dejar en paz a mamá y de aprender a volar y comer por ti mismo.

- Comer no me resulta difícil – balbuceé con lágrimas en los ojos –; hace días que atrapo mosquitos y gusanitos, ayer me las ingenié hasta para picotear una avispa, pero si no hubiera estado rápido para cogerla, habría perdido un ojo.

- Lo que me cuentas me complace mucho. Me encantan los gorrioncitos valientes que tienen ganas de trabajar y de buscarse la vida. Con las avispas, sin embargo, hay que tener mucho cuidado.

- Eso es lo que le digo yo también – dijo aleteando mamá, haciendo como que estaba ocupada en alguna tarea pero, en sustancia, concentrada en no perderse una palabra de nuestra conversación.

- Bien, bien... con tal de que no caigas en el extremo opuesto, es decir, en la cobardía. Y para no caer, vamos a empezar ahora mismo nuestra primera clase de vuelo. Mira, Gigino, ese melocotonero al lado de nuestro árbol.

- Perdona – interrumpió mi madre dirigiéndose a papá –, pero ¿no crees que Gigino es aún muy pequeño para intentar volar? Aún camina con las patitas dobladas, no me gustaría...

- Volar no tiene nada que ver con caminar – interrumpió papá – y si nosotros, el género masculino, hiciéramos caso a todos los remilgos de vosotras, las hembras, ¡pobres de nosotros! Venga Gigino, abre las alas, echa el pecho al aire y mantén la cabeza recta. ¡Ánimo! ¡Uno, dos, tres!

Yo, que en el fondo me moría de ganas de adentrarme en lo desconocido, no me hice repetir dos veces la orden y ¡zas! En menos de un segundo estaba en el melocotonero de al lado, del que sobresalía como una pequeña pelota de terciopelo gris.

- Pío, pío – le dije a mamá para tranquilizarla.

- Pío, pío, pío – respondió ella intensamente y la vi de repente al lado.

- ¡Muy bien! – dijo papá –. Mañana nos lanzaremos al tejado de ese edificio...

Mamá escondió por unos minutos la cabeza bajo el ala izquierda, como si le molestase la picadura de un insecto, pero yo me di cuenta de que lloraba. También papá se percató.

- Esposa mía – le dijo amorosamente – hay que ser valiente. Sabes mejor que yo que los hijos no los tenemos para nosotros y que estos están destinados a vagar por el mundo, a buscarse la vida, un nido, una familia. Mañana Gigino volará a aquel tejado, del que más tarde, es de suponer que se lanzará a todos los árboles de Cascine y tal vez más lejos. ¿Acaso no hemos hecho lo mismo nosotros, amiga mía? ¡ánimo, querida! La naturaleza lo quiere así y nosotros tenemos que plegar nuestra mente a su voluntad.

- ¡Pío! – respondió mamá sollozando, lo que quería decir: «¡Tienes razón!».



Al cabo de poco rato, mamá y yo estábamos de nuevo en el almendro. Papá se había ido a presidir una asamblea de la Sociedad contra la caza que, por lo que había oído decir, contaba con muchos e ilustres miembros: mirlos, tordos, alondras, picogordos, petirrojos, jilgueros y gorriones. Mamá aprovechó la ocasión para darme muchos y sabios consejos.

- Mañana, por lo tanto – me dijo con un tono que quería parecer solemne y lo que sonaba era triste – irás al tejado del Palacio del Rey... y tal vez ya no vuelvas a casa.

- ¡Mamá!

- No protestes, querido, no me digas que es imposible, que nunca lo harías, que se te rompería el corazón lejos de mí. Tú ahora hablas de buena fe, pero yo tengo la experiencia de lo vivido y de los años, querido Gigino, y sé perfectamente que los hijos, cuando alzan el vuelo, ya no vuelven... Porque tú no sabes qué es volar, Gigino. No sabes de qué dulzura exquisita es el aire puro, sentirse inundados de sol, contemplar desde lo alto la alegría del verde y de las flores. No lo sabes...

- Pero están los disparos, mamá.

- Mi niño, ¡así es la vida! Junto a la alegría está el peligro, junto a la próspera juventud, la muerte.

- Pues entonces, sería mejor que me quedara en el almendro, mamá.

- No, no. Dios nos ha creado para volar y cantar. Hay que seguir nuestro destino. Venga, vamos, no me quites el poco valor que me queda. Mejor escúchame: nosotros, después de mañana, tal vez no nos volvamos a ver...

- Pero ¿por qué? ¿No podríais seguirme papá y tú? ¿Tenéis alas fuertes los dos?

Mamá bajó sus ojos negros y dijo suavemente:

- Querido Gigino, estoy a punto de ser madre de nuevo, el nido está listo y, naturalmente, tengo que atender a los pequeñines. ¿Con qué valor podría abandonarlos?

- Es justo – respondí pensativo, pero en el fondo bastante molesto con los futuros hermanitos que de alguna manera se interponían entre mamá y yo.

- Bueno, escucha – dijo ella besándome – ¿me ves este mechón de plumas rojizas aquí bajo el ala derecha?

- Lo veo, ¿y qué?

- Esta señal te servirá para reconocer a mamá los días de sufrimiento.

- ¿Pero dónde te encontraré?

- Si no pasa nada, tengo intención de terminar mi vida aquí, en los árboles de Cascine. Es un lugar sombreado, donde los pájaros

no corremos peligro y donde podemos tomar clases excelentes de música los jueves y los domingos.

- Gracias, mamá.

- Y ahora, vale ya con este tema: quiero que papá nos encuentre alegres cuando vuelva. Venga, ayúdame a encontrar algo bueno para comer. Allí hay algunas buenas hormigas y tres o cuatro semillas. Prepararemos un excelente fricandó.



Papá volvió hacia mediodía y comimos con muy buen apetito. Yo me esforzaba por estar alegre y decir algo gracioso, pero papá y mamá estaban preocupados.

- Y entonces ¿qué habéis deliberado? – preguntó esta última – ¿de qué manera os opondréis a la caza?

- ¡Benditas pajarillas! Hacéis preguntas de lo más primitivas. Nosotros no podemos oponernos a la caza, sino intentar por todos los medios librarnos de los disparos. Lo primero es acostumbrarnos a volar cada vez más alto para escapar de las miradas humanas. Para ello nuestra sociedad pretende abrir algunas escuelas de vuelo.

- Pero si voláis muy alto os alejaréis de las zonas habitadas y no podréis coger los frutos.

- Nos adaptaremos a las moscas, a los mosquitos y a las mariposas... de todos modos, el tiempo lo dirá.

El almuerzo terminó tristemente. Mamá se puso a buscar pajitas e hilos de lana para hacer más cómodo nuestro nido, papá se fue a escuchar música a la Plaza del Rey y yo me quedé solo con mis temores y mis esperanzas.

Había que renunciar a todo lo más amado, no quedaba otro remedio. ¡Pobre nido que me vio nacer, pobre buena mamá!

Pensando en el gran acontecimiento que se estaba gestando para el día siguiente, quise que este no me cogiera desprevenido y, armándome de valor, me puse a volar de aquí para allá intentando que mis vuelos duraran cada vez más. ¿Qué queréis que os diga, queridos lectores? Cuando llegó la noche habría podido competir en velocidad con un gorrión de un año.



Aunque viviera lo mismo que Matusalén (si me hacéis el honor, como espero, de leerme de principio a fin, no os sorprenderéis de mi erudición histórica), no olvidaré jamás el 25 de mayo del año que fuera.

Me desperté temprano entre los trinos de mis padres y de dos alondras, amigas de la familia, que habían venido a darme la enhorabuena y muchos consejos sabios que resumo en pocas palabras: mantenerse siempre alto, no indigestarse con la fruta, no tomar el jugo de las cerezas que hace de un digno gorrioncito un vulgar borracho, respetar a los pájaros de mayor categoría y cultura, no fiarse de las golondrinas y mantener siempre una distancia respetuosa con los gatos y lejos de los niños que se saltan las clases para ir a escalar a los nidos.

- ¿Y qué hacen con los nidos? – pregunté estupefacto.

- ¿Que qué hacen? Roban a los pajaritos y los llevan a sus casas, donde los encierran en una cárcel muy estrecha y rodeada de barrotes y donde les miden el agua y la comida.

- ¡Qué horror! – exclamé indignado.

- Pues espera que no es todo – apremió la señora Pinolini, la mayor de las dos alondras –. ¡Si te digo que los niños se divierten desplumando vivos a pobres pajaritos, dejándolos ciegos con un hierro candente y muchas veces matándolos!

- ¡Pero qué maldades son estas! – prorrumpí – ¿Es que no hay leyes que castiguen estos crímenes?

- ¿Leyes? – dijo la señora Panichi, la alondra más joven –. Las leyes, mi niño, las hacen los hombres y los hombres adoran... el asado de ave.

- Entiendo – respondí fulminado.

Nadie osó decir una palabra más.



Comí en familia por última vez y, poco después, le di un tierno beso a mis padres, extendí las alas, me encomendé a Dios y antes de que me diera cuenta estaba en el tejado del Palacio del Rey.

De momento, ese tenía que ser mi domicilio y yo, para no ceder al dolor que me oprimía en la garganta como un puño de hierro, enseguida me puse a buscar un refugio protector. Encontré uno rápido, uno cómodo y verde gracias a una curiosa hierbecilla que

crecía allí y me alegró los ojos y el corazón. ¡Qué importante es el verde para nosotros los pajaritos!



El sol se ponía en el horizonte y un vientecillo suave, cargado del perfume de mil flores, hacía temblar dulcemente las hojitas aún incipientes de los árboles. Abajo, en las avenidas, había un auténtico ir y venir de personas y coches elegantes, en los que iban tumbadas más que sentadas mujeres bellas con elegantes peinados. ¡Qué hermosos rostros adornados con velos, tules y rizos rubios o morenos!

Muchos caballeros trotaban cerca de los coches quitándose el sombrero a diestro y siniestro. De repente, al fondo en un círculo de atriles sujetos por palos se reunieron varios hombres vestidos de modo diferente al resto, después supe que tocaban en una banda. Dejaron unos papeles sobre los atriles, se acercaron a la boca unos instrumentos curiosos y comenzaron a silbar... quiero decir, comenzó a sonar un aria melancólica que me habría hecho llorar si no me hubiera quedado como hechizado.

En esa música tan bella estaban todos los sentimientos que tarde atormentaban mi pobre corazoncito... el dolor por la separación y el adiós a mamá, la ansiedad por la nueva situación, la amargura de la soledad, las esperanzas en un futuro mejor... ¡Qué buenos músicos me parecieron aquellos hombres que sabían infundir en mi alma tanta dulzura! Y me parecía imposible que, si componían, tocaban y escuchaban una música tan suave, pudieran encerrar a los pajaritos en jaulas y comérselos asados.

- ¡Son verdaderamente unos sinvergüenzas! – exclamé agitado.

- ¿Quién? – susurró a mi lado una vocecita simpática. Me giré rápidamente y me vi delante de un gorrión de una cierta edad que me miraba fijamente con sus ojitos brillantes y negros. Saludé con una inclinación de cabeza. Él me dijo amablemente:

- Discúlpeme por haber interrumpido tan bruscamente sus reflexiones, pero como buen vecino (vivo en un refugio junto al suyo) me sabía mal verlo tan exaltado. ¿Con quién está enfadado? Si mi humilde ayuda puede servirle...

- Gracias, gracias, vecino – interrumpí muy contento – estoy encantado de conocerle, precisamente hoy que me he separado de mi familia.

- ¡Oh, pobrecito! Lo compadezco, ya que este dolor lo sentí también yo hace un par de años. Pero espero que el tiempo haga su trabajo y que usted llegue a olvidar...

- ¿A mamá? ¡Nunca!

- Tiene razón. Dios le conserve estos buenos sentimientos, el amor de la familia es más que sagrado. Yo que tengo mujer e hijos...

- ¡Oh, me alegro!

El gorrión agitó sus plumas en señal de satisfacción y volvió a preguntarme:

- ¿Entonces con quién estabas enfadado hace un momento?

- Con los hombres.

- ¿Y qué le han hecho? ¡Con lo joven que es!

- A mí personalmente nada, pero sí a nuestros compañeros.

- Comparto su noble indignación, pero ¿qué se puede hacer?

El mundo siempre ha funcionado así y hay que resignarse. Para organizar una revolución de pajaritos, créame, se necesita tiempo y plumas. Lo mejor es esperar serenamente al propio destino, sea el que sea. Contentémonos con el amor de la familia, defendámonos del modo y en la medida que la naturaleza nos permita y no nos hagamos malasangre odiando. Por lo demás – añadió con picardía –, nosotros no somos mejores que los hombres.

- ¿Cómo? – exclamé sorprendido.

- A ver, usted habrá visto alguna vez a su padre y a su madre alimentarse de mariposas, moscas, gusanitos.

- Pues claro. Es, por así decirlo, su alimento diario.

- Y bien, querido señor...

- Gigino, para lo que usted desee.

- Y bien, señor Gigino, ¿no cree, no ve usted que esos gusanitos, esas moscas, esas mariposas también tienen a sus mamás, sus familias, sus huevos?

- ¿Esas criaturas tan pequeñas?

- ¿Y qué somos nosotros comparados con el hombre? Acepte, señor Gigino, la ley universal y conceda un rumbo más alegre a

sus ideas. Por cierto: como hoy es el día de la Ascensión<sup>64</sup>, ¿le gustaría bajar en un rato conmigo al suelo para escuchar los lamentos e inquietudes de los grillos?

- ¿Qué quiere decir? – pregunté estupefacto.

- Debe saber que en Florencia hay una costumbre curiosa. La mañana de la fiesta de la Ascensión vienen hasta el parque muchas pandillas de chicos, jóvenes y muchachos para cazar grillos...

- ¿Y qué hacen con ellos?

- Los encierran en una jaula.

- ¿Y luego?

- Se los llevan a casa para oírlos cantar durante la noche. Cuidado, he dicho cantar por decir, porque los grillos no cantan.

- ¿No me negará que esto también es una infamia de los hombres? Privar a esos inocentes animales de sus prados, hacerlos prisioneros y deleitarse con sus lamentos.

- No le niego nada. Pero yo soy, y enseguida se dará cuenta, un pajarito filósofo.

- ¿O sea?

- Tomo las cosas como son y no como querría.

- ¡Ah!

Me sorprendió aquella profunda observación.

- ¿Y qué ha querido decir con las inquietudes y los lamentos de los grillos?

- ¡Oh! Está claro. Muchas familias se ponen a salvo. Otras, y son en las que hay muchos enfermos y niños, se quedan llorando. ¿Quiere bajar?



---

<sup>64</sup> El día de la Ascensión es una fiesta cristiana que se celebra cuarenta días después del domingo de resurrección, conmemora la ascensión de Jesucristo al cielo. Coincidiendo con ese día la ciudad de Florencia celebra la tradicional fiesta del grillo que dio inicio en el siglo XVI a causa de una plaga de estos insectos que invadió las cosechas; para evitar la pérdida de los cultivos se organizaron batidas para cazar a los grillos. Con el fin de que esto no volviera a suceder en los años sucesivos y más tarde como una excusa para celebrar un día familiar en el campo esta tradición se mantuvo hasta el 2001, año en el que se aprobó una ley que prohibía la caza y venta de estos animales.



No me lo tuvo que repetir dos veces y en menos que canta un gallo estaba en la plaza grande del parque de Cascine. La música continuaba y el sol se escondía cada vez más en el horizonte entre una maravilla de rayos y nubecitas rosáceas.



Posar mis patitas un poco cansadas sobre la blandita hierba del parque me proporcionó una ligera sensación de alivio y con buenos modales saludé a un gran grillo, negro como el carbón, que arrastraba a dos pequeñitos exhortándolos a caminar.

- Buenas tardes, Tripolini – le dijo mi nuevo amigo Pio, parándolo.

Tripolini hizo un gesto a sus hijitos y devolvió el saludo amablemente.

- Estamos a punto de salir, ¿no? – le preguntó Pio.

- A la fuerza – respondió el grillo –. Mañana por la mañana, al amanecer el parque estará atestado de personas sin piedad ni misericordia y si no nos ponemos a salvo ahora...

- Permíteme – me dijo Pio – que te presente al señor Tripolini, un insecto muy conocido por su buena voz. Ha dado conciertos espléndidos.

- ¿La garganta del señor es como la nuestra? – le pregunté muy sorprendido por estos elogios que, a decir verdad, me parecían poco justificados.

- ¡Oh, no! – respondió el grillo con orgullo – nosotros los saltadores...

- ¿Perdón?

- Saltadores: el nombre de mi familia, una familia antiquísima, señor.

- Estoy convencido de ello.

- Tenemos parientes importantes en España y en Berbería<sup>65</sup>.

- Muy bien.

---

<sup>65</sup> Término que los europeos utilizaron desde el siglo XVI hasta el XIX para referirse a las regiones costeras de Marruecos, Argelia, Túnez y Libia. El origen de la palabra Berbería se remonta a 1500 y aparece por primera vez en Italia.

- Volviendo a lo que le decía, le contaba que los grillos producimos el canto por la fricción de nuestros élitros<sup>66</sup>. Algo maravilloso. A nuestro lado, los ruiseñores no tienen nada que hacer.

- Te faltarán muchas cosas, amigo grillo – dije para mis adentros – pero la soberbia seguro que no te falta.

- Dejemos en paz a los ruiseñores – dijo Pio cordialmente – y, en cambio, hablemos de ti, querido desterrado. ¿Dónde piensas establecerte?

- Tengo el ojo echado desde hace algunos días a un buen agujero cerca del campo de tiro; me esperan allí algunos amigos.

- ¿Y cuánto te quedarás?

- Unos quince días, por lo menos, lo suficiente para dar tiempo a estos payasos de no andar a grillos<sup>67</sup>.

- Bien dicho – respondió Pio sonriendo.

Nos despedimos y continuamos.

- ¿Son dignas de ser creídas todas las exageraciones con las que nos ha querido impresionar ahora mismo? – pregunté a Pio – ¿Es verdad que ha dado conciertos?

- Sí, pero conciertos de grillos, sobre el eterno motivo del cricrí, en medio de una muchedumbre compuesta de gusanos, de hormigas y ciempiés. En cuanto a la familia, no ha dicho ninguna mentira. Fíjate que en Berbería tiene parientes que llevan una especie de velo en la cabeza.

- ¡Nada menos!

- Además son tan grandes que los hombres de esos países los asan y los consideran un alimento excelente.

- Tratándose de hombres ya no hay nada que pueda sorprenderme.

- Mejor para ti: sufrirás menos decepciones. Caminemos.

- ¡Dios mío, Pio! ¿Qué es ese brillo allí al fondo? ¿Y de dónde vienen esos ruidos?

- No tengas miedo. Estamos cerca de una poza de agua estancada y esos gritos son de las ranas que están allí.

---

<sup>66</sup> Alas anteriores, modificadas por endurecimiento, de ciertos órdenes de insectos que sirven de protección para las alas posteriores que sirven para volar.

<sup>67</sup> Juego de palabras entre la afición que tenían en la época de cazar grillos por la fiesta de la Ascensión y el significado coloquial que recoge el Diccionario de la RAE de la expresión: ocuparse en cosas inútiles o baladías.

- ¡De las ranas! ¡Ay, madre! ¿Y qué son las ranas? ¿Cómo viven en el agua?

- Pues más o menos como vivimos nosotros en el aire...

- ¿Tienen alas?

- ¿Para qué les servirían? Permanece atento y agudiza bien la vista: ahí hay una que sale saltando del agua.

- ¡Ay, Dios! ¡Qué feo, qué animal más horrible! Vámonos volando.

- Es verdad que no es bonita como nosotros, pero no hay motivos para huir de ella. No hace nada.

- Sus ojos dan miedo.

- Yo conozco bien a estos animales. Desde hace más de tres años que estoy en el mundo, he tenido oportunidad de ver muchas cosas. ¡No creas que nacen de un huevo como nosotros!

- ¿Ah no? ¿Y cómo?

- Pues mira, hace tiempo yo tenía la costumbre de ir a picotear un poco a la orilla de un riachuelo y me saltó a la vista un hervidero de animalitos negros, similares a pequeños peces, que estaban quietos quietos, como si alguien los hubiera pegado a las piedras del riachuelo; pero un día que dos muchachos metieron las manos en el agua, esos animalitos se escabulleron velozmente y desaparecieron en el fondo. «Son renacuajos» le dijo uno de los chicos a su compañero. «¿El qué?» – «Ranas bebé, ¡ves! No tienen patas y tienen una especie de colita... pero poco a poco cambian de forma, primero les salen un par de patitas, después las otras, luego la cola se acorta hasta desaparecer y el renacuajo se convierte en rana».

- Los hombres detestarán a estos animales.

- Todo lo contrario, querido. Las comen fritas y las utilizan, pasadas por el tamiz, para hacer más sabrosas las sopas de verduras... Pero se hace tarde, Gigino. Mañana el repiqueteo de la Ascensión y la multitud que viene al Cascine para buscar grillos nos despertarán más temprano de lo habitual. Es mejor que volvamos a nuestro tejado.

Me costó coger el sueño. El recuerdo de mamá me encogía el corazón. Pero finalmente, después de muchas vueltas a uno y otro lado puse la cabecita en el ala y me dormí.



Al día siguiente por la mañana... ¡oh! Pero si en lugar de a ti, Cocò, les contara la historia a niños, me gustaría preguntarles: «Amigos, ¿a qué hora os levantáis por la mañana? Si os gustara el calorcito de la cama y os levantarais cuando el sol ya está alto en el horizonte, os compadecería, os estaríais privando de un magnífico espectáculo. Sé que hay teatros con efectos de luz eléctrica, vistas de montes, de lagos y de calles hechas sobre cartón y con pinturas... También sé que la gente corre a ver toda esa ficción y queda deslumbrada por todo ello y da palmadas para aplaudir al autor. Pero qué vista, qué espectáculo puede competir en belleza con lo que nos ofrece cada mañana el buen Señor. El campo verde, cubierto de rocío, las flores olorosas que se abren poco a poco bajo la caricia de la luz, el cielo que de azul oscuro poco a poco se va tiñendo de rosa, de amarillo, de oro y se convierte en una llama cuando aparece el sol; los montes boscosos, los ríos, los lagos transparentes y, como si eso no fuera suficiente, los innumerables sonidos de los insectos, el canto de todos los pájaros, ¿todo esto no vale más que el decorado de un teatro? ¿y no valdría la pena aplaudir al autor?

Pero los hombres (y los niños que no son otra cosa que hombres en pequeño) son una especie bufa, llena de contradicciones cada una más extraña que la otra.

Apenas miran con indiferencia una colina llena de laureles y viñedos y entran en éxtasis al ver pintado un árbol en un trozo de tela; el cielo se puebla cada noche de estrellas titilantes, cada una de las cuales, según he oído decir, es una maravilla y los hombres ni siquiera miran hacia arriba y, en lugar de eso, corren a coger sitio en una plaza si un polvorista lanza fuegos artificiales que brillan un momento y se disuelven en humo maloliente.

Miran por encima del hombro a un pobre diablo que consigue que un terreno sin cultivar dé frutos cubriéndolo de hierbas y de mies, lo tratan de tú, le hacen almorzar en la cocina, mientras llaman profesor, maestro y caballero a otro que, sin ningún esfuerzo, ha copiado sobre una tela ese mismo terreno y esa misma mies. Yo me pregunto qué coherencia es esa.

Pero volviendo a nuestro tema, yo exhorto a los niños a levantarse temprano si quieren disponer de una hora de sano y verdadero disfrute.

Cuando me desperté aquella mañana todas las campanas de Florencia tocaban a fiesta. Era la Ascensión.

V

*EL ENEMIGO*

Cuando Gigino terminó de hablar, eran aproximadamente las tres de la tarde de un cálido domingo de mayo. Todo era quietud a nuestro alrededor, la mayor parte de las personas, incluidos nuestros dueños, estaban comiendo. De hecho, un ligero vientecillo nos traía de vez en cuando los intensos olores a carne asada, fritura y dulces. No sé si los demás estarán de acuerdo conmigo, pero a mí esa hora muerta (sobre todo los domingos), hora en la que todos están encerrados en casa, las calles se alargan silenciosas y vacías, bajo un sol ardiente, me parece la más melancólica del día. Tal vez esta impresión depende de mi carácter, de mi condición de pollo o, aún mejor, de la soledad en la que vivo, lejos de mi pueblo, de mi familia: pero así son las cosas.

Así que eran las tres de la tarde y todo era paz a nuestro alrededor cuando un horrible gato negro saltó rápidamente el muro del jardín de al lado y se lanzó contra la jaula del pobre gorrión. El choque fue tan fuerte que la jaula, colgada de la rama de un melocotonero se cayó al suelo y se abrió la puertecita. El gato se abalanzó contra él: con las uñas de una patita ya había aferrado a la víctima, ya tenía la boca abierta para recibir el apetecible bocado, cuando dos ayudas caídas del cielo impidieron si no todo, al menos buena parte del crimen. Estas ayudas estaban representadas por mí, que le di un tremendo picotazo al gato en la cola, tanto como para hacer herida, y por otro gorrión que apareció desde el suelo y con dos formidables picotazos consiguió cegar el ojo izquierdo del infame gato que cayó al suelo aturdido. El pobre Gigino yacía en un charco de sangre pero aún estaba vivo.

- Buen gallito – me dijo con cariño el gorrión salvador –, yo soy la madre del pobre herido. Hace días que huyo de pandillas de niños crueles entretenidos en asaltar nidos, tuve que alejarme de mi familia y vagar sin destino por las carreteras y avenidas. Hace poco, volando hacia un cerezo en busca de comida, me pareció reconocer la voz de mi Gigino y me puse a escuchar con el corazón que se me salía por la boca. No me engañaba, era él, mi primogénito que le estaba contando su historia. En un momento oí una trifulca en el muro de al lado: escucho atentamente, agudizo la vista y veo a ese monstruo tomársela con mi niño y lanzarse contra él. El resto ya lo sabe.

Yo agaché la cabeza lleno de admiración y respeto. ¡Cómo me recordaba esa gorriona a mi sabia y amorosa mamá!

Pero Gigino sufría, Gigino necesitaba ayuda.

- ¿Qué hacemos? – pregunté a la desolada madre.

- Escuche – me dijo –, intente entrar en la casa y hacer entender a sus dueños que ha sucedido una desgracia, aquí en el huerto. Verá que acudirán inmediatamente y quizá podrán salvar a mi hijito.

Y dirigiéndose al pobre herido le susurró despacito:

- ¡Pío, pío!

¡Admirable efecto el de la palabra de una madre! Gigino abrió primero un ojo, después el otro y, respondió con voz flébil, llena de ternura:

- ¡Pío, pío!

Nada más, pero en esos cuatro píos se encerraba un poema de amor y de dolor.

Yo atravesé valerosamente el huerto, los parterres del jardín y tuve la suerte de encontrar la puerta que daba al comedor abierta. Mis dueños, con el señorito, estaban concentrados en comerse un capón frío y la señora Carolina, sacando la punta de su pequeña lengua rosa estaba justo diciendo: - ¡Qué tierno!

Ver a mi desgraciado compañero nadando en una guarnición de gelatina y la exclamación de la dueña no eran ciertamente hechos para reconfortarme; aun así me armé de valor y con un vuelo que habría hecho honor a un profesor de gimnasia me subí al centro de la mesa tirando una salsera y haciendo girar dos limones.

- ¡Pero esto! – exclamó asustado el señor Teodoro – ¿qué significa? – Y con un servilletazo bien directo me tiró al suelo. La

señora Carolina y Masino se levantaron asustados también ellos. Pero yo no me di por vencido y con un segundo intento estuve de nuevo sobre la mesa.

- Esta conducta no es natural en Cocò – prorrumpió el dueño cogiendo el sifón del agua de Seltz<sup>68</sup>. Pero la señora Carolina y Masino me protegieron de la ducha y el señorito exclamó:

- Tal vez va a haber un terremoto. He oído decir que los animales lo perciben diez minutos antes.

El señor Teodoro se puso pálido como el papel y soltó el sifón.

- ¿Sabéis que estoy pensando? – dijo la señora Carolina cogiéndome por el cuello – Temo que haya entrado algún ladrón en el huerto.

- ¡Id a ver! – gritó el dueño, mientras Masino se había lanzado ya fuera.

La señora, llevándome siempre en brazos, siguió al hijo y los tres llegamos al lugar del delito. Pero el asesino había desaparecido.

- ¡Oh, Dios! Mamá – exclamó Masino agachándose – algún malvado gato ha matado a Gigino. ¡Mira, mira! Hay otro pájaro que lo acompaña silbando. ¿Qué está pasando?

La señora Carolina me soltó y cogió delicadamente al herido entre sus manos. Le abrió las alas, le levantó la cola, le abrió el pico y después de haberle secado la sangre que le goteaba de una patita dijo:

- Tiene una herida en el pecho y una pata rota. Pero con una buena unción de aceite de oliva en tres días estará curado.

Se sacó de un bolsillo un pañuelo suave en el que envolvió a Gigino y se volvió a la casa.

- ¡Qué curioso! – exclamó Masino -. Este otro pájaro ha volado a tu hombro. ¿Puede que sea un conocido de Gigino?

La señora Carolina, con la mano que le quedaba libre, cogió el gorrión y después de mirarle atentamente el cuello gris claro dijo:

- Es una hembra: seguro que es la mamá de Gigino que ha acudido a socorrer al hijo.

---

<sup>68</sup> Refresco popular en Europa en los siglos XVIII y XIX consistente en agua naturalmente carbonatada que procedía mayormente del manantial de Selters ubicado en una localidad alemana.

Un alegre pío fue la respuesta de la madre; y la señora Carolina, cada vez más convencida, puso a los dos pájaros en la misma jaula acelerando de ese modo la curación del pobre pequeño tan salvajemente agredido.



VI

*LO QUE SUCEDE A MENUDO*

Este es realmente un caso que debe ser contado y que debería, en mi opinión, dar que pensar a los chicos que lean estas páginas (¡Ojalá pudiera volver a ver a la señora Ida Baccini!). El señor Teodoro paseaba por el huerto con un aspecto muy triste desplegando una carta entre sus manos. Al cabo de un rato lo alcanzó la señora Carolina.

- ¿Qué te ha respondido el maestro de Masino? – le preguntó.

- ¡Escucha! – le respondió el marido. Y le leyó la carta que tenía entre las manos:

«Querido señor Gennarelli,

Escucho con mucho disgusto que usted no está demasiado contento con Masino. Yo no puedo afirmar que su hijo sea el alumno más diligente de la clase ni que sus lecciones sean perfectas. Masino es un poco vivaracho, un poco chapucero, pero lo compensa el hecho de que tiene muy buen corazón y un óptimo carácter.

Todos sus compañeros lo quieren como a un hermano y yo, querido señor Teodoro, veo representado en él a mi único hijo que murió hace un año, lejos de mí, en un internado en Roma. Tenía los mismos ojos risueños, los mismos modales de Masino. Por lo tanto puede imaginar que lo aprecio mucho y que intento sacar lo mejor de él tanto del alma como del cerebro.

No piense que el cariño me ciega, este me ilumina mejor por la vía que tengo que seguir en lo que se refiere a la educación de su hijo. Y cuando hay que castigar, castigo. Se me parte el corazón, pero castigo. Ayer tuve que privarle del recreo porque se había equivocado por dejadez en los deberes de aritmética. Pues bien ¿qué quiere que le diga? No pude desayunar. Pero usted esté

tranquilo y piense que los defectos de su Masino se corregirán fácilmente con el tiempo y con el progreso en los estudios.

Mis más cordiales saludos.

Suyo atentísimo  
AURELIO BICCI»

- ¡Pobre hombre! – exclamó la señora Carolina.

No sé qué respondió el señor Gennarelli porque justo en aquel momento llegó jadeando la criada para anunciar una visita. Los dueños se fueron detrás de ella y el señor Teodoro no se dio cuenta de que la carta se le había caído de las manos y estaba cerca de mí, a los pies del famoso melocotonero, de cuyas ramas ya no colgaba la jaula de mi querido Gigino.



Dos horas después de esta charla, entraron en el huerto Alberto y Masino. Este último parecía presa del más profundo mal humor posible y Alberto intentaba calmarlo en vano.

- ¡No, no! – exclamaba mi joven dueño – es inútil que intentes persuadirme. La decisión ya está tomada y no voy a volver a la escuela nunca más.

- Pero amigo mío, piensa en el dolor que causarás a tus padres.

- Si me quieren, entenderán las razones. El señor Maestro no me aguanta. Cuando me mira siempre tiene la cara seria como si viera algo que le da miedo, un monstruo...

- ¡Que no! ¡Eso son exageraciones! Yo también me he dado cuenta de que cuando te mira se pone serio pero no creo que sea porque te tenga antipatía. Más bien es como si verte lo emocionara, como si le provocara en el alma algún recuerdo doloroso.

Ay qué palabras divinas le salían por la boca, querido señor Albertino, y como usted hablaba yo maldecía mi condición de pollo que me impedía estrecharle la mano y gritarle: «¡Muy bien! Intente persuadir a este tontín». Pero, por desgracia, no era más que un pequeño gallo.

- ¿Ah, sí? – preguntaba mi dueño con aire de mofa – ¿es porque verme lo enternece por lo que me priva del recreo y me castiga tan a menudo?

- Hay que decir – observó Alberto tímidamente – que tu pregunta de ayer era una buena metedura de pata. Habías

confundido el número de los años con el de las liras y habías hecho que Cristóbal Colón naciera en 1870, en la época de la Toma de Roma<sup>69</sup>...

- Estoy de acuerdo, es grave: pero de cualquier modo el castigo ha sido desproporcionado. El maestro me tiene manía, lo siento.

Al oír esas palabras tan injustas, se me subió la sangre a la cabeza y me ardía la cresta. ¿Cómo podía persuadir a ese granuja? Se me ocurrió una idea genial. La carta del señor Aurelio, completamente arrugada, estaba a dos pasos de mí, sobre un montón de basura. El lugar donde se encontraba no es que fuera muy digno de mi pico, pero el deseo de hacer una buena obra ganó a la repugnancia que me provocaba y me adueñé del preciado folio, me puse a pasear con aire de indiferencia alrededor de los dos jóvenes. Alberto enseguida me miró.

- ¡Anda, mira! – exclamó – El *Pollito* (ese nombre me había quedado para siempre) tiene una carta en el pico. ¿Qué significa? Igual aspira al empleo de cartero.

La idea le debió de parecer muy graciosa a mi dueño porque se puso a reír y me quitó la carta de la boca. En cuanto había leído las primeras líneas se puso blanco como una pared recién pintada, tanto que Alberto también puso su mirada en el misterioso folio, a medida que Masino avanzaba en la lectura su fisonomía, en un principio taciturna y ceñuda, se volvía serena, feliz. Cuando terminó, escondió el rostro entre los brazos del amigo, susurrando entre sollozos:

- ¡Qué injusto he sido! ¡Pobre señor Maestro!

Yo me había alejado discretamente, porque al igual que disfruto haciendo el bien, me molestan los agradecimientos, cuando oí la voz de Alberto que gritaba, invadido por el entusiasmo:

- ¡Oh, Cocò! ¡Eres único en el mundo! Te merecerías que los niños alzasen una estatua en tu nombre.

¡Una estatua! ¡Sí, seguro! Una estatua debe causar mucho placer, pero yo preferiría un buen plato de arroz con sus migas de pan desmenuzadas.

¡Para gustos los colores!

---

<sup>69</sup> La Toma de Roma se refiere al momento en el que el ejército italiano conquista la ciudad, el 20 de septiembre de 1870, durante la lucha por la unificación de Italia, el *Risorgimento*.

VII

*EL ROMANCE DE LA ROSA*

No sé qué hora era, pero seguro que muy temprano a juzgar por el color aún oscuro del cielo y por el resplandor de algunas estrellas que descendían lentas hacia el amanecer. Soñaba con Vespignano, mi verde pueblo natal, y me parecía que Mariuccia me estaba anudando aún alrededor del cuello el lacito rosa<sup>70</sup> cuando una vocecita lastimera que pedía ayuda a gritos me despertó de aquella dulce visión.

Salí del corral y aspiré el aire frío y silencioso. Nada se había despertado entre las hojas o la hierba.

- Seguramente me lo habré imaginado – pensé, y estaba a punto de volver a entrar a cubierto con el deseo de continuar mi sueño cuando muy cerca de mí volvió a sonar de nuevo el grito: ¡Ayuda! Agucé el oído y entendí que esa palabra suprema salía de un cúmulo de basura amontonada a pocos pasos del corral. Me acerqué y vislumbré una pobre rosa, completamente marchitada y ajada a cuyas hojas estaba por subirse un gran gusano gris que solo verlo daba náuseas y asco al mismo tiempo.

- ¡Sálvame de este de aquí, buen gallo! – susurró con tristeza la pobre reina de las flores -. Dios te recompensará.

- No molestemos al Señor por esto – respondí bromeando. Y en menos que canta un gallo le hincó el pico al gusano y lo mató. Era tan gordo y asqueroso que no tuve valor para comérmelo.

Después, sin pedirle permiso, cogí la rosa con infinita delicadeza y la saqué de aquella suciedad de huesos que apestaban y de residuos, la puse lentamente sobre un suave lecho de hierba

---

<sup>70</sup> A lo largo de toda la obra el pollito se ha referido a este lacito como de color rojo.

de la que brotaban los pétalos de cientos de pensamientos. Allí, al menos, la pobre vieja encontraría una tumba digna.

La rosa me sopló sobre el rostro un hálito moribundo de antiguos perfumes y me susurró con voz triste:

- Mi buen gallito, quizá quieres conocer mi historia, querrás saber por qué dolorosa sucesión de acontecimientos he caído tan bajo, yo, la orgullosa reina de las flores...

- Mi buena señora – le respondí enseguida –, de verdad que no tengo esa curiosidad. ¿Acaso estaría bien que cuando se tiene la suerte de prestar un mínimo servicio a alguien se le exigiera que esta pobre persona, quien fuera, contara sus cosas? No, no, señora rosa, guárdese sus secretos, no quiero conocerlos. Me conformo con saber que está tranquila en medio de estas florecillas que se despertarán dentro de poco y estarán tan contentas de tenerla cerca.

Fui a alejarme pero la rosa insistió:

- Escucha, querido gallito – me dijo – tú tienes que saber mi historia por dos razones: la primera para que puedas contársela un día a jóvenes rosas sin conocimiento que no quieran seguir los consejos de sus mayores y, después, porque, créetelo, cuando somos tan infelices es un alivio poder desahogarse con un amigo.

- Si así es, hable, hable... – respondí conmovido a la par que agradecido por ese título tan honroso. ¿Un pobre gallo amigo de una rosa? ¡Jamás se ha oído tal cosa!

La pobre flor empezó a contar:

«Crecía tranquila y feliz junto a la más sabia de las madres y nada, pero nada, hacía presagiar el horrible suplicio que me deparaba el destino. Un capullo rosáceo y oloroso resguardaba de los rayos ardientes del sol mi largo cáliz cubierto de musgo y, de las ávidas manos de los muchachos, me defendía una auténtica selva de espinas esparcidas a lo largo de mi grácil tallo.

Mamá, una hermosa rosa semiabierta que los ruiseñores saludaban con sus más bellos cantos de amor me procuraba mil atenciones dulces. Me deleitaba con su perfume, sacudía sobre mis pétalos sedientos las gotas del rocío nocturno y como en aquella época yo tenía una profunda aversión hacia la oscuridad y los gusanos que buscan refugio entre nuestras hojitas, mamá había buscado los servicios de dos luciérnagas, para que me dieran luz por la noche.

No podía desear nada más, y sin embargo, deseaba y deseaba. Algunos moscones que venían a diario a comer con nosotros nos contaban casi siempre historias maravillosas de rosas muy hermosas y afortunadas que, cogidas aún jovencitas por sus tallos, habían ido a perfumar las ricas salas de un palacio, habían adornado melenas oscuras de novias el día de su boda o habían ocupado bellos jarrones de oro y de plata durante comidas elegantes en las que habían suscitado la admiración de todos los invitados. Después habían muerto deliciosamente en alguna caja perfumada en la penumbra misteriosa de algún magnífico saloncito o entre las páginas de un buen libro encuadernado en terciopelo o en piel...

Mi madre agachaba la cabeza y, cuando esos charlatanes se iban, me exhortaba a olvidar esos discursos peligrosos y a conformarme con mi vida modesta pero hermosa. Junto a mamá y los viejos árboles del jardín, bajo el azul del cielo, amada respetuosamente por las libélulas y las cetonias, celebrada por ruiseñores, alondras y currucas ¿había acaso un destino más envidiable que el mío? Eso pensaba mamá. Pero yo era una vanidosa y vagaba con el pensamiento a los hermosos palacios en los que sería una señora y a las magníficas melenas negras en las que brillaría como una llama.

Un día, un moscón vino a avisarnos de prisa y corriendo de que los dueños de nuestro jardín iban a recibir, nada más y nada menos, al Rey y a la Reina y que, por lo tanto, dentro de poco el jardinero vendría a arramblar con todas las flores más bellas. Mamá no se inmutó, le dio las gracias al moscón, se volvió hacia mí y me dijo:

- Escucha bien lo que voy a decirte. Cuando oigas los pasos del jardinero, no te muevas, no te pongas tiesa sobre el tallo; cúrvate suavemente hacia mí que me esconderé completamente en la espaldera de este mirto. Es una trampa que he puesto muchas veces en práctica con buenos resultados. Así ni siquiera sospechará de nuestra existencia y pasará de largo, además, cerca de nosotras, hay magníficas plantas de violetas blancas...

- ¡Oh, mamá! – exclamé con pesar – y si estuviéramos destinadas a la Reina ¡qué honor para nosotras!

- ¡Anda, tontita! La Reina no puede acoger bajo su protección todas las flores que le regalan.

- Pero, si le gustamos, si nos pusiese sobre su vestido, ¡qué gloria, mamá, y qué envidia para todas las otras flores del jardín! No lo crearás, mamá, pero tienes que saber que las violetas blancas, los lirios de los valles y las azaleas no nos soportan. Dicen que las rosas somos flores ordinarias, flores de criadas o de peluqueros.

Mentía descaradamente pero ¡qué no habría dicho o hecho con tal de convencer a mamá para que cambiara de opinión!

- No creo que esas flores sean capaces de tales comentarios, sobre todo porque nunca las he molestado – respondió tranquila mamá –. De cualquier modo, piensa en obedecerme y en estar calladita. No soporto los capullos arrogantes y malos.

- Pero...

- ¡Ya basta!

Tragué la bilis que me ahogaba y decidí romper las cadenas de mi esclavitud.



Una hora después de esta conversación, empezaron a sonar en el jardín muchas voces animadas y algunos pasos apresurados se acercaron a nosotros.

- Es el jardinero – me susurró mamá –. Inclínate completamente hacia mí. La espaldera del mirto nos oculta del todo.

Mi pequeño corazón de rosa palpitaba muy rápido. ¡Qué momento tan supremo fue aquel! Obedecer a mamá y quedarme Dios sabe por cuánto tiempo en la soledad de ese lugar, sin más compañía que la de las flores, los moscones y las cetonias doradas... ¡idea embriagadora! o ir a hacer algo útil por el mundo, a mostrar mi belleza y quizás ¿quién sabe? exhalar mi último aliento sobre el seno enjoyado de la más bella de las reinas...

Caí rendida, deslumbrada por los esplendores de mi destino y cuando vi brillar al sol, entre las hojas del mirto, el acero de las cizallas, estiré los pétalos anhelante. Un instante y me arrancaron, un instante y un gemido sofocado, el gemido de mi madre, me hizo comprender todo el horror de mi imperdonable vanidad...».

La pobre rosa, llegado este punto de la narración, se estremeció y algunas de sus marchitas hojas se le separaron del cáliz.

- Señora mía – dije conmovido –, este relato le causa dolor. No continúe, además algunas flores de pensamiento se han despertado y están escuchando, las curiosonas.

- ¡Oh, buen gallo! – respondió con un sollozo la infeliz rosa – deja que escuchen y que el ejemplo de mi desventura sea para ellas una lección de provecho.

«No me ofrecieron a la Reina como había supuesto, me unieron a otras muchas en un ramo y me pusieron en un gran jarrón de porcelana dorada. La Reina no sujetaba ninguna flor, inclinaba su dorada cabeza sobre todas y a todas alababa. Una señora bastante joven, del séquito de la Reina, se paró delante del jarrón donde me habían relegado junto con mis compañeras y exclamó:

- ¡Oh, qué magníficas rosas de Provenza! – Una jovencita, la hija de los dueños, se apresuró a coger el ramo y ofrecérselo a la amable señora que nos había elogiado y que se mostró muy agradecida.

Abrevio para no aburrirte demasiado, mi buen gallito, también porque el sol está a punto de salir. La señora, cuando volvió a casa, dejó las rosas en manos de la sirvienta que – ¡horror! – no tuvo reparos en regalárselas al cocinero... Este granuja, en lugar de ponernos en un lugar fresco y renovar el agua para nuestros pobres tallos curvados, nos olvidó cerca de una gran cacerola de cobre que apestaba a cebolla y mantequilla rancia. Tres de mis hermanas no lograron vencer la fiebre y el disgusto, esparcieron sus hojas marchitas a los pies del infame jarrón y murieron. Yo, que era más robusta, aguanté hasta que un aprendiz de panadero entró en la cocina, puso sobre la artesa una cesta llena de pan y, echándome el ojo, me metió en el ojal de su indecente casaca. ¡Nada que ver con el seno enjoyado de una reina! Este mismo aprendiz, una vez que salió de allí, vino a traer el pan a esta casa, la casa de tus dueños, Cocò, y me abandonó, porque ya estaba marchita y ajada, en el montón de la basura que ayer por la tarde la mujer del servicio tiró en un rincón del jardín. El resto ya lo sabes, mi buen, piadoso y último amigo. Ay, si me hubiera quedado con mi sabia mamá... a esta hora estaría viviendo una vida llena de sol y luz y, sin embargo, me muero en la flor de mi juventud».



Estas fueron las últimas palabras de la rosa. Yo, apiadándome de su destino, la cogí delicadamente con el pico y la enterré bajo un montoncito de humus oloroso cuyas finísimas piedrecitas brillaban al sol; el sol radiante que se elevaba en el horizonte dando los buenos días a las flores y a los pájaros, a los niños que van a la escuela y a los... gallitos parlanchines como yo.

VIII

*MI ESPOSA*

¡Qué diferente de la frívola novia que murió en el asador víctima de su mal carácter! La joven gallina que la buena de mi dueña me destinó como esposa era toda la dulzura, paciencia y apacibilidad que se puede desear en el mundo. Por la mañana, en cuanto yo lanzaba al aire mi glorioso quiquiriquí ella saltaba enseguida del palo en el que descansaba plácidamente y se acercaba a mí con todo tipo de agrados. Quería que yo fuera el primero en probar el desayuno preparado por la criada y, después, cuando salíamos al aire libre no se cansaba nunca de señalarme los trozos más grandes y los gusanos más apetitosos, de tal modo que mi vida se había convertido en un paraíso.

Quiso Dios que pasado un cierto tiempo, Giorgina, así se llamaba mi esposa, se convirtiera en madre de doce hijitos, cada uno más despierto que el otro. Mientras incubaba los huevos de los que deberían salir nuestros hijitos, tenía un montón de preocupaciones y ni siquiera mis palabras, infundidas por la más ilustrada experiencia, conseguían tranquilizarla. ¿Estarían sanos los pequeños? ¿Quién les enseñaría a caminar, a comer, a hablar? ¿Nos bastaríamos nosotros dos para todo eso? Y si no fuéramos capaces ¿qué suerte les estaría reservada a estas criaturitas? Yo le repetía continuamente:

- Nuestros pollitos nacerán sanos y robustos, porque así somos nosotros. El buen Dios desentumecerá sus piernecitas en cuanto salgan del cascarón; y por lo que respecta a comer, no se preocupe, los pollitos no han necesitado jamás lecciones especiales para esa ciencia.

Pero era como hablar con un muro. Las mamás, también cuando son gallinas, siempre tienen miedo de que sus hijos sufran.

Así que no puedo describir la alegría de mi esposa cuando vio abrirse sus doce huevos para dejar salir a sus doce golfillos, rubios, negros, color chocolate, que se pusieron enseguida a corretear y a buscar comida por el suelo. La pobre madre, al ver esas cositas tan despiertas que hacían pío pío como si hubieran estudiado inglés desde hace un par de años lloraba de la emoción.

- Pruebe a llamarlos – le sugerí.

- *Cocorocó* – exclamó mi mujer absolutamente ansiosa.

Y he aquí que, como un reclamo mágico, todos los pollitos acudieron a la mamá para refugiarse bajo sus alas.

- ¿Por qué – pensé – los niños no imitan a estos inocentes animalitos cuando su mamá los llama?

- *Cocò* – preguntó Giorgina – ¿todos los pájaros nacen así, por medio de huevos?

- Sí, querida, pero sus hijos no son tan ágiles y listos como los nuestros. Antes de que un gorrión, pinzón, canario o petirrojo pueda caminar ágil, sin la ayuda de los padres, se necesita tiempo. Pero, en compensación, vuelan muy alto cuando son mayores. ¡Y qué armoniosos cantos salen de sus gargantas!

- Oye – volvió a preguntar Giorgina (y yo escucho aún el tembleque de su voz) – ¿Nuestros hijos vivirán siempre con nosotros? ¿Disfrutaremos de la felicidad de verlos crecer sanos y robustos?

- ¡Amiga mía! – respondí con un estudiado acento para parecer tranquilo – disfrutaremos durante un tiempo de la compañía de nuestros hijos. Pero estos también tendrán que seguir su destino.

- ¿Y cuál será?

- ¡Oh, depende! Poder ser vendidos, regalados, quedarse en el gallinero o servir, no voy a ocultártelo, para la cocina. Hemos nacido para morir, mi bondadosa Giorgina, y vale lo mismo morir de gripe aviar<sup>71</sup> o estofado con guisantes.

Mi mujer ocultó la cabeza en el ala y lloró desesperadamente. Yo respeté ese inmenso dolor y permanecí callado.

---

<sup>71</sup> La primera vez que fue descrita la gripe aviar fue precisamente en Italia en 1878, concretamente en la región de Piamonte.

IX

LOS POLLITOS HUÉRFANOS

Tanto mi mujer como yo nos vimos inmersos en una conversación que nuestro joven dueño, el señor Masino, tuvo ayer con su profesor. Parece que este había venido a comer a casa y luego vinieron a tomar café en el jardín. Tenían en la mano un grabado que representaba una vasta llanura inundada de agua; dos pollitos habían encontrado refugio en un gran zueco de madera que flotaba en el agua como un barquito.

- ¡Pobres animalitos! – exclamó nuestro dueño mirando el grabado.

- Vamos, vamos... – dijo el profesor – no te quedes ahí mirando esta escena que, después de todo, puede que no sea real. Retomemos mejor el discurso de hace un rato.

Hay dos pollitos huérfanos que son vigilados atentamente, alimentados con prudencia, se les da calor y, con el tiempo, se convierten en gallinitas charlatanas y gallitos prepotentes. Estos son pollitos que salen de las *mamás-máquina* – añadió riendo.

- ¿De *mamás-máquina*? ¿Y eso qué es? – preguntó Masino asombrado de esa maravilla, mientras mi esposa reaccionó con gesto convulso.

- Se trata de máquinas que llaman incubadoras artificiales – continuó el profesor –. Del huevo se puede obtener el pollito sin el calor de la madre. Los huevos se meten en unas cajas especiales en los que se mantienen artificialmente con un depósito lleno de agua caliente, el calor que naturalmente da el cuerpo de la mamá gallina a los huevos.

- ¿Y cómo disponen a los pobres huevos?

- Los disponen sobre un lecho de salvado para que el calor se mantenga siempre igual; al vigésimo día los pollitos comienzan a

picotear la cáscara y a sacar sus cabecitas con sus ojitos vivarachos para ver lo hermoso que es el mundo.

- Pero ¿no es una infamia quitar los pollitos a las madres? – preguntó Masino, mientras mi mujer, mirando al dueño con infinita compasión, exclamaba: «¡Querido mío!».

- No todas las gallinas son buenas madres – respondió el profesor –; hay algunas que se olvidan de los pollitos por la calle sin atender a su piar desesperado; otras llevan a su familia por el campo aún cubierto de rocío y los pollitos vuelven a duras penas, congelados, con las alitas caídas, para morir en pocos días de una pulmonía.

Hay gallinas imprudentes que se asustan por nada, que pisan a los hijos para protegerlos y que, en la premura de encontrar un granito, escarban con demasiada fuerza y golpean al pollito que está junto a ellas que sale rodando.

Hay que ver, sin embargo, con qué premura los avicultores (así es cómo se llaman las personas que se dedican a la cría de pollitos) atienden a las familias de los huérfanos.

Cuando salen del huevo, se los llevan a la caja *secadora*, luego a la *madre artificial* que es una caja cálida y suave, completamente forrada de terciopelo. Así los pollitos crecen más sanos que los que cría la gallina o la pava adiestradas para hacer el oficio de incubar o de criar.

- ¿Con estas *incubadoras* – preguntó Masino – se puede criar a cualquier pollito?

- A todos, desde la gallina holandesa de raza Breda, que pesa tres kilos, hasta las pequeñísimas gallinas Bentam. Será suficiente hacerse con huevos de gallina Crèveœur, gallina Houdan o gallina La Flèche para poder criar estas preciadas gallinas francesas.

- ¡Qué maravilla! – exclamó Masino cogiendo del brazo a su profesor y alejándose del lugar donde estábamos nosotros.

- ¡Criar hijos con una máquina! No me gusta nada – exclamó mi mujer mirando con ternura a sus pollitos que ya eran bastante grandes.

- ¡Pero tú eres una buena madre! – exclamé conmovido. Y agachándome la piqué en la frente.

## X

*EL DESTINO DE MIS HIJOS*

He estado más de cuatro meses sin escribir una palabra en este cuaderno que reservo para la señora Ida Baccini, si es que el Señor me concede la gracia de volverme a topar con esta amable y misericordiosa señora<sup>72</sup>. Y no he escrito porque mi corazón se encontraba demasiado angustiado y no me permitía otro desahogo que el llanto. ¡Cuántos pesares en tan poco tiempo! Pero procedamos en orden.

No sé si os había dicho que mi esposa me había hecho padre de doce hijitos, todos encantadores, despiertos y sanos. Los dos primeros, graciosos, locuaces, con un cuerpecito tan amarillo y liso que se podrían confundir con dos capullos de seda, eran mis predilectos. Había notado en ellos muy buena disposición para el estudio y había depositado en su futuro todas mis esperanzas.

- A lo mejor ellos también acaban siendo escritores como su papá – pensaba.

No había nada que se les escapara. Querían saber el porqué del sol que nace y del sol que se pone... y qué era la lluvia y por qué aparecía a veces en el cielo un resplandeciente arcoíris... Querían explicaciones sobre los animales, las flores, las personas. ¿Era verdad que con aquel caparazón durísimo de la vieja tortuga del jardín se harían objetos preciosos? ¿Por qué las golondrinas parten en cuanto asoma el otoño y no vuelven hasta primavera? Algunos gusanos les habían dicho que pronto se convertirían en mariposas y comerían del cáliz de las más bellas rosas. ¿Podía ser eso? ¿Era cierto que la lagartija verde que se escabullía con tanta ligereza por las grietas de los muros era prima de un horrible y

---

<sup>72</sup> ¡Gracias, amigo! (Nota de la autora)

enorme animal que habitaba en los países cálidos y se llamaba cocodrilo y que tanto una como el otro pertenecían a la misma familia de los reptiles?

Una mañana, (¡memorable mañana!) los vi venir hacia mí completamente perplejos y turbados.

- ¿Sabes? – me dijeron –. Esta noche las camelias, los jazmines y los nardos dan una fiesta.

- ¿Ah, sí?

- Dan una fiesta para los animales nocturnos y por lo visto han contratado el canto de un ruiseñor del jardín Franchetti<sup>73</sup> que se encuentra por estos lares desde hace dos días, porque, por lo que se dice, se ha enamorado de un lirio...

- ¡Esto a vosotros no os incumbe! – observé con tono severo. De hecho, ¿qué puede importar a dos pollitos sensatos que los ruiseñores se enamoren de lirios?

- El caso es que – dijo el mayor – queríamos ir a la fiesta y le suplicamos a una hermosísima rosa de Provenza<sup>74</sup> que nos invitara. Ay, papá, si hubieras oído las risas burlonas de las flores. Nos decían: «¿Pero desde cuándo los pollos trasnochan? ¡A la cama, idos a la cama, mentecatos! Los conciertos de ruiseñores no son para pollitos».

- Es verdad que la respuesta podía haber sido más amable – observé –. Pero en el fondo, las flores no se equivocan: cada uno debe quedarse en el entorno donde lo ha puesto el Señor.

Dos horas después de esta memorable conversación y mientras les estaba hablando precisamente a mis otros hijos sobre la virtud del valor (los pequeños cobardes se habían asustado al ver a un cachorro de perro que, nadie sabe cómo, había entrado en el jardín) vi avanzar por el paseo a la señora Carolina en compañía de Masino. Estos se dirigían hacia nosotros y nos miraron durante bastante rato.

---

<sup>73</sup> Se refiere a los jardines de Villa Franchetti – Nardi cuya construcción tuvo lugar coincidiendo con la decisión de instituir Florencia como capital de Italia, entre 1865 y 1871. El encargado del proyecto del Palacio y del parque fue el mismo que se encargó prácticamente de todos los cambios urbanísticos que tuvieron lugar en esa parte de la ciudad en esta época. La vivienda fue propiedad de Alberto Franchetti, músico fundamental de la escuela verista, que acondicionó en ella una sala de conciertos y baile.

<sup>74</sup> Cf. nota 51.

- ¡Presentarse así sin avisar! – decía Masino.

- ¡Qué quieres! Conozco de sobra el carácter de mi cuñado. Lo habrá decidido sobre la marcha. Quizá su mujer, mi querida hermana Ines, habrá puesto problemas antes de decidirse a separarse de su hija. Pero a su marido, cuando se le mete algo en la cabeza no hay quien se lo saque.

- En fin – dijo Masino –, mandándonos aquí a su hijita no nos hacen ningún favor, la verdad. Es tozuda, vanidosa, holgazana...

- ¡Por desgracia! Y estos, que no han conseguido corregirla, han pensado en mandarla a estudiar a Florencia y en ponerla bajo mi tutela, por decirlo así. Saben que yo no soy mala pero que tengo carácter firme y que, si es necesario, puedo mostrarme severa, es decir, que esperan mucho de mí.

- No se equivocan – dijo amablemente Masino besando a su madre en la mano – ¿Y a qué hora llega la primita?

- A las seis. Hay otra novedad. Ha querido traer con ella a un compañero de viaje y los padres se lo han permitido.

- ¿De quién se trata? – preguntó Masino estupefacto.

- De... Medoro.

Nuestro dueño se echó a reír y nos lanzó una mirada en la que me pareció querer ver un fondo de piedad. ¿Quién sería este Medoro?

Masino se sacó el reloj del bolsillo del chaleco.

- ¡Ya son las cinco! – exclamó. Y dijo algo que no pude entender.

La señora Carolina se encogió de hombros murmurando:

- Tienes razón, es muy tarde. Y mirando a mis hijos pronunció estas palabras: «Nos luciremos. Son pollos de buen tenor y...» – el resto de la frase se perdió en el aire.

Corrí, riendo, hacia los pequeñines.

- Venga, no os desesperéis – les dije –. Vuestros méritos han sido reconocidos, también los musicales. La señora Carolina os ha declarado de buen tenor, así que no hay ninguna duda de que tomaréis parte activa del concierto de esta noche.

. . . . .

Hacia las seis la sirvienta vino a donde estábamos nosotros. Los niños huyeron como un enjambre de abejas asustadas hacia las protectoras alas maternas. Los dos mayores se quedaron



quietos a mi lado y la mujer los cogió delicadamente no sin llamarles antes con los más dulces nombres y desapareció con ellos por la puerta de cristales que separaba el jardín del comedor. Yo pensé que se trataba de un ensayo para el concierto de la noche, pero mi mujer se puso a llorar desconsoladamente temiendo alguna desgracia.

- Venga, tontina – le dije convencido – si nuestros hijos estuvieran destinados a la mesa de los señores, la señora Carolina no se habría expresado de esa manera curiosa. A los condenados a muerte no se les pregunta cómo cantan ni se les declara si son de buen o mal tenor. ¿No crees?

La desdichada bajó la cabeza pero no me contestó. Aproximadamente una hora y media después se oyó un gran barullo en el jardín. Prepararon una mesa bajo el gran cenador y enseguida, sobre el immaculado mantel, pudo verse un destello de cristales, tonos rojizos por la fruta, resplandor de plata.

Pero mis hijos, ¿dónde están mis hijos?

Finalmente llegó la invitada esperada, la muchacha para la que se habían hecho todos esos preparativos en la pacífica casa; esta apareció en el umbral de la puerta, del brazo del señor Gennarelli. Detrás de ellos venían Masino del brazo de su madre, la sirvienta que llevaba entre los brazos una sopera de menestra que humeaba y un enorme, grandísimo perro, Medoro.

Nosotros estábamos agazapados en el corral, pero podíamos ver y oír perfectamente lo que sucedía cerca de nosotros. Hablaban de mil cosas: de la llegada de Enrichetta (así se llamaba la recién llegada), de su futura admisión en el curso preparatorio de la Escuela Normal, de la próxima partida hacia Vespignano (¡qué recuerdos!), etc.

Mientras, habían devorado la menestra y una gran bandeja de tostas.

- ¿Quieren hervido o frito? – preguntó la sirvienta cambiando los platos.

- ¡Frito! – ordenó la señora Carolina.

- Lo hervido me disgusta – dijo Enrichetta – pero, por el contrario, me encanta lo frito.

- Mi niña – observó sensatamente la señora Carolina –, no hay que mostrar disgusto por ningún plato y mucho menos por la

carne hervida, que es buena y de fácil digestión. Aquí la usamos mucho.

Enrichetta bajó la cabeza un poco avergonzada, pero la buena de la señora Carolina añadió enseguida sonriendo:

- Por lo demás, hay mil razones para preferir lo frito. Es más apetitoso.

- ¿De qué es hoy? – preguntó el señor Gennarelli.

- De sesos, calabacines y pollo...

Me estremecí convulsamente mientras mi mujer agitaba las alas... ¿Dónde estaban mis hijos, Dios eterno?

La sirvienta volvió a aparecer con la bandeja de las sabrosas viandas y oí... sí, oí claramente a Masino que le decía a la prima mientras le elegía los mejores trozos:

- Coge esta ala y esta pechuga. Debe de ser tiernísima, como mantequilla. Son dos pollos de buen tenor, que...

Me desplomé al lado de mi mujer, inconsciente. Es verdad que somos pollos, pero los padres son siempre padres.

. . . . .

Un ruido sordo y rabioso cerca de nosotros nos sacó de nuestro doloroso estado de trance. Era Medoro que roía los huesos de mis hijos. Y a dos pasos, alrededor de la espléndida mesa, todos reían como locos.

XI

*LA SEÑORITA ENRICHETTA*

Hacia finales de septiembre la lluvia irrumpió a cántaros y tan obstinada que el jardín se convirtió en un pantano, tanto que los dueños decidieron acomodarme a mí y a mi familia en una habitación bastante amplia, separada de la cocina solo por una cancela de madera. Por lo que yo, incluso sin querer, podía ver y oír todo lo que sucedía a mi alrededor. ¡Y veía y escuchaba de todo!

La criada y Aurora (una joven que había entrado a servir en la casa recientemente) no hacían más que hablar mal de la señorita Enrichetta.

- Desde que ha entrado en casa esta remilgada – decía la criada – tengo el doble de trabajo. Con la excusa de que tiene que estudiar, hay que ver en qué estado deja la habitación por la mañana. La cama parece un caos, con el edredón colgando de un lado y las sábanas por otro. Las palanganas llenas de agua sucia, los peines con cabellos, una falda por aquí, un corpiño por allá, una bota en la cómoda, la otra en el tocador... y no te puedo ni decir el tiempo que se necesita para poner orden en todo ese revoltijo.

- Y yo – decía a su vez la sirvienta – ¿crees que yo tengo poco que hacer? Hay que ver en qué estado me deja los vestidos. Créeme que solo para quitarles el polvo y limpiarles el barro se me va toda una mañana. Además, siempre descosidos y deshilachados por el bajo, que es una pena verlos.

- Es verdad que la señorita estudia y vaga por la casa y el jardín siempre con el libro en la mano... - observó Geltrude. Pero Aurora siguió:

- ¿Acaso no se puede estudiar y ser personas cuidadosas? Veo que el señorito (¡y es un hombre!) repara en todo. Habla griego y latín y se limpia los zapatos y le quita el polvo a los pantalones él solo, habla de ciertos países en los que los habitantes no ven el sol durante seis meses con la seguridad de quien los ha visitado, sabe el nombre de las estrellas, de todos los animales, de todas las plantas, sabe prolijamente el nombre de todas las dinastías reinantes y de todos los pueblos y esto no le impide ayudar a su madre a arreglar el salón antes de las visitas, a mantener en orden el libro de cuentas y, si es necesario, ayudarnos a nosotros, la gente del servicio, a aligerar lo antes posible algunas tareas complicadas. Hace días me sentía un poco mal y estaba intentando, como podía, dar la vuelta a los jergones de la cama de la señora yo sola. En eso que pasa por allí el señorito y me ve chorreando de sudor. ¿Qué hace? Apoyó en una silla sus libros, se quitó la chaqueta y en un abrir y cerrar de ojos, zis zas, el jergón estaba cambiado, la cama hecha y lisa como la seda. Eso es un jovencito, pero la señorita Enrichetta...

- ¡Calla! Aquí está. Con el libro de siempre en la mano.

Asomé la cabeza por la cancela y pude ver perfectamente a la muchacha. Aunque ya eran las ocho faltaba poco más de media hora para irse a la escuela, todavía estaba en zapatillas, con la cara sin lavar y el pelo enredado.

- Calíenteme rápido la leche – dijo a Geltrude – y usted, Aurora, quíteme el polvo de los botines. Se me ha hecho tarde esta mañana y tengo que repasar aún un capítulo de historia.

Y abriendo el libro se puso a farfullar:

«Después de haber formado, con las provincias de Bolonia, Ferrara y Romaña y Módena, la República Cispadana, Napoleón continuó la guerra contra Austria y en la paz de Campo Formio...».

- ¡Oh, Enrichetta! – exclamó la señora Carolina entrando justo en ese momento en la cocina – ¿pero te parece este el momento de repasar los temas?

- Se me ha hecho tarde... – balbuceó la jovencita poniéndose roja.

- ¿Y por qué se te ha hecho tarde? – preguntó la señora Carolina – ¿A qué hora te has levantado?

- Hace como un cuarto de hora... ¡Tenía tanto sueño!

- Ya – dijo la buena de mi dueña, mientras las dos mujeres del servicio, ante un gesto de ella, salían de la cocina – ¿te parece una buena razón invocar cada mañana el sueño como excusa de tu pereza? ¿Crees que los obreros que van a dejarse los ojos y la salud en los talleres no tienen sueño? ¿Los albañiles que ponen continuamente en peligro sus vidas? ¿Crees que no tienen sueño los estudiosos, los maestros, los médicos, los sacerdotes, todos aquellos, en una palabra, cuya labor reporta ventajas inestimables a todos? Y además – añadió mirándola – ¿te parece este modo de ir vestida? Una niña, en cuanto se levanta, tiene que ordenar su habitación como puede y luego atender enseguida a la limpieza de su persona. No se sale de la habitación con la cara sucia y los cabellos enredados.

- ¡Tenía que estudiar historia! – sollozó Enrichetta.

- Todo hay que hacerlo a su debido tiempo. Por la noche, cuando te vas a la cama, tienen que estar hechos todos los deberes y las lecciones aprendidas. Si por la mañana dispones de cinco minutos puedes emplearlos en dar un pequeño repaso a los versos o a alguna definición gramatical. Pero el estudio auténtico, obligatorio asignado por la maestra, se hace por la noche. ¿Estamos? No me obligues a escribir a tu madre.

Las dos señoras se alejaron y un nuevo personaje entró en la cocina: Medoro.

Nunca he sentido ninguna antipatía por los perros, en los cuales reconozco muchas nobles cualidades. Se encariñan con su dueño, lo defienden de los ladrones, acompañan a los niños a la escuela, etc. Pero también es cierto que hay perros que devoran niños, que roban, que muerden y cuando se apodera la rabia de ellos contagian con sus mordiscos a otros animales esa terrible enfermedad que se llama hidrofobia<sup>75</sup>.

Medoro era un perro de caza, pero por lo que había oído en casa, no había tenido nunca la ocasión de mostrar su habilidad. Conmigo se entendía hasta un cierto punto: buenos días, buenas tardes y poco más; pero hacia quien mostraba una marcada aversión era hacia mis hijos. Pocas veces estos habían tenido la ocasión de encontrarse con él en el jardín y, sin embargo, él había

---

<sup>75</sup> En el lenguaje médico se refiere a la enfermedad de la rabia, ya que una de las consecuencias que presenta esta enfermedad puede ser la aprensión al agua.

intentado lanzarse contra ellos y asustarlos con sus ladridos de orco. Por suerte, mi mujer y yo estábamos siempre ojo avizor.

Este vino hacia mí, me saludó y me dijo:

- ¿Sabes? Esta tarde voy de caza con el señorito a un pueblecillo de los alrededores.

- Buena suerte – respondí bruscamente y pensé con horror en las pobres futuras víctimas del más bárbaro de los pasatiempos<sup>76</sup>.

---

<sup>76</sup> Recordemos que quien habla es un ave y que por eso le horroriza la caza, la cual no es solo un pasatiempo lícito, sino un oficio necesario para cubrir muchas necesidades del hombre (Nota de la autora).

## XII

### LA MASACRE

Veintiuno de octubre de 18... Fecha horrible que nunca olvidaré, aunque viviese cien años en medio de todas las alegrías de la tierra.

Hacía un tiempo magnífico, tanto que toda la familia, excepto el señorito, estaba reunida en la terraza que da al jardín. Habían terminado de desayunar: el dueño leía su periódico favorito, la señora Carolina picoteaba un racimo de uvas y Enrichetta obligaba al piano a *berrear* con sonidos que terminaban todos en *la la* o en *do do*.

Yo estaba con mi mujer que estaba ligeramente indispuesta por la gripe y seguía con ojos vigilantes las carreras y revoloteos de mis hijos que intentaban dar caza a los últimos gusanitos del otoño.

Un sonoro timbrazo retumbó desde la puerta de la calle y la señora gritó:

- ¡Ya está aquí Masino que vuelve de cazar! – De hecho, dos minutos después apareció Masino en la terraza acompañado por Medoro completamente abatido con el rabo entre las patas.

- Bien llegado – le dijeron todos – ¿Cuántos pájaros has atrapado?

- Por favor, no me atormentéis – respondió el señorito –; es la tercera vez que este imbécil, este estúpido, este cretino de perro (cada adjetivo iba acompañado de una patada tan enérgica que con cada movimiento temía ver a Medoro caerse al huerto) me hace quedar como un tonto. Yo tiro y el corre a esconderse en un foso o detrás de un seto. En vano intento hacerle entender con palabras, con gestos y con golpes cuál debería ser su oficio, es como coger agua con un colador. Me mira, aúlla y se tumba panza

arriba. ¿Puedes decirme – continuó dirigiéndose a Enrichetta – para qué sirve este perro tuyo?

- Sé que es un perro de caza, pero papá nunca se ha ocupado de eso. Sé que una vez, cuando parió la gata, Medoro mató a los cuatro gatitos...

- ¿Y a esto lo llamas caza? – preguntó el señorito enfurecido.

La conversación terminó ahí, o al menos no llegó ninguna otra palabra a mis oídos, ya que todos volvieron a entrar en casa.

Como ya he dicho, el tiempo era bueno así que dejé que los niños vagaran libres una media hora en el jardín y me ocupé seriamente de mi mujer cuyos dolores aumentaban de momento en momento. ¡Y en casa nadie se había dado cuenta!

Pasó un poco de tiempo y de repente un ruido estremecedor me sacudió terriblemente. Alguien, en el jardín de al lado, se divertía, como sucedía a menudo, dando un tiro al aire. Por lo general, esta broma poco graciosa tenía la finalidad de hacer escapar, maullar y gritar a todos los gatos y muchachos del vecindario; pero esta vez (¡Dios me ayude!) tuvo consecuencias más trágicas. Medoro, alterado por el ruido y tal vez por las múltiples patadas recibidas, se precipitó en el huerto como un loco, corrió hacia mis pobres criaturas (¡eran nueve!) y las masacró bárbaramente, sin prestar atención a sus gemidos y la agitación de sus pequeñas alas palpitantes.

Yo fui a lanzarme para ayudar a las víctimas, pero un grito de angustia suprema me retuvo. Mi mujer, curada instantáneamente de la gripe, exhalaba su último suspiro, inocente, fulminada por el miedo. Todos se precipitaron pero ¿para qué? El perro recibió una buena tunda, la señora Carolina se puso a llorar, Enrichetta recogió en su regazo piadosamente a los difuntos: ¿pero dejé por ello de ser el pollo más desgraciado que haya vivido sobre la faz de la tierra?



Mis hijos, estofados con champiñones, fueron la comida del día después, y mi mujer fue enterrada bajo una higuera.

Así va el mundo. ¡Ojalá la señora Ida Baccini conociera esta dolorosa historia!



### XIII

## EL CORAZÓN DE UN PERRO

*(En este punto hay una larga interrupción en el manuscrito. Es evidente que al pobre gallo, ante la ausencia de sus más queridos y legítimos familiares, le faltaron las fuerzas para continuar el relato de sus tristes vivencias – Ida Baccini).*

Volvió mayo, los pajaritos volvieron a fabricar los nidos para las esposas y para los hijos, pero para mí, ahora ya, toda esperanza de alegría estaba muerta.

Vivo con mis recuerdos y a menudo la noche me sorprende genuflecto en la higuera bajo cuya sombra protectora duerme el sueño eterno mi Giorgia. A veces también vuelvo a los tiempos de mi infancia, cuando Marietta me ponía los lacitos de color rosa alrededor del cuello y me obligaba a mirarme al espejo. Vuelvo a ver la magnífica casa toda inundada de sol, los campos llenos de trigo, a Tonia, Geppone, Giampaolo, la señora Clotilde con su digno marido, al pequeño Alberto, y... pobre de mí, a mi querida mamá y a mis hermanitos. Entonces una mano férrea me encoge el corazón y de los ojos me desborda un río de amargo e inconsolable llanto. ¡Oh, queridas memorias las de la juventud, oh, santo amor el de mi mamá, oh, esperanzas de los días venturosos, qué lejos queda todo, lejos de mí!... Vespignano, querido pueblo natal, ojalá pudiera volver a verte y después morir en paz.



En casa no ha cambiado nada a excepción de los señoritos. El señor Masino ya es todo un jovencito, la señorita ya no tiene esas costumbres tuyas descuidadas y ya no viene a estudiar historia en

la cocina: es más, su tía sostiene que se peina y se mira al espejo más de lo necesario, está claro que en este mundo nadie está contento nunca.



¿Y Medoro? Medoro vive, el desgraciado; y si tengo que dar mi opinión, rebosa de salud. Después de la espantosa acción contra mis hijos parece que la caza le haya entrado en la cabeza; tanto que este invierno el señorito volvía siempre con el morral lleno de pájaros. Incluso dos o tres veces trajeron una liebre.

Conmigo tiene siempre una actitud al mismo tiempo humilde y arrepentido. Será que verme le recuerda la horrible masacre que cometió o, lo que es más probable, el torrente de porrazos que le cayeron en la espalda, el caso es que evita mi presencia siempre que puede. Si yo, presa de mis tristes pensamientos, vago por los caminos que están al este del jardín, podéis estar seguros de que Medoro está en los que dan al oeste.

Una vez, solo una vez, él intentó acercarse a mí con una mariposa aún palpitante en la boca. Comprendí que era un delicado homenaje hacia mi desgraciada situación y quizás, ¿quién sabe?, un tímido intento de paz; pero yo lo miré con tal semblante severo y digno que el asesino se alejó abatido con el rabo entre las patas.

*(Aquí hay otra interrupción en el manuscrito, que es cada vez más difícil de descifrar: los periodos son cortos y fragmentados, la caligrafía horrible, tanto que me parecía que había vuelto a ser maestra cuando corregía los deberes de mis alumnos. Estas señales me dan que pensar que el viejo Pollito está consumido por una enfermedad de languidez que, por desgracia, lo llevará a la tumba – I. B.)*

Dios me ha salvado de una muerte horrible: me ha salvado a través de uno de sus ángeles... ¡me equivoco! A través de una humilde criatura suya, muy humilde.

El lunes pasado, las mujeres del servicio se fueron a la cama sin darse cuenta de que en un hornillo de la cocina se había quedado encendido el fuego y que junto al hornillo había un cepillo y un fuelle.

Hacía poco que había cogido el sueño cuando una luz muy viva me deslumbró. Me despierto sobresaltado y veo la cocina en llamas. Por suerte no habían cerrado el corral con el pestillo, así que de un brinco pude saltar fuera. Pero un calor insoportable me sofoca. Me pongo a gritar quiquiriquí con todas mis fuerzas y me lanzo a una mesa que hay en un rincón, cerca de la puerta. Me responden inmediatamente los ladridos de Medoro y los chillidos de los dueños que gritan fuego. Oigo un gran estrépito de muebles, voces que lloran, pero nadie entra en la cocina. Las llamas están a punto de alcanzar la mesa; yo pierdo la cabeza, alzo el vuelo y me encuentro en medio de ese horno ardiente. No puedo describir el dolor que en un momento me abrasó la garganta, entendí que moría, balbuceé el nombre de mamá... oh, ese nombre no se olvida ni de viejos, ni siquiera cuando se está a punto de entregar el alma a Dios y me sentí elevado en menos que canta un gallo a un lugar que era todo frescura y perfumado. ¿Sería aquello el paraíso de los pollos?...

¡Oh! Pero ¿qué vi de repente? Medoro me sujetaba entre sus patas. Medoro aullaba y me lamía las quemaduras producidas por el fuego. ¡Medoro había sido mi salvador! Intenté huir de allí, de esas caricias que me resultaban odiosas.

- No te muevas – me dijo con dulzura – ¿Tanto horror te causo?

- No diría eso... – balbuceé – pero prefiero estar lejos de ti.

- Tú aún me odias por la masacre de tus hijos... – susurró aullando.

- Me parece que sería una razón justificada – respondí llorando.

- Oh, Cocò, buen Cocò – siguió Medoro dándome un buen lametazo en un ala que estaba toda quemada – piensa bien lo que te digo. Yo no tenía ninguna idea malvada hacia ti o tus pollitos. Solo entendía confusamente que nuestro dueño quería que yo apresara y estrangulase, si podía, pajaritos, iguales prácticamente a tus hijos. Cuántas veces después de los primeros e infelices intentos de caza me daba en el hocico con un jilguero herido como para decirme: «¡Imbécil! Esta presa la tendrías que haber hecho tú».

Y siempre así, hasta el fatal día en el que tuve que sufrir los insultos y crueles escarnios en la terraza. Ponte en mi lugar: oigo una descarga de escopeta, creo que es mi dueño llamándome a la

caza, no sé lo que hago... veo a los pollitos que corren... en la mente exaltada los confundo con alondras o jilgueros... me exalto y... el resto ya lo sabes. Pero te juro – añadió Medoro aullando – que yo no tenía la más mínima intención de matarlos. No es culpa mía si tengo el alma de fuego y los dientes tan duros. ¡Oh, Cocò, pobre Cocò, no me odies más: perdóname por propias criaturas, por tu madre!

No pude resistir más. Rocé delicadamente con el pico el hocico del pobre perro que se había tirado panza arriba como si estuviera esperando algún terrible castigo y dándole un fraternal beso de paz le dije:

- ¡Medoro, yo te perdono!

Quiero cerrar mis memorias con esta palabra tan hermosa. ¿Para qué seguir escribiendo? No podría confiar a estos papeles ninguna novedad más. Me hago viejo, la vista me falla y mis quiquiriquí ya no son los de antes.

    Mi cresta tan bella  
    La decoloró la desazón;  
    La voz de mi corazón  
    Ya no es aquella.

Entregaré el manuscrito de mis memorias a la señora Carolina. Ojalá mi dueña vuelva a encontrarse con la señora Ida Baccini. Seguro que las publicaría y, así, los niños me concederían de nuevo el tesoro de su simpatía. Esperamos y deseamos. La vida de los pollos, igual que la de los hombres, se encierra en estas dos palabras.

*(Aquí termina el manuscrito del Pollito y la narración la retoma la persona que ha escrito la introducción de este libro).*

## XIV

### LA MUERTE DE COCÒ

La señora Baccini, cuando llegó al final de la conmovedora narración, rompió a llorar.

- ¡Oh, pues claro! – exclamó – cumpliré tu deseo, pobre Pollito que tanto he amado y por el que sonríó al recordar días muchos mejores que estos. Yo también, como tú, amigo, he perdido a mi padre y a mi madre; yo también he tenido disgustos que, si bien no se asemejan completamente a los tuyos, no difieren mucho. Pero ahora – añadió vistiéndose para salir – necesito volver a verte, Cocò, para contarte mi impresión de tu conmovedor relato...

En ese momento alguien llamó a la puerta.

- ¡Pase! – dijo la señora.

Era la criada que le llevaba una carta.

- La acaba de traer un joven – dijo la mujer. Y salió.

La señora Ida se apresuró a abrirla y su mirada buscó la firma: Carolina Gennarelli.

«Querida señora – escribía la mamá de Massino –: una circunstancia imprevista nos obliga a adelantar nuestra partida para Mugello. No tendré tiempo de ir a presentarle mis respetos antes de partir; pero, de todos modos, me tomo la libertad de pedirle algo en nombre de las tres familias que allí nos reunimos: la mía, la de Alberto y la de Marietta ¿se acuerda de esta? A todos les gustaría volver a recibirla durante algunos días en Vespignano. Venga, querida señora, a conocer la patria de su Pollito. Él mismo viene con nosotros esta noche. Reciba los respetos de Masino y cuente siempre conmigo

Suya atentísima, etc.»

Esa excursión habría agradado mucho a la señora Baccini: ¿pero desde cuándo, queridos niños, en este bendito mundo, se puede hacer siempre lo que se desea?

La señora estaba sobrecargada de trabajo y no podía aceptar la invitación de ninguna manera. Así que escribió inmediatamente a la familia Gennarelli para excusarse y pocos días después recibió la siguiente carta de Masino: carta importante ya que con esta se pone fin a las *Memorias de un pollito*.

«Estimada señora:

Como ya le escribí mamá, partimos para Vespignano a principios de la semana pasada y vino con nosotros, naturalmente, el pobre Cocò. Gracias a un favor especial que nos hizo el jefe de estación pudimos llevarlo en nuestro mismo coche. Por otra parte, acomodado como estaba en una mullida cestita, no molestaba a nadie.

¡Pobrecito! Parecía que entendía cuál era el objetivo del viaje, ya que de vez en cuando alargaba el delgado cuello y decía al cielo, a los árboles y a los postes del telégrafo que desfilaban rápidamente ante él: ¡quiquiriquí! ¡oh! ¡quiquiriquí!

Cuando una vez que bajamos del tren cogimos la diligencia que tenía que llevarnos hasta la casa, su alegría se manifestó de mil maneras: cogiendo de mis labios las miguitas de pan que le daba, levantándose recto y asomándose con todo el cuerpo fuera del coche, agitando las alas al ver un grupo de casas o una gallina rodeada por sus pollitos.

Pocos minutos de camino nos separaban de nuestra casita cuando oímos un coro de voces alegres y nuestro vehículo fue literalmente rodeado por un cúmulo de amigos: Alberto y su padre, la señora Clotilde, Giampaolo, Geppone, Tonia y Marietta, una guapísima joven de dieciocho o veinte años que dio a mi madre un gran ramo de flores. Ya había sido avisada del regreso de Cocò, así que lo cogió entre los brazos sin mostrar mucha sorpresa y con una gran ternura. Ese pobre gallito desplumado la devolvía con el pensamiento a los felices días de su infancia, cuando se divertía anudándole al cuello un lazo de color rosa y haciéndole mirar al cielo...»

. . . . .

Una semana después.

«Señora mía:

Tengo que darle la triste noticia de que Cocò ha muerto. Al principio, al volver a ver su pueblo, la finca donde había nacido y el antiguo gallinero parecía como rejuvenecido y le salían del cuello los más alegres quiquiriquí. Pero poco a poco cesó esa especie de exaltación y cayó en una cierta somnolencia de la que no le han podido sacar ni las cariñosas atenciones de Marietta ni algunas gotas de licor de hierbas que esta le ha querido echar en la garganta por todos los medios.

Ha muerto serenamente, sin sobresaltos, sin lamentos, en el mismo lugar en el que su madre, muchos años antes, le había dicho adiós por última vez. Entonces el ambicioso Pollito partía, todo gallardía, hacia la alborotada ciudad de la que se esperaba Dios sabe qué alegrías y qué triunfos. Ahora se ha ido para siempre a un lugar de silencio, donde se supone que también los pobres animales que han amado y sufrido aquí abajo encontrarán lo que han pedido en vano a los hombres y a la vida: la paz».

FIN